

---

## Capítulo XXXI.

Americo Vesputcio.

### I.

Vamos á trasladar á nuestros lectores á la ciudad de Florencia y á entrar con ellos en una casa de modesto aspecto en una tarde del mes de Julio del año 1481.

Una mujer de cincuenta años con todo el aspecto de una matrona, se entrega á las faenas de la casa, suspende sus tareas para consultar á un fraile de venerable rostro que saluda á la buena mujer, diciéndole:

### II.

—Dios sea con nosotros, mi querida Isabel.

—¿Vos por aquí, padre Jorge?—exclamó la aludida,—¿á qué se debe vuestra visita?

—Salgo ahora mismo del palacio de los Médicis

de dar la acostumbrada lección de latinidad á Rugiero, el hijo menor del duque.

—¿Y venís á que os sirvan un refrigerio?

—No, hija mia, no; vengo á darte una noticia que de seguro te pondrá de mal humor.

—¿Pues qué pasa?

—El duque me ha llamado esta tarde y me ha enseñado una carta que ha recibido de España.

—¿Se trata de alguna diablura de mi hijo Paolo?

—Lo has adivinado.

—¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! Va á matarnos á pesadumbres. Hablad, hablad, padre Jorge, ya sabéis que aunque soy su madre y le quiero con toda mi alma, conozco sus defectos y estoy siempre dispuesta á reprenderle.

### III.

—Ya sabéis que los duques comercian con España y que, gracias á sus ruegos, hemos dado una colocación á Paolo en la factoría de Sevilla. Creímos todos que al alejarle de vuestro lado, al viajar, mudaría de costumbres, y sacrificaría su viveza, su carácter atolondrado, á la esperanza de un porvenir risueño en casa de los duques; pero por lo visto, al partir de Florencia, iba resuelto á vivir alegremente, á trabajar lo menos posible, y á continuar sus locuras. El administrador general del duque ha procurado atarle corto; pero no pudiendo hacer carrera de él, ha roto el silencio, y ha escrito á su amo dándole cuenta de

las pérdidas y desgracias que la insensatez de Paolo ha ocasionado. El duque, que me quiere en extremo, que sabe cuan honrado es mi hermano Atanasio, cuán buena, cuán cariñosa eres tú, siente en extremo tener que privarse de los servicios de Paolo; pero no habrá remedio. Si persiste en la conducta que está observando, yo mismo seré el que le aconseje que le ponga en la calle y que le haga venir á Florencia, para enviarle á las galeras á que reme y aprenda á ser hombre de bien.

El fraile calló.

Hubo una breve pausa.

#### IV.

—Pobre, hijo mio,—dijo Isabel enjugando las lágrimas que asomaban á sus ojos,—veo que teneis razon y que si no se enmienda me parece conveniente, ántes de que cometa una torpeza mayor que las que ha cometido hasta ahora, ser nosotros los que pidamos al señor duque que le eche de su lado; es la deshonra de la familia.

#### V.

—Madre, madre,—entró gritando en la habitacion donde estaban Isabel y el padre Jorge, un jóven de veinte á veintidos años, de hermoso rostro, de vivos ojos, de aspecto inteligente.

Pero al notar que la buena mujer tenia inundados los ojos de lágrimas

—¿Qué os pasa, madre.mia?—preguntó...—Sentaos vos, padre Jorge.

El fraile refirió á Amérigo, que este era el nombre del recién llegado, lo que acababa de contar á su madre.

## VI.

—¿Quereis entrar conmigo en una conspiracion?—dijo á su madre y á su tio.

—¿Qué dices, muchacho?—preguntó el fraile.

—Oidme con atencion. He cumplido hace poco veinte años, amo á mi familia y deseo labrar su felicidad. Mi hermano Paolo no quiere trabajar: pues bien; pedid conmigo al duque que me conceda á mí la plaza que él desempeña y yo iré á España á demostrarle que la familia de los Vespuci sabe cumplir todos sus deberes. Ya sabeis que mi hermano quiere ser militar: yo destinaré de lo que gane una parte para ayudarle á realizar su deseo. Tal vez halle en esa profesion honra y gloria para su nombre.

—Para que sucumba en ella como tu pobre hermano Luigi, á quien aun no he olvidado.

—No, madre mia, no; mi hermano es valiente, es atrevido, tiene buen corazon y se verá contrariado siempre dedicándose al comercio.

—Y qué habiamos de hacer? Nuestra familia es noble, pero la desgracia nos persigue desde hace tiempo y somos pobres. Vuestro padre trabaja noche y dia para sostener su casa, justo era que tu hermano le ayudase.

—Y por qué no yó?

—Tu desde niño has demostrado gran afición á la pintura, eres el menor de la casa, y tanto tu padre como yo hemos querido darte gusto.

—Pues bien, para dármele es preciso que me ayudeis á realizar mi empresa. Yo necesito horizontes nuevos, más expansion que la que tengo aquí. No sé por qué presiento que la fortuna ha de ayudarme ahora á conquistarme la posicion en que pueda demostrar mi fé, mi voluntad, la inteligencia que Dios me ha dado, y yo os prometo que no os arrepentireis de este beneficio.

## VII.

Hablaba con tal conviccion que el padre Jorge

—Es necesario que le demos gusto,—dijo á su cuñada Isabel.

—Mi padre,—añadió Amérigo,—no consentiria nunca que yo me alejase. Hacedle creer que el duque lo ha exigido así y entónces me dará su permiso y su bendicion.

—Pues voy ahora mismo á ver al duque para manifestarle tus deseos.

Y mirando á Isabel

—¿No teneis nada que decirme?

—El lo quiere!—añadió la pobre madre.

## VIII.

Aquella misma noche al retirarse á casa el gefe

de la familia supo la determinacion que habia tomado el duque de Médicis, y aunque no sin trabajo se conformó con ella.

Ocho dias después se embarcaba con direccion á Sevilla, un jóven que mas tarde debia dar su nombre á una parte del mundo.

Era Amérigo, ó Américo Vespucio como le llama la historia.

### IX.

Dotado de buenos sentimientos, dominado por una sed de emociones, sin haber experimentado más deseo que el de la ambicion, se desprendió de los brazos de su madre y cruzando las espumossas ondas del mar, llegó á Sevilla á reemplazar á su hermano que, con su dejadez y su desordenada vida, avergonzaba á su familia.

No tardó el jóven en demostrar su inteligencia y su laboriosidad aumentando en breve tiempo las ganancias de su amo, que por entónces no se desdeñaba, á pesar de ser el jefe de una de las principales familias de Florencia, de desempeñar en grande escala el oficio de comerciante en casi todos los puertos más ricos y frecuentados del mundo conocido.

### X.

Américo Vespucio habia recibido una educacion esmerada bajo la direccion de su tio el Padre Jorge,

y gracias á esto y á sus cualidades personales, no tardó en captarse las simpatías del administrador ó superintendente general que tenia el duque de Médicis en Sevilla, de tal manera, que á los pocos dias de hallarse á su lado le puso al frente de las transacciones comerciales que ejecutaba siempre con gran beneficio de la casa.

Una pasion desgraciada llenó los mejores dias de su juventud.

## XI.

Su jefe, Alfonso Orlini, estaba unido con una mujer cuya edad doblaba.

Esperanza, que este era su nombre, era hija de unos aldeanos de las cercanías de Florencia que habian tenido en arrendamiento algunos bienes del que más tarde fué su hijo.

Prendado de su hermosura, de su talento, no vaciló en darle la mano de esposa, y ella, más que por amor por gratitud, le sacrificó su vida prometiéndose siempre ser un modelo de fidelidad y cariño.

## XII.

Al encargarse de los negocios comerciales del duque de Médicis en España, la llevó en su compañía, y con ella habitaba en Sevilla, cuando llegó Américo Vespuccio á reemplazar á su hermano.

La inteligencia, la laboriosidad del jóven le con-

quistaron el aprecio de su jefe, y éste no vaciló en abrirle su casa y considerarle en ella más que como un subordinado, como un compatriota, como un amigo.

### XIII.

Américo Vespucio estaba en todo el apogeo de su juventud.

Sus negros ojos, brillantes, revelaban el temple de su alma.

Esperanza no tardó en fijar su atención y en inspirarle una pasión violenta.

Tarde ó temprano sucede esto á los que cobran en sacrificios de gratitud los favores que han dispensado.

Américo no había dicho una sólo palabra á Esperanza.

Tampoco la jóven esposa le había demostrado el sentimiento de su alma, y sin embargo, los dos se habían comprendido.

Evitaban las ocasiones de verse, y la casualidad hacia que fuesen más frecuentes que nunca.

### XIV.

D. Alfonso, que estaba prendado de la laboriosidad, de la inteligencia, de las cualidades especiales que adornaban á Américo, se complacía en tenerle á su lado, y no daba una sólo fiesta á que no le invitase.

Sentábale á su mesa á menudo, obligábale á pasar en su compañía y en la de su esposa las veladas, y cuando las obligaciones de su empleo le obligaban á partir á alguno de los puertos inmediatos, dejábale encargado de su casa.

D. Alfonso observó que Esperanza estaba muy desmejorada.

Era natural.

Sufria mucho.

## XV.

Dotada de un alma generosa, apasionada, mientras que el sentimiento de la gratitud la habia tenido resignada con su suerte, cariñosa con su esposo, habia vivido feliz, porque no comprendia un más allá.

Pero desde el momento en que la ardiente mirada del jóven florentino habia inundado su corazon, desde el momento en que su imaginacion le habia ofrecido goces supremos que no habia disfrutado, una terrible lucha se habia trabado en su alma: la gratitud y el amor.

## XVI.

El deber y la pasion combatian en ella de tal modo, con tal violencia, que el color habia huido de sus mejillas, la fiebre latia en sus venas y la desesperacion se habia apoderado de su alma.

D. Alfonso atribuyó aquella tristeza, aquel mal-estar, al recuerdo de su patria, al deseo de volver á

quistaron el aprecio de su jefe, y éste no vaciló en abrirle su casa y considerarle en ella más que como un subordinado, como un compatriota, como un amigo.

### XIII.

Américo Vespucio estaba en todo el apogeo de su juventud.

Sus negros ojos, brillantes, revelaban el temple de su alma.

Esperanza no tardó en fijar su atención y en inspirarle una pasión violenta.

Tarde ó temprano sucede esto á los que cobran en sacrificios de gratitud los favores que han dispensado.

Américo no había dicho una sólo palabra á Esperanza.

Tampoco la jóven esposa le había demostrado el sentimiento de su alma, y sin embargo, los dos se habían comprendido.

Evitaban las ocasiones de verse, y la casualidad hacia que fuesen más frecuentes que nunca.

### XIV.

D. Alfonso, que estaba prendado de la laboriosidad, de la inteligencia, de las cualidades especiales que adornaban á Américo, se complacía en tenerle á su lado, y no daba una sólo fiesta á que no le invitase.

Sentábale á su mesa á menudo, obligábale á pasar en su compañía y en la de su esposa las veladas, y cuando las obligaciones de su empleo le obligaban á partir á alguno de los puertos inmediatos, dejábale encargado de su casa.

D. Alfonso observó que Esperanza estaba muy desmejorada.

Era natural.

Sufria mucho.

## XV.

Dotada de un alma generosa, apasionada, mientras que el sentimiento de la gratitud la habia tenido resignada con su suerte, cariñosa con su esposo, habia vivido feliz, porque no comprendia un más allá.

Pero desde el momento en que la ardiente mirada del jóven florentino habia inundado su corazon, desde el momento en que su imaginacion le habia ofrecido goces supremos que no habia disfrutado, una terrible lucha se habia trabado en su alma: la gratitud y el amor.

## XVI.

El deber y la pasion combatian en ella de tal modo, con tal violencia, que el color habia huido de sus mejillas, la fiebre latía en sus venas y la desesperacion se habia apoderado de su alma.

D. Alfonso atribuyó aquella tristeza, aquel mal-estar, al recuerdo de su patria, al deseo de volver á

ella á pasar algun tiempo con sus padres, y deseando complacerla, la propuso un viaje á Florencia.

Esperanza aceptó la proposicion.

Aquello era un refugio.

### XVII.

Los dos partieron, y Américo experimentó tambien una inmensa alegría, porque pensaba que la ausencia mitigaria su amor.

D. Alfonso le puso al frente de todos los negocios de la casa, y partió prometiéndole volver enseguida.

### XVIII.

Américo no faltó un sólo instante á la confianza que habia depositado en él.

Activo, laborioso, multiplicándose en todas las ocasiones, pudo á su vuelta demostrarle que no se habia engañado al formar de él la ventajosa opinion que tenia.

Pero ¡ay! en vano habia procurado el jóven dominar su pasion.

Un poeta lo ha dicho:

Es amor en la ausencia  
 como la sombra,  
 y cuanto más se aleja,  
 mas cuerpo toma;  
 que amor es aire,  
 que apaga el fuego chico  
 y enciende el grande.

## XIX.

Quería, pues, separar su recuerdo de su imaginación y no podía.

Deseaba borrar de los ojos de su alma la imagen de Esperanza, y la veía más hermosa que nunca.

A cada instante resonaba su acento en su oído.

La pasión aumentaba por momentos y como el torrente amenazaba avasallar cuanto encontraba en su camino.

Lo mismo sucedía á Esperanza.

Pero uno y otro estaban resueltos á vencerse á toda costa, á dominar la pasión, que ardía en su pecho, á resistir á todas las seducciones de la tentación.

## XX.

Una triste noticia comunicada á D. Alfonso desde Florencia le obligó á llamar á Américo para confiársela.

—Es necesario que partais hoy mismo para Florencia,—le dijo.

—¡Yo, señor!—exclamó asustado Américo... ¿por qué causa?

—Por una muy dolorosa, pero confío en que tendreis valor para soportar la desgracia que pesa sobre vos.

—Hablad, hablad.

—Vuestra madre....

—¿Está enferma?

—Valor, amigo mio, lo está, sí, lo está de gravedad y desea veros.

## XXI.

En aquel momento olvidó Américo Vespucio su pasión, y agradeciendo á D. Alfonso el permiso que le daba aprovechó la próxima salida de una embarcacion para trasladarse á su pátria.

Cuando llegó era tarde.

Su madre habia espirado.

## XXII.

Su anciano padre fué hospedado por el duque de Médicis, en su palacio, con el propósito de que acabara allí bajo su amparo el resto de sus dias.

En medio de su dolor no olvidaba el jóven á Esperanza.

Próximo á regresar á Sevilla recibió un mensaje de D. Alfonso.

«Id á la aldea donde habita mi esposa,—le decia,—poneos á sus órdenes, y acompañadla hasta mi lado.»

## XXIII.

Aquel papel abrasó las manos de Américo.

La fatalidad le perseguia.

¿Cómo podia negarse á obedecer aquella orden?

Y si la obedecía, ¿dónde hallaría fuerzas suficientes para resistir á la ocasion?

Esperanza recibió tambien una carta en la que le comunicaba su esposo sus deseos.

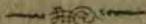
#### XXIV.

Después de vacilar mucho tiempo, comprendió Américo que no tenia más remedio que obedecer, y dirigiéndose á la aldea donde estaba Esperanza se puso á su servicio.

Involuntariamente, al verse los dos, se estrecharon la mano.

No podian decirse más de lo que se dijeron en aquel momento y, sin embargo, separándose instantáneamente tomaron, ella la actitud de la señora: él la del siervo.

La reflexion dominó á la pasion.



## Capítulo XXXII.

### Una pasion fatal.

#### I.

Esperanza se despidió de sus padres y se trasladó á Florencia de donde distaba una legua escasa su morada.

Tenian que pasar una noche en la ciudad para emprender al dia siguiente el camino, y pernoctaron en una hostería.

Américo pidió al hostelero una habitacion para su ama, preparándose á pasar la noche sobre alguno de los bancos que rodeaban el hogar.

Era el anochecer cuando los dos llegaron á la hostería.

#### II.

Esperanza subió á su habitacion y una criada la

servió en cuanto fué necesario, porque Américo, temiéndose á sí mismo no quiso verla.

Al día siguiente después de una noche de insomnio terrible, llamó á la puerta de su aposento.

Un instante después estaba en su presencia.

### III.

Las mejillas de Esperanza se cubrieron de un vivo carmin.

Américo no se atrevía á mirarla.

—Señora, vengo á tomar vuestras órdenes,—le dijo al fin.

Esperanza no contestó.

Américo fijó en ella una mirada y vió que sus ojos estaban inundados de lágrimas.

### IV.

—¿Qué teneis, señora?—añadió.

—Nada, nada,—contestó Esperanza sollozando.

—¿Sentís dejar vuestra pátria?

—Siento que no me abandone la vida.

—¿Esperanza!—dijo el jóven no pudiendo dominarse y acercándose á ella.

### V.

Y después de una breve pausa añadió identificándose con su dolor:

—¡Qué desgraciados somos!... Pero, no, no lo seremos. Hablemos con sinceridad una vez... perdonadme, señora, perdonadme si os confío los sentimientos de mi alma y os pido á mi vez que desoigais vuestro corazon imitando mi ejemplo. Esta entrevista será la última, la última en que hablará nuestro corazon, pero nos hará mucho bien porque somos buenos, porque comprendemos el deber, porque estamos resueltos al sacrificio.

—¡Américo!—esclamó Esperanza mirándole con ternura,—Dios lo quiere!

## VI.

—Yo hubiera dado mi vida,—dijo Américo,—por haberos hallado en el mundo en la humilde morada que acabais de dejar, al lado de vuestros padres padres, sin fortuna, sin esposo.

Entonces os hubiera confiado los sentimientos de mi alma, os hubiera dicho: «Esperanza, os amo con todo mi corazon; soy tambien pobre, pero la felicidad que me promete vuestro cariño me dará fuerzas para dominar á la fortuna, para ser grande y rico, para desafiar los peligros y vencerlos, para labrar vuestra ventura; y entonces hubiera trabajado noche y dia, hubiera luchado brazo á brazo con la suerte, hubiera vencido, y ante el altar os hubiera jurado eterna fé, considerándome el más feliz de los mortales.

Hoy esos sentimientos viven en mi alma; hoy, perdonadme que os lo diga, os amo con delirio, con

frenesi: la pasión que habeis despertado en mi corazón es eterna, no se extinguirá nunca; pero la felicidad que en otro caso me hubiera prometido, se trueca hoy en desgracia. Sí, en desgracia, porque os amo, os amo con toda mi alma, y sin embargo, esta será la última vez que os lo diga. Comprendo que debo sufrir, sacrificarme, y no tendré ni siquiera la dicha de saber que sois feliz al lado de vuestro esposo, porque, permitidme que así lo crea, no le amais.

## VII.

Esperanza estaba profundamente conmovida.

—Teneis razón; no es amor, sino gratitud y veneración lo que siento hacia él. Honrado, noble, generoso, hizo grandes favores á mis padres, quiso sacarme de la mísera condición en que vivía y elevarme á su altura, me dió el nombre de esposa, y yo juré ante el altar ser fiel á su deseo. Dios me ha dado fuerzas para cumplir mi juramento, porque á mi vez, debo deciroslo, Américo, mi alma ha experimentado el mismo sentimiento que la vuestra. Yo también hubiera sido muy feliz si en los días de mi pobreza os hubiera visto y hubiera oído vuestros juramentos amorosos. La Providencia nos ha separado para siempre. La felicidad se ha tornado en desdicha. Sed fuerte como yo; ofrezcamos á Dios nuestro sacrificio: no manchemos la honra que debo conservar ilesa.

—Yo os lo juro,—añadió Américo;—pero decid—

me al ménos que sereis para mí una hermana, una amiga; decidme que siempre que os aflija alguna pena me la confiareis, que pensareis en mí como yo en vos, que elevareis al cielo vuestra plegaria para que se apiade de mí, como yo elevaré las mías, y pediré vuestra felicidad, vuestro reposo.

— Así lo haré, y que esta sea la última vez en que latan de amor nuestros corazones.

### VIII.

Poseidos del sentimiento del deber, creyeron un instante que podrian vivir cerca el uno del otro sin más afecto que el fraternal que se habian ofrecido.

Aquel mismo dia emprendieron el viaje, y no tardaron en llegar á Sevilla en dónde D. Alfonso les esperaba con ansiedad.

### IX.

Esperanza estuvo con él más cariñosa que nunca.

Américo comprendió que toda su firmeza, toda su abnegacion, todo su heroismo, no bastaria á sofocar la pena que experimentaba.

D. Alfonso tendió los brazos á su esposa, y aquella prueba de cariño fué una herida mortal para el corazon de Américo.

Procuró alejarse de ella; pero los dias que pasaba sin verla no hacia más que aumentar el deseo de volver á su lado, de contemplarla, de embriagarse con

sus miradas, no hacia mas que soñar en la felicidad que con su amor habia alcanzado.

Esperanza participaba de las mismas ilusiones, de los mismos sentimientos.

## X.

En los instantes en que se veian á solas, cambiaban frases ardorosas, sus manos se estrechaban, y un dia... un dia Américo no pudo contener la pasión que le devoraba, é imprimió un ósculo sobre la blanca frente de la jóven esposa.

Desde aquel dia no se atrevieron á mirarse cara á cara.

Pero el sentimiento del deber les contenia, y trascurrió más de un año sin que se dirigieran una sola palabra, á no ser ceremoniosamente y en presencia de D. Alfonso, que nada sospechaba.

## XI.

El torrente oprimido no pudo contenerse.

D. Alfonso tuvo que hacer un viaje á Cádiz, y el mismo dia en que partió, llamó Esperanza á Américo.

Este habia procurado desencantar á la esposa de su protector.

Ultimamente habia hecho ostentacion de amorios con gitanas, y tratado de que le viesen andar por los barrios más extraviados de Sevilla, á fin de que llegase á noticia de Esperanza su conducta para que le despreciase.

Peró por desgracia suya, las noticias que llegaron á los oídos de la jóven esposa, al mismo tiempo que su indignacion aumentaron su amor.

Deseaba hablarle y aprovechó la primera ocasion que se le presentó.

## XII.

—Os espero esta noche, al dar las Animas.—le dijo en un momento, —yo misma os abriré la puerta.

Una mujer desesperada es capaz de todo.

Américo vaciló mucho tiempo, pero tambien deseaba aquella entrevista, y al toque de Animas estaba á la puerta.

No tardó esta en abrirse.

## XIII.

—Vos, Esperanza!—exclamó Américo.

—Yo, sí.

—Y ¿no temeís que los criados nos sorprendan?

—Los criados duermen tranquilos: les he dado un narcótico.

—¿Qué habeis hecho?

—Necesitaba veros, necesitaba hablaros. Venid, venid conmigo.

Y cerrando la puerta le guió hasta su habitacion.

## XIV.

Todo estaba en silencio.

La estancia se hallaba iluminada por la débil luz de una lámpara morisca que pendía del techo.

—Sois un infame,—dijo Esperanza á Américo.

—¿Qué decís?

—No me retracto.

—¿Qué os he hecho para que me trateis de ese modo?

—¡Y me lo preguntais! ¿No os lo dice vuestra conciencia?

—Mi conciencia está tranquila, Esperanza.

—No lo dudo; por eso sois lo que os he dicho ántes.

—Explicaos.

—Un día se confiaron nuestras almas sus mútuos sentimientos y ofrecimos sacrificar nuestro amor al deber, pero sin dejar de amarnos en el fondo del alma, como amigos. Yo sufría más por vos que por mí, porque creía que vuestro tormento era horrible y, sin embargo, el amor ha huido de vuestro pecho ó por lo menos habeis podido dar cabida en él á pasiones livianas.

—¿Qué decís?

—No ignoro vuestra conducta; con ella me habeis ofendido: con ella me ofendeis.

—¡Esperanza!

—Sí, Américo, sí. Yo por vos he faltado á mis

deberes, he huido de las caricias de mi esposo, he arrostrado su ira, su indignacion, y mientras tanto, vos habeis vivido entregado á las mas desordenadas pasiones.

—No lo creais; no es cierto.

—Yo misma lo he visto: ¿podreis negármelo?

—No lo niego. He querido aparentar á vuestros ojos infamias que no he cometido, porque deseaba que me odiáseis, porque queria quitar todo pretesto á mi pasion para que tomara cuerpo en mi alma; pero ya es inútil, porque si vos sois mi vida, léjos de vos no vivo, no podria vivir.

## XV:

Las palabras de Américo y la buena disposicion de Esperanza para creerle, pusieron término á aquella escena de reconciliacion, y la tornaron en tierna y amorosa.

Al dia siguiente, cuando Américo mucho ántes de amanecer salia de aquella casa:

—¡Que Dios nos perdone!—dijo á Esperanza.

Esta bajó los ojos, y entregó su frente á los lábios de Américo.

## Capítulo XXXIV.

### Sucesos y negociaciones.

#### I.

La pasión dominó por completo á Esperanza, y á partir de aquel momento, los dos amantes arrostraron todos los obstáculos que tenían para verse.

D. Alfonso volvió.

Su presencia era un tormento para Américo.

Había ultrajado á aquel hombre á quien tanto debía, que tan bueno había sido y era para él.

#### II.

—Soy un miserable,—se dijo,—indigno de su amistad, y para castigarme, debo partir del lado de Esperanza.

Por aquel tiempo había regresado Colon de su primer viaje, y no se hablaba en todas partes más que

de los países descubiertos, y de la fortuna que esperaba á los que se arriesgasen á pasar el charco.

Américo Vespucio concibió la idea de acompañar al gran marino en su segunda expedición.

### III.

Una noche, después de tenerlo todo preparado, escribió dos cartas.

Una para Esperanza: otra para D. Alfonso.

«Me avergüenzo de mí mismo,—decía á la primera,—y no encuentro otro castigo más grande, que imponerme el de separarme de tí para siempre.

Perdóname y piensa que te amará hasta la muerte

Tu

AMÉRICO.»

A D. Alfonso le decía en la epístola, que había resuelto viajar para hacer fortuna, y que como estaba seguro de que no le dejaría partir, había tomado aquella resolución, sintiéndolo en extremo, porque le estaba muy agradecido.

### IV.

Partió para la corte, que se hallaba en Barcelona, y una vez allí, pidió una audiencia al rey.

En ella le confió los vivos deseos que tenía de acompañar al almirante en su segundo viaje, y el rey le otorgó la merced que deseaba.

Habló á Colon, y éste, al ver su despejo, celebró mucho que quisiera acompañarle.

Dióle cita para Sevilla, y Américo volvió á emprender el viaje, viviendo oculto en la ciudad hasta el momento mismo de su partida.

## V.

Las embarcaciones aguardaban en el puerto el momento de darse á la vela.

En ellas se albergaban las personas que debían acompañar al ilustre marino, ávidos de entregarse á los azares de la suerte.

Pero las dilaciones que el obispo Fonseca y el contador Soria ocasionaban, por sus diferencias con Colon, retardaban la marcha.

## VI.

Por entónces se recibió la noticia de que una carabela portuguesa habia salido de la isla de Madera, tomando el rumbo de Occidente.

Desde luégo se pensó que aquella embarcacion se dirigia á los paises recientemente descubiertos.

La noticia se supo en Sevilla, y Colon la comunicó inmediatamente á los reyes, dando orden al mismo tiempo para que algunos bajeles siguieran á la carabela.

Inmediatamente se enviaron despachos al embajador de España en Lisboa para que hablase al rey,

y D. Juan se apresuró á manifestar que aquel buque habia salido sin su permiso, pero que enviaria inmediatamente tres carabelas para que le alcanzasen y le detuviesen.

## VII.

D. Fernando comprendió que aquello era una estratagema para que los tres buques se unieran al primero, y siguiesen juntos el derrotero de las Indias.

En esta creencia, mandó á Colon que emprendiese el viaje inmediatamente virando al mar desde el cabo de San Vicente, para que no tocase en las islas ni costas portuguesas.

Se le encargó tambien que si encontraba algun buque en los mares que habia explorado, se apoderase de él é impusiese un ejemplar castigo á la tripulacion.

Fonseca recibió tambien el encargo de enviar tropas en persecucion de los portugueses, si por acaso aspiraban á llevar á cabo el propósito que en ellos suponía el rey D. Fernando.

## VIII.

Después de asistir á una solemne funcion en la catedral, se dispusieron á partir Colon y los suyos, y fueron á despedirlos con gran pompa el cabildo, presidido por el obispo Fonseca, y los personajes más ilustres que se hallaban en la ciudad.

El 25 de Setiembre, al rayar el dia, tres carracas

de á cien toneladas, y catorce carabelas esperaban prontas el cañonazo de leva.

## IX.

«Allí estaba el hidalgo de levantados sentimientos, que iba en pos de aventuradas empresas,—dice un historiador;—allí el altivo guerrero que deseaba cojer laureles en las regiones desconocidas que iba á recorrer; allí el aventurero que todo se lo prometia del azar; allí el especulador industrial que se proponia explotar á los indios después de haber sabido sus costumbres; allí el misionero lleno de fé, dispuesto á difundirla entre las hordas salvajes.»

## X.

El vulgo, que al partir Colon por la primera vez, habia mirado á los navegantes con lástima, los contemplaba entónces con envidia.

Parecianles mortales afórtunados que iban á disfrutar las delicias de un Paraiso.

El rey habia permitido á los dos hijos de Colon, Diego y Fernando, que acudiesen á Cádiz á despedir á su padre.

Todas las miradas se fijaban en el insigne marino á cuyo lado caminaba Ojeda, Américo Vespucio y algunos otros hidalgos que formaban su Estado Mayor.

## XI.

Entre la servidumbre de Colon habia un paje que al pronto no pudo menos de llamar su atencion.

Su fisonomía evocó algunos recuerdos en su mente. Sin embargo, una ligera observacion le demostró que se equivocaba, y sin cuidarse para nada más del paje, sólo se consagró á la empresa que le llevaba otra vez al Nuevo-Mundo.

El paje, por su parte, procuraba recatarse de Colon, y muchas veces sus compañeros le sorprendian cabizbajo, meditabundo.

No podia dudarse que habia en él algo de misterioso.

En efecto, una idea le llevaba á aquellos paises, una idea terrible.

Habia tomado el nombre de Iñigo Lopez.

Ya le hallaremos oportunamente.

## XII.

Casi al mismo tiempo que se ponian en movimiento aquellos buques, en una carabela que iba á salir de Cádiz con rumbo á Italia se disponian á abandonar á España para siempre una mujer jóven y un hombre ya de edad.

Eran D. Alfonso y Esperanza.

## XIII.

En el rostro de la jóven esposa, se notaban las huellas de un profundo dolor.

Una tristeza severa se pintaba en las facciones de Don Alfonso.

La paz y la alegría habian abandonado para siempre su pecho.

La duda se habia apoderado del honrado marido.

La conciencia mortificaba á la culpable esposa.

¿Para qué querian las riquezas?

## XIV.

Los dos partian á su pátria.

D. Alfonso resuelto á llevar al lado de sus padres á la esposa que habia sido bastante débil para manchar su honra, retirándose después del mundo para acabar sus dias en la soledad.

Esperanza llevaba en sus entrañas el fruto de su amor criminal, y si queria vivir para no ser parricida, deseaba la muerte para que se calmasen las penas de su corazon.

La carabela se deslizó con rumbo á Italia.

## XV.

Todas las miradas se fijaban en las naves gallardas que llevaban al conquistador del mundo y á sus compañeros.

Los primeros rayos del sol jugaban con los mástiles y con las banderolas colocadas en los palos de los buques.

La admiración y las bendiciones de sus hermanos acompañaban á los navegantes.

Diego y Fernando volvieron á la córte.

## XVI.

Colón con arreglo á las instrucciones que habia recibido de los soberanos abandonó la costa de Portugal, se dirigió al Sudoeste de las Canarias y después de proyeerse de agua y leña en la Gomera y de comprar algun ganado lanar, gallinas y otras aves, lo mismo que semillas y otros frutos para naturalizarlos en la isla Española, se dió á la vela el 7 de octubre, no sin entregar ántes al gefe de cada buque un paquete cerrado y sellado en el que trazaba el camino del puerto de la Navidad, residencia del cacique Guacanajari, para que lo abriesen y consultasen si por desgracia tenian que separarse durante la travesía.

## XVII.

Colón no encontró en su camino los buques portugueses.

El rey D. Juan viendo lo infructuoso de sus esfuerzos para vencer al rey D. Fernando, resolvió dejar á los soberanos de España en la libre posesion de sus descubrimientos, aceptando la decision del Sumo Pontífice en aquel grave litigio.

## XVIII.

Un tratado que se firmó en Tordesillas el 7 de julio de 1494 puso término á la discordia acordándose que pasados seis meses se reunieran en la Gran Canaria, tantas carabelas españolas como portuguesas con hombres prácticos en la navegacion y doctos en la astronomía.

Su misión era determinar la línea de polo á polo, indicada por el Papa para dividir el Océano entre las dos coronas de España y Portugal.

## XIX.

Los soberanos de una y otra nacion se comprometieron á observar los límites establecidos.

No pudo realizarse este propósito.

Las embarcaciones no se reunieron en la Gran Canaria.

Pero, con todo, el tratado permaneció en pié.

## XX.

Dejemos á los navegantes ansiosos de llegar á los países descubiertos con la esperanza de encontrar á sus hermanos y trasladémonos á la isla para ver lo que habia ocurrido mientras habian pasado los sucesos que acabo de referir.

---

## Capítulo XXXV.

### Los españoles en Haiti.

#### I.

La sangre derramada por los españoles en la bahía de Samaná había arrojado en los corazones de aquellos hombres apacibles y bondadosos la semilla de la venganza.

Los dorados sueños de Guacanajari y de los indios sus vasallos, empezaban á tornarse en fúnebres presagios.

Aquellos hombres en quienes habían visto enviados del cielo, tornábanse en sus encarnizados verdugos.

#### II.

Guacanajari dominado por aquella pasión que se había apoderado de su alma había perdido el favor

que en otro tiempo le habia alcanzado la estimacion de todos los suyos y débil y avergonzado, porque á sus ojos era criminal, en vez de apagar la hoguera que se encendia en los corazones de los otros caciques la aumentaba dejándoles tomar por sí solos las medidas necesarias al castigo de los que alteraban la paz de su alma.

### III.

¡ Lo que és el corazon humano!

Aquellos hombres que al disponerse la primera expedicion en el puerto de Palos veian con terror las agitadas olas del Océano y juzgaban la muerte segura al fin de aquel viaje á lo desconocido que emprendian, llegan gracias á la misericordia divina al puerto de salvacion, descubren tierras que les parecen un Paraiso, hallan en ellas oro, frutos, cariño, los naturales se desviven por complacerles.

### IV.

El mismo rey Guacanajari considerándolos como enviados del cielo, les colma de agasajos y aquellos hombres que en vez de la muerte hallan la vida, que encuentran el placer donde esperaban el dolor, que renuncian gustosos á la felicidad de volver á su patria, de regresar al hogar de sus padres, ó de sus esposas, que prefieren quedarse allí para disfrutar de aquel Eden, no contentos con lo que tienen, con la tranquilidad que reina en torno suyo, con los hermo-

esos brillantes paisajes que recrean su vista, con los alegres cantos de las canoras aves que revolotean en torno de su fortaleza, con las transparentes olas del mar que arrullan y van á todas horas á besar la roca que les sostiene; aquellos hombres que sacian su codicia viendo montones de oro á su lado, teniendo cerca ricas y profundas minas de aquel metal que tanto les entusiasma, aquellos hombres, en fin, que parecen los seres más privilegiados de la tierra, en vez de bendecir á Dios por tantos beneficios como les dispensa, en vez de contemplar con amor aquellos objetos que les fascinan y les encantan, en vez de ser hermanos de los que como hermanos les quieren; arrojados en brazos de la molicie, movidos tal vez por el deseo de emplear su prestigio en dominar á todos aquellos habitantes y ceñir á su cuello la argolla del esclavo, una noche en tanto que la luna derramaba sus argentados rayos sobre los bosques y las olas, reunidos en la orilla de la playa, departen de este modo:

## V.

—Bello es cuanto nos cerca,—dice Arana,—no hay duda que es envidiable nuestra suerte. Oro abundante, víveres, obediencia de todo un pueblo que nos teme y nos ama; pero ¿qué es esto, amigos míos?

—¡Dios sabe qué habrá pasado á nuestros hermanos al regresar á su patria!

—¡Dios sabe si los peligros que nos abandonaron á la venida los han destruido á la vuelta!

¡Dios sabe si la frágil embarcación que los conducía á España ha zozobrado en medio de las olas y ha ofrecido á todos nuestros hermanos por tumba el abismo del mar.

Si esto ha pasado; si al mismo tiempo la carabela de Pinzon ha naufragado, porque no hay duda, de lo contrario se habria reunido con nosotros, y nadie tiene noticia de ella; si el descubrimiento de estas islas queda envuelto en el misterio para siempre, y no hay otro audaz marino que venga á sacarnos de aquí, cuál es la suerte que nos espera?

—Es cierto,—dijeron todos con tristeza.

—Somos más desgraciados de lo que pensamos.

—Tal vez estamos condenados á vivir siempre aquí, con mucho oro, pero sin los goces que proporciona.

## VI.

—Si al ménos,—exclamó Escobedo,—pudiéramos dominar el país; si acrecentando el miedo que nos tienen lográsemos apoderarnos de todas sus riquezas y fabricar con las ricas maderas que produce este país, una embarcación que nos llevase á España ó á cualquier otro punto civilizado, en dónde pudiéramos sacar partido del oro, nuestro corazón cambiaria de aspecto.

—O cuando ménos,—añadió Gutierrez,—debíamos procurar vivir gozando, emplear las horas que consumimos en el ócio, en los placeres del amor, de

la caza, hasta de la misma guerra—si fuera preciso—con los caciques más indómitos.

—Nada más fácil que eso,—dijo Alonso Velez.—Si hubiérais estado como yo en los dominios de Caonabo, si hubiérais visto las ricas minas que posee, las deliciosas campiñas que constituyen su territorio, si hubiérais contemplado las mujeres que allí nacen, más hermosas que todas las demás de la isla, ¡oh! entonces en vez de pasar el tiempo entre estas cuatro tablas, dejando dos ó tres de los nuestros para guardar la fortaleza, iríamos los demás en busca de aventuras, y una escaramuza hoy, una aventura amorosa mañana, una cacería de hombres ó de animales, todo esto ahuyentaría el fastidio que empieza á consumirnos. ¿Por qué no quereis que emprendamos una expedición al Cibao?

## VII.

—Sí, sí; emprendámosla.

—Yo por mi parte,—dijo Arana,—quiero observar fielmente las órdenes del almirante.

—En ese caso, os debemos obediencia.

—Pero como conozco que os aburrís, nada me importa que emprendais esa série de aventuras que tanto os fascinan.

Yo me quedaré aquí con unos cuantos de vosotros para defender la fortaleza, para ampararos en caso de fuga.

Volad los otros en pos de esa empresa que os subyuga, y quiera el cielo coronar vuestros esfuerzos.

—Pues entónces, mañana mismo al rayar el dia partiremos.

—Escobedo y Gutierrez serán nnestros capitanes.

—Yo os serviré de guia ,—exclamó Alonso Velez.

—Conózco ya el camino y hasta puedo serviros de intérprete.

## VIII.

Todos se alborozaron ante la esperanza del cambio de vida que se proponian llevar á cabo.

Al dia siguiente al amanecer veinte hombres precedidos de Escobedo y Gutierrez perfectamente armados se pusieron en marcha.

En vano noticiaron á Guacanajari los indios, la expedicion de los europeos.

Ebrio de gozo con su triunfo el rey de Haiti, poseedor de aquella imágen que constituia todo su pensamiento, no hizo caso alguno de las indicaciones de sus vasallos.

## IX.

Al emprender la marcha los españoles ya habia llegado á noticia de los caciques la lucha que habia tenido lugar en la bahía de Samaná, y la sed de venganza ardía en su pecho.

En Sánica un indio que habia perdido á un deudo suyo en la contienda con los españoles, quiso vengarse de ellos y disparó una flecha contra Escobedo.

Por fortuna suya se embotó en el peto de acero que defendía su pecho, y el indio no tardó en ser aprisionado por los suyos.

## X.

—Vas á sufrir un horrible castigo,—le dijo.

Y le mandó colgar de un árbol al mismo tiempo que los indios de Sánica corrían á refugiarse á las montañas y á referir el atroz atentado que acababan de cometer los españoles.

Llegaron al límite que separaba el territorio de Caonabo de los demás de la isla.

## XI.

—Dejadme adelantarme,—dijo Alonso Velez,—y yo os prepararé el terreno. Conozco al cacique, le indicaré que venimos de paz á visitar las minas solamente, y entrando como amigos es más fácil que triunfemos.

Durante aquella marcha aventurera cometieron espantosos escándalos.

Aprisionaban á las mujeres, las ultrajaban con feroz ensañamiento, las ataban á los árboles, ó ataban á sus esposos para ofenderlas en su presencia.

## XII.

La ira ardía en los ojos de aquellos hombres de hierro.

En tanto que ellos se acercaban, Caonabo llamó

en torno suyo á los habitantes de las gargantas del Yaqui, á los guerreros del Maguana, y todos reunidos á las órdenes de Manicate, Anacaona y Boechio:

## XIII.

—Hermanos míos,—les dijo,—el día de la venganza ha llegado. Es hora ya de sacudir la vergonzosa pereza en que vivimos; es hora ya de sacudir la opresión que pesa sobre nosotros: somos libres y hemos recibido del cielo potente brazo para defendernos de los que quieren esclavizarnos.

Guacanajari sumido en la molición, dominado por los extranjeros, débil como el niño, achacoso como el anciano, fiado en la palabra que le dió el cacique de esos hombres, no quiere reunirse con nosotros, prestarnos su ayuda, lanzar contra ellos la flecha envenenada, pero tampoco tiene fuerza para oponerse á nuestros designios.

## XIV.

Hagamos caso omiso de él; dejémosle entregado á su pasión; defendamos nosotros á la patria; vengue-mos los ultrajes que hemos recibido, y peleemos y muramos si es preciso ántes que consentir más tiempo el yugo de nuestros opresores.

Anacaona su esposa, la reina del Cibao, la hija del gran cacique, que al unirse con Caonabo le había hecho dueño de su vida y de los tesoros que poseía,

animó el valor en el corazón de aquellos hombres, incitándoles al combate.

Todos juraron, invocando el santo nombre de Vagoniana, sucumbir ántes que tolerar las maldades de que eran víctimas.

## XV.

El día de cumplir el juramento se acercaba.

Escobedo y Gutierrez habian puesto ya el pié en el territorio de Caonabo.

Alonso Velez llegó hasta donde estaba este cacique y le pidió una entrevista.

---

## Capítulo XXXVI.

---

### La venganza de Caonabo.

#### I.

El pensamiento de Alonso Velez no era otro que el de hacerse partido entre los indios, aún cuando fuera á costa de sus hermanos y compatriotas, á fin de explotar su credulidad, apoderarse de sus riquezas, enterarse por completo de sus costumbres y de su idioma y poder lograr que los que volviesen con nuevas expediciones, le perdonasen su felonía—si no lograba ocultarse á sus ojos—en gracia de la utilidad que podia prestarles en aquel país.

Si tal sucedia y lograba volver á Europa con riquezas, continuar su vida aventurera, y huir de Isabel Monteagudo, su esposa por fuerza, era su único deseo.

## II.

Alonso Velez en la expedicion que habia hecho al Cibao, habia logrado inspirar alguna simpatía á Caonabo, y todos los indios que le conocian sabian ó presumian, que era mucho más afecto á ellos que á sus mismos compatriotas.

Mucho tuvo que contenerse el cacique del Cibao en presencia de aquel extranjero.

Por más que supiera que podia en cualquier caso tenerle á su favor, la idea de que pertenecia al grupo de aquellos hombres que talaban los campos, violaban las mujeres y llevaban por doquiera la desolacion y el luto, era muy suficiente para enfurecerle é inspirarle el deseo de convertirle en su primera víctima.

## III.

Velez, por medio de las pocas palabras que sabia y de los signos, enteró á Caonabo de la proximidad de Escobedo y Gutierrez con algunos hombres más, y de los propósitos que les llevaban allí.

Esto aumentó la ira del cacique.

Una sonrisa infernal se pintó en su rostro.

No tenia que moverse de su mismo territorio para luchar con ellos brazo á brazo y exterminarlos.

## IV.

—Corre á noticiarles inmediatamente que les aguardo,—dijo á Alonso Velez.

—De ningun modo,—contestó el villano,—ellos me esperarán ciertamente; pero es preciso que no sea yo quien se acerque á ellos, sino todos vosotros, porque de esta manera la sorpresa será más eficaz á vuestros intentos.

Si yo me presento, tendré que pelear con vos, y no quiero porque os amo de todo corazón.

Amparadme en vuestras grutas; apartadme de ellos, y yo no seré más que un vasallo tuyo, un amigo, un intérprete que te servirá en todas las ocasiones en que nuevos viajeros vengan á esta isla, para indicarte lo que debes hacer con ellos.

## V.

No disgustó á Caonabo esta proposición, y dando orden para que le ocultaran en una de las minas del Cibao, corrió á buscar á los otros caciques y á su esposa Anacaona para comunicarles la proximidad de los españoles.

## VI.

—No quiero acometerlos por sorpresa,—dijo el bizarro guerrero.—No quiero tampoco poner en frente de ellos todas nuestras huestes. Nosotros solos con

Guarionex y algunos otros valientes bastamos para destruirlos.

## VII.

Guarionex y Guaorocaya, gefes de inmensas bandadas de guerreros, á las órdenes de Caonabo, y Um-tex, capitan de los ciguayos, se colocaron al lado de Caonabo, de Manicate y de Boechio. En tanto que Anacaona, la reina, con las mujeres de aquellos intrépidos soldados pedia á la sombra de Vagoniana que les amparase en la pelea, ellos arrojando fuego por los ojos, anhelosos de disparar sus flechas y de luchar brazo á brazo con sus enemigos, comenzaron á atravesar el bosque que les separaba del paraje en donde Gutierrez, Escobedo y los suyos aguardaban á que Alonso Velez llegase para comunicarles los mejores medios de caer por sorpresa sobre el cacique y sus soldados.

Caonabo iba al frente de los indios.

## VIII.

La enorme maza formada por el tronco de un árbol, y adornada con clavos de oro aparecía en su diestra de una manera formidable.

Gutierrez fué el primero que le vió, y dando la voz de alarma á los suyos no tardaron todos en desenvainar las espadas y en presentarse en actitud de resistir aquel empuje.

Pero rápido como el tigre corrió al lado de Gu-

tierrez, Caonabo, y descargó sobre él la pesada maza que agitaba en su diestra.

El golpe resonó sobre la coraza de acero del español.

## IX.

A pesar de su fuerza hercúlea cayó en tierra privado de sentido, y no tardó en regar con la sangre que salía de su boca el espacio en que cayó.

Una vez rotas las hostilidades de aquella manera, la lucha fué horrorosa.

## X.

Los españoles se lanzaron como hienas sobre los caciques y sus soldados.

Blandiendo las espadas sembraban por la llanura la muerte.

De cada mandoble caía un indio en tierra.

Horrorizados, unos corrían á refugiarse en tanto que otros que desde léjos presenciaban el combate, acudían á ganar el puesto que aquellos dejaban vacío acudiendo en socorro de sus hermanos.

## XI.

Caonabo, Guarionex, Manicate, Boechio, Guarocaya, Umatex, todos los gefes hacían esfuerzos inauditos de valor.

Gutierrez mismo, sediento de venganza reunió

todas sus fuerzas, y pudo levantarse con ánimo resuelto de humillar á sus piés á Caonabo.

Pero el feroz cacique se lanzó de nuevo sobre él, oprimió su cuello con su nervudo brazo, hincó la rodilla sobre su pecho abollando la coraza, y no contento aun, después de verle con sonrisa feroz exhalar su último suspiro, se apoderó de su espada no sin desasir ántes su mano que estaba adherida á la empuñadura como si hubieran sido fundidas en una misma pieza.

Triunfante con aquella victoria, Caonabo blandió la espada de Gutierrez.

## XII.

Al ver los indios en poder de su gefe aquella arma mortífera, redoblaron su valor.

Ya no era un centenar de indios los que luchaban contra veinte hombres; los guerreros españoles tenían que habérselas con millares de fieras.

Los españoles sucumbían á pesar de la defensa de sus cotas, petos, espaldares y cascos.

Solo quedaban en pié cuatro, ó cinco hombres al lado de Escobedo, que parecia un rayo.

## XIII.

Caonabo lleno de heridas, le buscó, sin embargo, y blandiendo la espada que habia arrebatado á Gutierrez, luchó con él de igual á igual.

Escobedo se defendía sin poder atravesar á su adversario.

Cansado de luchar con la espada la arrojó el valiente español, y sacando la daga del tahalí se precipitó sobre Caonabo.

#### XIV.

Una mano de hierro detuvo su brazo, y el caudillo español no tardó en caer bajo el peso de la formidable maza del soberano de Xaragua, del vengativo cacique del Cibao.

Escobedo sucumbió como Gutierrez.

Las sombras de la noche ocultaban á la vista los charcos de sangre que regaban aquellas vírgenes y fértiles campiñas.

#### XV.

El ruido de las armas cesó.

Los ayes de los moribundos se extinguieron.

Pavoroso silencio reinó en el campo de batalla.

Los caciques regresaron triunfantes á donde les aguardaban sus esposas.

La sonrisa de triunfo, la alegría de la embriaguez brillaba en sus ojos.

#### XVI.

—Hemos vengado á nuestra pátria,—exclamó Caonabo.

Cánticos de triunfo resonaron en torno suyo.

Los butios elevaron su plegaria al padre de los reyes, al hijo sublime del sol.

### XVII.

Y sin embargo, una anciana india, separada de aquellas masas que celebraban con cánticos de regocijo la victoria que acababan de tener los indios sobre sus adversarios, leía en el porvenir la destruccion de Haiti, y miéntras los unos reian, ella lloraba; miéntras otros prorumpian en cánticos de gozo, ocultaba lastimeros suspiros de dolor.

### XVIII.

¡Cuán ageno estaba Guacanajari en aquellos momentos de lo que pasaba en su querida patria!

¡Cuán agenos tambien Arana y los españoles que vivian á su lado, de que sus hermanos, sus amigos perecian en aquella lucha!

¡Cuán agenos de que no apagada aún la sed de venganza de Caonabo y de los suyos, no tardarian en verse acometidos por aquellas hordas de salvajes que parecian llevar la desolacion y la muerte á todas partes!

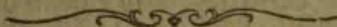
### XIX.

La venganza del cacique del Cibao debia ser completa.

¡Pobre Guacanajari!

¡Aún no sabia el porvenir que le estaba reservado!

Ebrio de gozo por poseer el objeto de todo su amor, no veía que el edificio de su imperio se desmoronaba poco á poco, y que la maldicion de Vagoniana pesaba sobre su frente.



## Capítulo XXXVII.

### Desolacion y muerte.

#### I.

Las sombras de la noche desaparecieron, y el sol inundó de luz los bosques y los campos de la desgraciada isla de Haiti.

Guacanajari, en su palacio de Marien, se despertaba con una agitacion que no podia explicarse.

En lo más oculto de su aposento, enfrente de la hamaca imperial estaba colocada la imágen de la Virgen, que era su tesoro, su amor, su vida.

#### II.

Después de haber pasado largas horas, como solia, contemplándola arrodillado en su presencia, fijó sus ojos en aquellos ojos que el artista había inundado de luz y de expresion.

Ebrio de amor y de ventura, habia cerrado los ojos al sueño, y todavía veía en su imaginacion aquella figura celestial á quien tanto adoraba.

## III.

De pronto aquella imágen fascinadora se tornó á su vista en un mónstruo de horrible aspecto, de amenazadora mirada.

Quiso pedir auxilio porque el mónstruo avanzaba hácia él, y la voz espiró en sus lábios.

Un frio mortal circuló por sus venas.

## IV.

El mónstruo se detuvo.

Dirigió una mirada en torno suyo, y Guacanajari vió reflejarse en los ojos de aquel fantasma toda su isla; pero especialmente una parte de ella, al pié de una montaña, cerca de un abismo: aquel era el territorio en dónde imperaba Caonabo.

¿Qué pasaba allí?

## V.

Los ojos del mónstruo se dilataron.

En sus órbitas, lo mismo que en un espejo de aumento, vió escenas horrorosas el infortunado monarca de Haiti.

Los indios luchaban con los españoles.

Unos y otros caian heridos de muerte.

## VI.

¡Oh! aquello no podía ser cierto.

Si lo era, faltaba á sus promesas, á los juramentos que habia hecho á Colón, faltaba á su dignidad y hasta á su palabra de hombre.

¿Qué pensaría el almirante, el enviado del cielo, al ver que sus hijos, sus hermanos, los que habia dejado allí bajo la salvaguardia de Guacanajari, perecían á manos de sus vasallos, á manos de sus caciques?

¿Qué autoridad tendría á sus ojos?

Y por otra parte, ¿cómo aquellos hombres formidables que con una sola palabra habian inclinado la frente y le habian obedecido como esclavos, se atrevían contra su voluntad, contra su autoridad á obligarle á faltar á su palabra y no solo eso, sino que regaban con sangre santa á sus ojos el territorio de Vagoniana?

## VII.

De pronto desapareció aquella vision.

Pero el mónstruo presentando sus amenazadoras garras las clavó en el pecho de Guacanajari.

El rey sintió la herida y despertó colocándose las manos en su pecho.

Habia soñado.

Peró aquel sueño, ¿no podía ser un aviso del que todo lo puede, del árbitro de los hombres?

Aquel mónstruo ¿no podia significar que la discordia existia en la pérfida isla de Haití?

¿Aquellas garras afiladas no podian significar que eran la indignación, la sed de venganza de los vasallos de Guacanajari?

¿No significaba aquella herida que habia abierto en su pecho la diestra del mónstruo que quizás seria desgarrado su imperio y sucumbirian todos?

### VIII.

Al abrir los ojos, deseando disipar aquella horrible pesadilla de que habia sido victima se dirigió al lugar donde guardaba la imágen para encontrar en sus ojos la paz del alma que necesitaba.

Pero no bien dió un paso cuando se presentó en su estancia una mujer, una india cuya presencia produjo en él un terror inaudito.

### IX.

—Rey Guacanajari, vengo á verte, —exclamó aquella mujer.

—¡Tú, Inima, tu aquí! —exclamó el monarca amedrentado.

—Yo, sí; yo que he descubierto tus maldades, yo que he sufrido mucho por tu causa, yo que he devorado mucho tiempo en silencio las amarguras de mi corazon; hoy vengo á castigarte.

—¡Tu! —añadió retrocediendo Guacanajari y pa-

sando los índices por sus ojos para convencerse de que ya no soñaba.

—Yo, si, te acuerdas? Aunque bien puede ser que con las dichas que te sonreían te hayas olvidado de mí. Oh! yo no hubiera venido á buscarte... Yo no hubiera sacrificado mi felicidad, mi vida misma, si Ainaima no hubiera muerto por tu causa. Ainaima, la hermana querida de mi corazón, tu predilecta!!! Por ella te perdono.

Ainaima y yo éramos hijas de Zaubayqui, el guerrero más temido de Haiti.

Desde muy niñas nos habian designado á una de las dos para ocupar el trono donde tu debias sentarte.

Yo habia sentido despertarse en mi alma el amor ántes de que ella fijase en tí sus ojos.

Yo te amé, Guacanajari, te amé con delirio.

Tu debias elegir entre las dos y hubo algun tiempo en que tus miradas engañosas me hicieron creer que yo seria la predilecta.

## X.

Un dia, sin embargo, Ainaima fué tu esposa, cayó en tus brazos y yo que tenia motivos para odiarte devoré en silencio mi amargura y vivi del reflejo de tu felicidad.

Desde entónces jamás se han encontrado tus ojos con los míos, jamás he oido las palabras de amor de otros guerreros.

Murió mi padre y yo fui la guardiana constante de su tumba.

Solo el dolor era mi patrimonio, sólo el dolor era mi compañero y jamás turbé tu tranquilidad.

Pero tu no has hecho feliz á Ainaima.

Ainaima ha muerto de dolor por tu causa:

## XI,

—No es verdad, no es verdad,—gritó Guacanajari, presa de horrible fiebre porque la conciencia le acusaba y le hacia ver que lo que decia Inima era cierto.

—¿Crees que yo no te he observado, que no te he seguido paso á paso, que no he descubierto la pasion que te domina?

Todas las noches cuando tú hablabas con el extranjero bajo los tamarindos que rodean tu albergue, cuando creias que estabas solo y le entregabas oro en cambio de una promesa que te hacia, yo estaba á tu lado, yo oia tus palabras, yo adivinaba tus pensamientos.

No te he perdido de vista; sé el objeto que adoras, y como tu fatal pasion es la causa de la ruina de nuestro pueblo, como la paz ha desaparecido y en su lugar la guerra tremola su espada de fuego, vengo por última vez á darte una prueba de mi amor, y á apartarme para siempre de tu lado para bajar al sepulcro que me espera.

## XII.

—¿Qué dices?...—preguntó Guacanajari más sobresaltado aún,—la guerra...

—Si, la guerra; ayer, ántes de que el sol hundiera su frente en el mar, Caonabo, Manicate, Boechio y los más valientes caudillos de tus huestes, lucharon brazo á brazo con los extranjeros, y los exterminaron.

—¡Oh! eso no puede ser!

—Pronto vendrán ellos mismos á comunicártelo, pronto los verás ardiendo en ira acometer nuevás empresas, y en tu presencia misma apoderarse de la fortaleza de tus falsos amigos, y condenarlos á la misma suerte que han sufrido sus compañeros.

## XIII.

—¿Luego no he soñado?—preguntó Guacanajari pasando su mirada por la estancia y fijándola en Ainaima.—¿Luego es verdad que se ha derramado sangre? ¿Luego es verdad que yo he faltado á mi palabra? ¿Luego los enviados del cielo tendrán razon para maldecirme y despreciarme?

—La tendrán ellos y la tendrán tus vasallos. Rey Guacanajari, tu no eres ya el mismo. La pasion que te domina ha secado en tu alma el amor á tus vasallos, ha debilitado las fuerzas de tu cuerpo, ha abatido tu espíritu.

## XIV.

No bien había pronunciado Ynima estas palabras, cuando vinieron á anunciar á Guacanajari la llegada de los caciques.

Deseoso de convencerse de que Ynima no le había engañado, de que su sueño había sido un presentimiento, abandonó á la india y corrió al peristilo que formaba su palacio en dónde le aguardaban sus guerreros.

## XV.

Una sonrisa de triunfo se pintó en los labios de aquella mujer.

Apenas salió Guacanajari de la estancia, corrió al sitio en dónde ocultaba la Santa Virgen, se apoderó de ella y abandonó el palacio precipitadamente.

Guacanajari fue al encuentro de los caciques.

## Capítulo XXXVIII.

### La tea de la discordia.

#### I.

Caonabo no había podido presentarse á Guacanajari.

Las heridas que había recibido en el combate le habían obligado á aceptar los cuidados de Anacaona, pero necesitaba comunicar al rey de los reyes la resolución que había tomado, y envió á Manicate y á Boechio con algunos más á darle cuenta de lo que había sucedido y de sus inquebrantables propósitos.

#### II.

—Venid, venid,—dijo Guacanajari guiando á todos al templo y haciendo que le siguieran cuantos indios hallaba al paso.

El mismo, miéntras todos le observaban con

asombro, encendió la hoguera de alóe para rendir tributo al Tzimes.

Los butios le rodeaban.

En su rostro se veía retratado el duelo que existía en su corazón.

Todos se posternaron ante el altar.

### III.

—Sacerdotes, guerreros, vasallos míos,—exclamó Guacanajari,—os he llamado para escuchar vuestros consejos. Ya lo sabeis: la sangre ha regado los campos de vuestra hermosa patria.

Un día llegó un extranjero á mis dominios.

Era el enviado del cielo.

Nos colmó de presentes, nos ofreció defendernos de nuestros enemigos, y como tenía en su poder el rayo y el trueno, aceptamos alborozados su protección.

Yo juré al jefe de aquellos hombres proteger á sus guerreros como á mis propios hijos.

Ellos elevaron en la orilla del mar una fortaleza para vivir independientes, y ofrecieron á su vez respetarnos y amarnos.

Han faltado á su palabra.

Sé que han invadido temerariamente los dominios de Caonabo, que han profanado nuestra hospitalidad derramando la sangre de nuestros hermanos, ultrajando á nuestras mujeres, pagándonos con la más negra ingratitud.

Justifico á Caonabo.

La ira que ha sentido en su pecho, la indignacion que ha agitado su brazo, son justas.

El, con otros caciques, ha luchado brazo á brazo y cuerpo á cuerpo con los extranjeros, y los ha exterminado.

Sus despojos yacen sobre las llanuras de Maguana.

Hé aqui mi triste situacion.

Yo he jurado proteger á los extranjeros: Caonabo ha jurado exterminarlos.

Sacerdotes, guerreros, vasallos míos, disipad mis dudas, aconsejadme qué debo hacer; decidme si ha de salir de mis labios el grito de guerra para luchar con Caonabo que me obligó á faltar á mi palabra, ó para ponerme á su lado y destruir á los extranjeros que han faltado á la suya.

#### IV.

Los butios callaron, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Los guerreros dirigieron una mirada terrible á Guacanajari.

Y sin embargo, después de algunos minutos de solemne silencio:

—La voz del Tzimes,—exclamó Guacanajari,—me manda blandir la espada de la justicia; pero no para destruir al extranjero, sino para protegerle, porque mi corazón le ofreció una hospitalidad desinteresada.

Los que sintais la sed de venganza en vuestras

entrañas, volad al lado de Caonabo, unios á Manicate y á Boechio; pero tendreis que luchar conmigo y con los mios.

Los que acateis la voz del Tzimes, los que aún tengais amor en vuestro pecho para vuestro infortunado rey, colocaos á mi lado, aprestaos al combate, porque, no hay duda, Caonabo y los suyos vendrán á destruir la fortaleza de los extranjeros, á disparar sus envenenadas flechas á su corazon, y nosotros necesitamos estar allí para defenderlos.

Triste necesidad me impone el deber.

¡Ah! dias terribles nos aguardan, luchar hermanos contra hermanos; la paz ha huido de Haiti y la discordia ha ocupado su trono.

¡Que Vagoniana se apiade de aquellos que defiendan la justa causa!

## V.

Manicate, Boechio y los que habian ido formando el séquito volaron á comunicar á Caonabo las palabras que habian oido pronunciar á Guacanjari.

Este, en tanto, convocó á sus vasallos y unos y otros se aprestaron á la pelea.

En vano las mujeres caian de rodillas á los piés del monarca pidiéndole que apaciguase su ira y no empeñase una lucha fratricida.

Era tarde ya.

El butio encargado de proclamar la guerra recorrió las aldeas y los campos, ostentando en su diestra el ramo de ébano.

## VI.

—Hijos de Haiti,—exclamaba,—la hora del combate ha llegado, el Tzimés lo ha revelado así.

Blandid la afilada flecha, salen de sus palacios las sombras de los reyes y se preparan al combate.

Vuestro rey Guacanajari ha empeñado su palabra y necesita sostenerla con vuestro apoyo.

El nuevo sol debe veros reunidos en las llanuras de Marien para defender con vuestros pechos las fortalezas de los extranjeros.

## VII.

Caonabo no tardó en conocer la resolución de Guacanajari.

Sus heridas se abrieron de nuevo; pero, no obstante, resuelto á luchar, no sólo ya con los extranjeros, sino con el mismo Guacanajari, llamó á sus capitanes, les dió sus órdenes, y aquel mismo día, cuando la noche empezaba á tender su sombra y la luna reflejaba sus plateados rayos sobre las verdes copas de los frondosos árboles, al frente de millares de indios, corria, ahogando el dolor de su herida, hácia la fortaleza de la Navidad.

## VIII.

Los guerreros de Guacanajari esperaban la luz del nuevo día para aprestarse á obedecer á su rey.

Todo estaba en silencio.

Éra una noche hermosa.

Arana, el capitán de los pocos españoles que habían quedado en la fortaleza, estaba impaciente.

Ni Gutierrez ni Escobedo habían vuelto.

¿Habían perecido?

Si era cierto, ¿qué suerte le estaba reservada?

## IX.

Delante de la fortaleza en tanto que sus compañeros recostados sobre la arena dormían ó elevaban al cielo sus miradas bañándolas en la luz de la argentada luna, él, angustiado, pensando con pena en su querida pátria, en los afectos que en ella había dejado, sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y para calmar aquella agitacion cogió la mandolina y deshogó su pena cantando sentidas trovas de amor.

Las huestes de Caonabo llegaron cautelosamente.

## X.

Al oír la voz del español, que la brisa llevaba á sus oídos, se detuvieron.

El gavilán, próximo á caer sobre la débil tórtola, seguro de su presa, se detenía á recrearse en su triunfo escuchando aquel canto que era el canto del cisne.

La música cesó y Arana vencido por el sueño se refugió en la fortaleza con sus camaradas.

## XI.

Caonabo dió sus órdenes.

Trepando por las rocas pusieron maderas resinosas al pié de la fortaleza y la prendieron fuego.

Las huestes de Caonabo rodeaban aquel espacio que no tardó en ser una hoguera espantosa.

Arana y los suyos despertaron despavoridos.

## XII.

Vistiéndose sus armas con rapidez bajaron á través de las llamas á la llanura y se vieron rodeados de multitud de indios dispuestos al combate.

Algunas nubes habian oscurecido el cielo.

Pero la hoguera derramaba un resplandor siniestro sobre el campo de batalla.

## XIII.

Arana y los suyos hacian desesperados esfuerzos para vencer á aquellas hordas, pero no podian menos de fijar sus espantados ojos en la fortaleza, que las llamas devoraban con insaciable voracidad.

Los guerreros de Guacanajari vieron desde léjos la hoguera.

El humo oscurecia los primeros albores de la mañana.

Guacanajari tenia la muerte en el corazon.

## XIV.

Al volver á su morada habia buscado la imágen y no la habia encontrado.

Toda la noche la pasó en el insomnio sin saber qué medidas tomar para recuperar su precioso tesoro.

Al saber que Caonabo y sus guerreros habian llegado, no dudando que algun emisario habia sido el raptor de la imágen, ardiendo en ira se puso al frente de sus soldados y corrió con ellos al lugar del combate.

## XV.

La sangre se heló en sus venas.

Las llamas habian consumido la fortaleza, y habian comunicado su fuego al bosque vecino.

Las lombardas que vomitaban el rayo y el trueno se habian derretido.

Guacanajari no vió más que un monton de cenizas y un monton de cadáveres.

Todos los extranjeros habian sucumbido.

## XVI.

Guacanajari se puso en frente de Caonabo y luchó contra él.

Sus guerreros pelearon con los guerreros del cacique del Cibao.

Las flechas silbaban en el aire, y entretanto los bosques formando una sola é inconmensurable hoguera aumentaban el horror del combate.

Guacanajari lanzó una flecha al corazón de Caonabo.

## XVII.

El, que siempre habia colocado la flecha en donde habia fijado su mirada, vió caer á los piés de Caonabo y embotarse en la arena la que lanzó á su pecho.

Caonabo, más afortunado, dirigió un dardo al corazón de Guacanajari, y el pobre rey cayó en medio de sus vasallos.

En aquel momento cesó la lucha.

## XVIII.

Los butios le recogieron para llevarle á su morada.

Los guerreros se arrodillaron llenando el aire de lamentaciones.

Caonabo, horrorizado de su obra, corrió con los suyos á ocultarse en las profundidades de las cavernas.

Guacanajari fué trasladado á su palacio de Marien.

## XIX.

Todo quedó en silencio.

Los hombres y las mujeres se ocultaron en sus cabañas.

El fuego continuaba consumiendo los árboles.

Una espesa nube de humo llenaba los horizontes de la isla.

## XX.

La consternacion se apoderó de todos.

A lo léjos se descubrian multitud de grandes embarcaciones.

Eran los hijos del cielo que volvian á castigar á los miserables que habian faltado á su palabra.

La desolacion y el espanto reinaban en Haiti.

---

## Capítulo XXXIX.

---

### Descubrimiento de nuevas islas.

#### I.

Retrocedamos á buscar á Colon en los momentos en que se aprestaba á emprender el segundo viaje, para conocer todas las peripecias de esta nueva epopeya de su vida, ántes de colocarle en presencia de Guacanajari, y de informarse del desastroso fin que habian tenido sus hermanos.

Después de salir de la Gomera reinó en el mar una gran calma que obligó á las embarcaciones á permanecer algunos dias estacionadas á la vista de la isla de Hierro.

#### II.

El dia 13 de octubre se levantó una brisa fresca, y Colon siguió el rumbo del Sudoeste con ánimo de in-

ternarse hácia la parte meridional donde suponía que estaban las islas de los caribes que con tan negros colores le habian descrito los indios.

Una vez en la region de los vientos constantes, siguió la brisa animando las velas, y once dias después estaban las naos á cuatrocientas cincuenta leguas desde la Gomera.

### III.

¡Cosa estraña!

En toda aquella travesía no habian hallado los navegantes aquellos prados de yerba que movian las olas del mar, y que habian sido objeto de esperanzas tan halagüeñas para los que siguieron á Colon en su primer viaje.

La marcha continuó con la mayor bonanza, hasta que á fines de octubre, la víspera de San Simon les sorprendió una noche oscura precursora de una horrible tempestad.

### IV.

No tardó en estallar la tormenta cayendo un aguacero espantoso, resonando el trueno en el espacio y partiendo los rayos y las centellas en distintas direcciones.

Duró la tempestad cuatro horas, y todos los navegantes se creyeron perdidos al ver que las antenas y el cordaje de los buques estaban iluminados con una luz que se undia con gran celeridad.

Eran esas luces fantásticas que aparecen en las tempestades cuando la atmósfera se halla muy cargada de electricidad.

Y como este fenómeno ocurrió en el momento en que los marineros se creían en inmenso riesgo, fué lo mismo entónces, que ántes y después, objeto de preocupaciones, de temores y de sobresaltos en aquellos hombres que se hallaban en medio del mar.

#### VI.

Los marineros llaman á estas luces *el cuerpo de San Telmo*, y cuando las ven tienen por cierto que no corren peligro porque su santo Patron les ampara.

Al verlas, más tranquilos, prorrumpieron en cánticos de gracias á la Providencia, y rezaron letanías y oraciones con gran fervor.

La tempestad paró efectivamente, y ocho dias después al ver el almirante el color que presentaban las aguas, el estado de las olas, la inconstancia de los vientos y la frecuencia de los aguaceros, no dudó que se hallaba cerca de tierra, y dió las órdenes oportunas para que se acortasen las velas, y los vigilantes estuvieran muy alerta de noche.

#### VII.

Al amanecer del dia siguiente, los primeros albo-

res ofrecieron á la vista de los navegantes el espectáculo de una isla encantadora.

Su entusiasmo no tuvo límites.

Era domingo, y Colón bautizó á la isla con el nombre de la Dominica.

Poco después descubrieron otra no ménos bella, no ménos frondosa, y Colón la nombró Marigalante, por ser este el nombre de la nao capitana que le llevaba á bordo.

### VIII.

La primera ofrecía un panorama accidentado.

La otra era llana, cubierta de árboles muy espesos.

Bandadas de papagayos de mil colores cruzaban el espacio con rápido vuelo, recreando la vista de los navegantes.

Al seguir las naves su rumbo descubrieron nuevas islas, y para buscar puerto se dirigieron á la primera.

La sorpresa de los europeos fué inmensa, al ver en ella campos cubiertos de verdura, arroyos cristalinos serpenteando por los prados, una vegetación lozana, primaveral, cuando dejaban en su patria campos yertos, árboles desnudos, hojas amarillentas alfombrando el suelo y caminando á perderse á impulso de los vientos otoñales.

### IX.

Todas aquellas islas son las que forman parte del

hermoso Archipiélago llamado las Antillas, que se extiende desde el extremo oriental de Puerto-Rico á la costa de Paria, en el continente del Sur.

No habiendo hallado puerto en la Dominica, se encaminó con sus embarcaciones á la Marigalante, y saltando en tierra con los capitanes y personas que formaban el Estado Mayor de la escuadra, tremoló el estandarte real, y tomó posesion de aquella isla y de las adyacentes, en nombre de sus soberanos los reyes de Castilla.

#### X.

Visitaron después parte de la isla, aunque sin internarse mucho, y desde luégo admiraron la espesura de las arboledas, la variedad de árboles que formaban los bosques, las flores y las frutas que los adornaban.

Allí hallaron un árbol cuya hoja, parecida al laurel, aunque más pequeña, esparcia un perfume embriagador.

#### XI.

Algunos de los marineros cogieron sus frutos y los probaron.

Pero sólo con tocarlos con la lengua se les hinchó la cara y sintieron un ardor y un dolor tan horrible, que parecia que estaban rabiosos.

El doctor Chanca, que acompañaba á Colon como

médico de la armada, pudo aliviarles obligándoles á que se arrojaran al mar para atemperarse.

Aquel fruto era el del manzanillero.

## XII.

Después de recorrer una gran parte de la isla sin hallar gente ni señal de que la hubiera habido, la creyeron despoblada y volvieron á bordo.

Encamináronse á otra isla mayor que divisaban no léjos de allí, y en ella vieron el elevado pico de una montaña, de la que creyeron que se desprendian manantiales de aguas cristalinas.

Al examinarle más de cerca, vieron que era el cráter de un volcan.

No muy léjos de allí apercibieron un torrente que se despeñabá desde una inmensa altura.

## XIII.

Al llegar cerca dispuso el almirante que una carabela ligera fuese costeano para buscar puerto.

Hízose así, y su capitán vió un grupo de casas, saltó en tierra, se dirigió á aquellos albergues; pero al acercarse á ellos, sus habitantes, sorprendidos, amedrentados, emprendieron la fuga.

## XIV.

Examinó el capitán sus viviendas, y halló mucho

algodón hilado y por hilar, y al mismo tiempo se apoderó de algunos huesos de brazos y piernas de hombres, los que llevó á Colon para que pudiese tomar idea de la clase de gente que habitaba allí.

La isla era llamada por los naturales, Turqueira.

### XV.

Colon que habia ofrecido á los religiosos de Nuestra Señora de Guadalupe, en Estremadura, bautizar con aquella advocacion de la Virgen, alguna de las tierras que descubriese, dió á aquella isla el nombre de isla de Guadalupe.

En vista de las noticias que comunicó el capitán explorador, Colon con algunos de los suyos, desembarcó en otro puerto dónde tambien los indios que allí habia huyeron consternados, con tal precipitacion, que muchos de ellos hasta dejaron abandonados á sus hijos.

Aquella era una ocasion propicia para Colon de realizar su política conciliadora.

### XVI.

Mandó á los españoles que agasajaran á los niños, que adornasen sus brazos con cascabeles, y después de hacerles otros regalos por el estilo y de acariciarles en extremo, les dejaran en libertad, á fin de que fueran á comunicar á sus padres que no eran enemigos, sino amigos los que llegaban á la costa.

## XVII.

La población á donde habían llegado los españoles constaba de unas cuarenta casas levantadas en torno de un gran espacio circular que parecía una plaza.

Aquellas viviendas se asemejaban en todo á las de la isla Española, puesto que estaban formadas por troncos, ramas y cañas, con techos de hojas de palmera.

Diferenciábanse, sin embargo, de las de las otras islas, en que eran cuadradas y no circulares, y además cada una de ellas tenía una especie de umbral ó pórtico para preservar de los rayos del sol á sus moradores.

En el pórtico de una de ellas había entalladas en madera figuras y serpientes.

## XVIII.

Penetrando en ellas los exploradores, vieron hamacas de algodón.

Los utensilios eran de barro y de cortezas de calabaza.

En las paredes había colgados arcos, y flechas con las puntas de hueso.

Lo que más abundaba en aquellas moradas era el algodón hilado y tejido, aunque groseramente.

No faltaban animales domésticos, entre los que

podian contarse en primer término el guacamayo, tan rico de color en su plumaje.

### XIX.

En aquel exámen que debia ilustrar á los viajeros acerca de las costumbres, lo mismo que del carácter de los habitantes de la isla, no desperdiciaban un sólo detalle.

Al registrar las casas, en una de ellas hallaron una sarten de hierro muy parecida á las que se usaban en Europa, y á las que habia dejado Colon en Haiti á sus compañeros de viaje.

Tambien los sorprendió grandemente el hallazgo de un codastre, pieza de la popa de un buque, que no podian imaginar cómo habia llegado á aquel país en dónde no se descubrian ni los síntomas siquiera de la civilizacion.

### XX.

Estos dos objetos preocuparon grandemente á Colon.

¿Cómo estaban allí?

¿Antes que él, habia llegado algun otro viajero á aquellas costas?

Si tal habia sucedido, ¿habia perecido á manos de sus habitantes y estos habian destruido la embarcacion ó embarcaciones que hasta su orilla habian llegado, quedándose como memoria del triunfo con aquel utensilio y aquel fragmento de embarcacion?

## XXI.

En tanto que el almirante pensaba de este modo, gustaban con regocijo los demás que le acompañaban la piña ó anana, que tan importante papel desempeña hoy en las mesas elegantes de Europa, y que encontraban por la primera vez y saboreaban con placer.

Pronto experimentaron algun temor los atrevidos viajeros al ver que en casi todas las moradas de los indios habia huesos humanos, cráneos colgados en las paredes, huesos de piernas y de brazos y otros adornos no menos fúnebres.

## XXII.

—No hay duda,—dijo Colon,—estamos en el país de los caníbales ó caribes, feroces guerreros á quienes temen mucho los indios de las otras tierras que he descubierto, porque de cuando en cuando invaden sus hogares, y no sólo se apoderan de sus riquezas, sino de las personas que desuellan guardándolas con cuidado en sus albergues, en donde celebran festines con sus carnes, de los que quedan esas reliquias.

## Capítulo XL.

### Desaparición de un capitán y ocho marineros.

#### I.

A pesar del esforzado valor de todos los que acompañaban al almirante, sintieron vivos deseos de volverse á bordo, y así lo hicieron.

Pero Colon con unos cuantos anduvo dos leguas en un bote costeano la isla, y gracias á este viaje explorador halló al anochecer un puerto bastante cómodo.

#### II.

La isla se estendia por aquella parte más de veinte leguas, erizada de altas montañas y cubierta de llanuras espaciosas, y verdes valles.

De cuando en cuando entre las arboledas, y al pié de los arroyuelos se veian pequeños lugares formados por chozas, y sus habitantes huian amedrentados al

ver la magnífica escuadra que se balanceaba cerca de ellos sobre las ondas del mar.

Los navegantes habían hallado un puerto seguro, y allí pasaron la noche.

### III.

Al día siguiente dispuso Colón que algunos capitanes desembarcasen con algunos hombres, y tomaran distintos caminos á fin de explorar la isla y de llegar á adquirir relaciones con sus habitantes.

Ojeda fué uno de los que salieron al frente de unos cuantos hombres á cumplir esta orden.

Diego Marquez, esforzado capitán que se había distinguido mucho en las guerras contra los moros, y había sido destinado por los reyes para formar parte de los navegantes, fué uno de los gefes que llevaron á cabo el propósito del almirante.

### IV.

Cada cual por distintos lados, aunque sin separarse mucho, recorrieron la isla sin apartarse de la costa, y á la tarde volvieron con un niño y varias mujeres.

De estas habían podido apoderarse por sorpresa, pues sus esposos al ver cerca de sí á los extranjeros, confiaron su salvación á la fuga.

Uno de los indios de Guahanani que acompañaba siempre á Colón en calidad de intérprete, habló

con aquellas mujeres, y por las noticias que dió á su amo, coligió este que se hallaban en una de las islas caribes.

## V.

Supo además que los habitantes de aquella, se habian coaligado con algunos de las más próximas, y juntos invadian de cuando en cuando las demás, esterminando á sus moradores y apoderándose de sus bienes y sus mujeres, que llevaban como esclavas á su isla.

Sus ligeras canoas, únicas embarcaciones que conocian y empleaban en sus expediciones, podian recorrer hasta ciento, ó ciento cincuenta leguas en medio del mar sin que jamás zozobrasen.

¡Tal era la pericia de aquellos hombres para desafiar con tan endeble barquilla la furia de las olas!

## VI.

Las mismas mujeres que cayeron en poder de los europeos iban armadas con arcos y flechas.

Estas tenian las puntas formadas por espinas de peces, y estaban además envenenadas con el jugo de algunas yerbas ponzoñosas.

Al volver los caribes de su expedicion, solian llevar consigo además de las mujeres, hombres que destinaban á sus festines con una alegría sin igual.

## VII.

La narracion del indio de Guahanani, de resultas de la conversacion que habia tenido con los pri-

meros, sobrecogió algun tanto á Colon, mas que por nada porque todavia no habia regresado de su viaje explorador el capitan Diego Marquez ni los ocho hombres que le acompañaban.

## VIII.

No dudaba Colon que desde su embarcacion, disparando las lombardas sobre aquellos habitantes, no tardaria en hacerlos huir si por acaso volvian en grandes masas á desafiar á los que consideraban como sus enemigos.

Por este lado no tenian recelo alguno.

Pero no podia ménos de sentir que un soldado tan bizarro como Diego Marquez, que era además capitan de una de las carabelas, hubiese sido victima de la voracidad de aquellos salvajes.

## IX.

De todos modos, mandó tratar muy bien á los prisioneros para que pudieran en su dia dar acerca de ellos los mejores informes á sus compatriotas y aguardó á bordo con gran impaciencia el regreso de Marquez y los suyos.

Trascurrió un dia y no se presentaron.

## X.

—¿Se habrán perdido?—exclamaban algunos.

—¡Oh, no! son buenos náuticos,—decía Colón,— y tan expertos, que fácilmente sabrían volver guiados por las estrellas á falta de otros indicios.

—Pues en ese caso,—dijo Alonso de Ojeda,—permítidme que vaya á buscarlos con algunos otros hombres. Parece una temeridad, pero es necesario hacer una tentativa, porque al fin y al cabo tenemos el deber de ampararles, y en todo caso de castigar á los que se hayan atrevido á injuriarles.

## XI.

Dispúsose para el día siguiente la formación de varias partidas, con el fin que cada una con un trompetero que diese las señales necesarias, saliese en busca de aquellos nueve hombres.

Al mismo tiempo se dispararon desde los buques cañonazos, y algunos de los tripulantes bajaron á las playas á disparar también sus arcabuces.

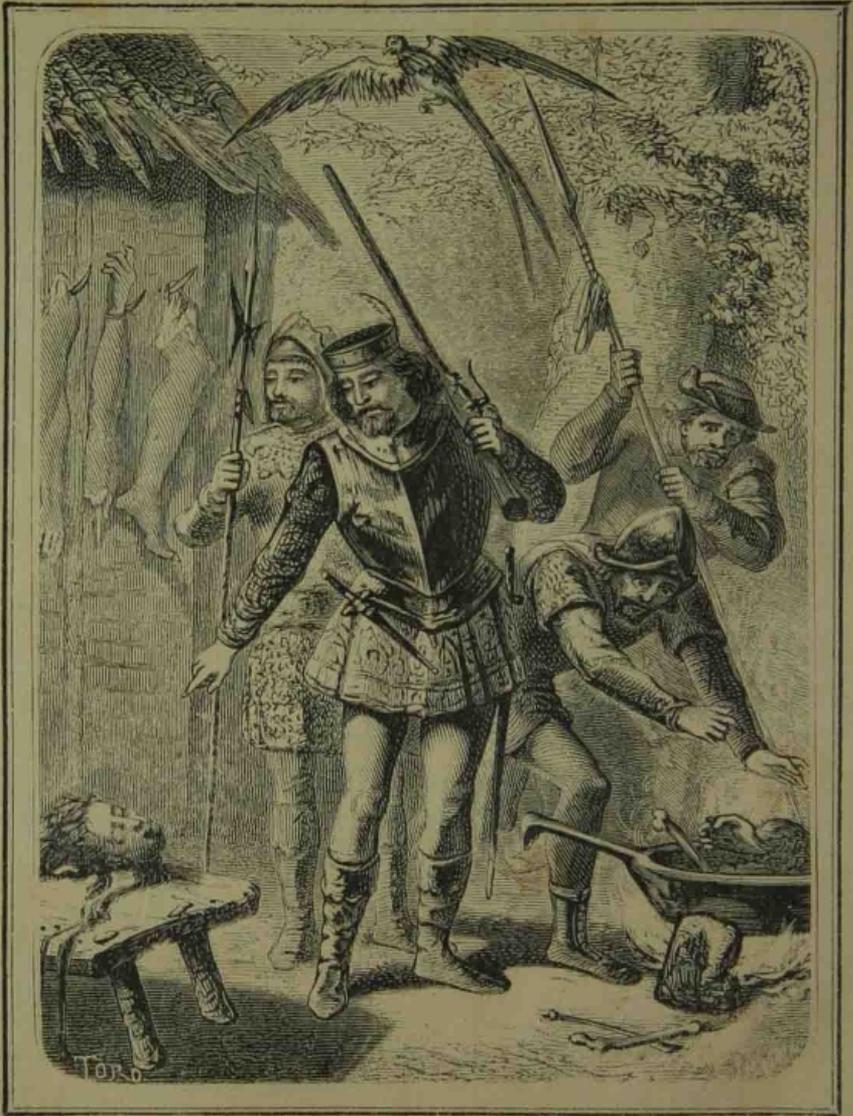
Nada se consiguió, sin embargo.

## XII.

Por la noche volvieron las partidas que habían salido, fatigadas y en el mayor desaliento, porque no habían hallado rastro alguno de sus hermanos.

Durante aquella expedición habían registrado muchas chozas, en las que hallaron pruebas del antropofagismo de los indios.





CRISTÓBAL COLON.—...vió Ojeda la cabeza de un jóven desangrándose todavia.

## XIII.

Habia miembros humanos curándose al sol, sin duda alguna para calmar más tarde el hambre de aquellos caníbales.

Asímismo vió Ojeda en una choza la cabeza de un jóven desangrándose todavía, y al fuego en una especie de sartén que habian abandonado á su llegada los moradores de la choza, los restos de un cuerpo mezclados con carne de gansos y de loros.

## XIV.

Al sentimiento que producía en Colón la desaparición de sus compañeros, se unía su indignación natural, puesto que de no haber perecido, habian desobedecido sus órdenes, habian faltado á las prescripciones que les habia hecho ántes de partir, y sólo por eso se encontraban perdidos.

## XV.

La creencia de que hubieran sido víctimas se arraigó más y más en los navegantes, al ver que durante el día y cuando cesaron los disparos, se presentaban en la playa muchos indios; pero apenas escuchaban el estampido de las lombardas, huían des-pavoridos á refugiarse en los bosques.

## XVI.

Algunas mujeres se acercaron á la orilla del mar, y en las demostraciones que hacian daban á entender que eran cautivas de los naturales del país.

Colón mandó que fuesen barcas á buscarlas, y al llegar á su lado dispuso que las adornasen con cascabeles y las entregasen cuentas de vidrio y sartas de abalorio, y una vez engalanadas con estos atavíos, mandó que volviesen á la playa, encargándoles que dijese á los caribes que venian deseosos de paz, que su anhelo era protegerlos y ampararlos colmándoles de regalos por el estilo, y que por lo tanto debian acudir allí como amigos.

## XVII.

Fueron, en efecto, á cumplir este mandato; pero poco después se presentaron de nuevo en la orilla pidiendo amparo, y sin los atavíos que acababan de recibir.

Aquella vez dijeron las mujeres, que sus amos, los indigenas, les habian robado aquellos objetos y refirieron que habia muy pocos hombres á la sazón en la isla, porque casi todos ellos habian salido algunos dias ántes con el rey en diez canoas, á visitar las islas inmediatas en busca de botín.

## XVIII.

Pero cuando los hombres se alejaban con este ob-

jeto, las mujeres se quedaban á defender la isla, y competian con ellos en el manejo de las flechas, en el espíritu aventurero, en el valor, en la fuerza, en la audacia.

Algunas de aquellas pobres mujeres dieron sin duda noticia á las demás de la afectuosa acogida que los extranjeros les dispensaban, puesto que aquella tarde y aquella noche acudieron otras muchas esclavas y algunos jóvenes cautivos.

Los navegantes no pudieron ménos de horrorizarse al saber á qué circunstancia debian la vida aquellos jóvenes.

### XIX.

En efecto; los caribes al caer sobre cualquiera de las islas que visitaban, se apoderaban tambien de los niños, y tenían la crueldad de mantenerlos á su lado, de engordarlos, para devorarlos cuando estuvieran completamente desarrollados y en sazón de satisfacer su voraz y bestial apetito.

Para que sus carnes fueran más tiernas y más sabrosas, les sometian á operaciones crueles.

### XX.

¡Cuán distinto cuadro se ofrecia á los ojos de Colón en aquella isla de lo que habia visto en la de Haiti!

Vivos deseos se despertaban en su alma de bajar con sus hombres á la playa á acabar de una vez con

aquella raza maldita que tanto daño producía en torno suyo.

Pero si tal hacía, si aquellos hombres, acostumbrados á la guerra, diestros conocedores del país y poseedores de envenenadas flechas, diezaban sus filas, no realizaba el pensamiento de los monarcas, no realizaba su propio pensamiento, y mal de su grado, tuvo que renunciar á aquella empresa infructuosa, acaso desgraciadamente, porque no hubiera acabado con todos los caníbales.

Quiso partir, pero ¿cómo continuar la marcha dejando en poder de aquellas fieras á sus compañeros? Y por otra parte, ¿cómo detenerse cuando debía esperarle con ánsia la guarnición que había dejado en la Española?

## XXI.

Pensó dejar una de las embarcaciones á la orilla para que aguardase la vuelta de Marquez y los suyos, pero renunció á este propósito por temor de que la embarcacion entera fuese presa de los caribes.

En medio de estas dudas, se presentó de nuevo á Colon, Alonso de Ojeda.

## XXII.

—Deseais partir,—le dijo,—y temeis condenar á muerte con vuestra partida á nuestros amigos y á nuestros hermanos? Pues bien; la exploracion de ayer ha sido infructuosa. Concededme á mí solo el mando de cuarenta hombres, y yo me ofrezco á penetrar con

ellos hasta el interior de la isla, á registrar todos sus bosques, todas sus cuevas, hasta hallar á los que buscamos.

## XXIII.

Colón aceptó este generoso ofrecimiento, y resuelto á partir de un modo ú otro cuando volviera, empleó el tiempo que debía trascurrir en su nueva expedición abasteciéndose de agua y leña las embarcaciones.

¿Habían perecido Marquez y los suyos á manos de los caníbales?

Sigamos á Ojeda en su arriesgada empresa y lo sabremos.

## Capítulo XLI.

Donde parecen los perdidos.

### I.

Escogió Alonso de Ojeda á cuarenta soldados de los más aguerridos, y partió al romper el alba en busca de Diego Marquez y los suyos.

Llevaba municiones bastantes para poder disparar los arcabuces ciento cincuenta veces, y tanto para amedrentar á los habitantes de la isla como para intimidar á sus compañeros que se acercaban, dispuso Ojeda que de tiempo en tiempo disparase cada cual su arcabuz.

### II.

Por otra parte los trompeteros que llevaban, tocaban las señales convenidas, sin que por desgracia descubrieran el menor indicio del paradero de sus hermanos.

Solo el éco respondia á su llamamiento. A pesar del afan que tenia Ojeda por recorrer toda la isla y registrar hasta sus más pequeños pliegues, le asustaba la idea de perderse, lo cuál no era difícil porque los bosques formaban un verdadero laberinto, y la vegetacion era tan igual que no habia medio de conocer cuál era la senda que debia tomar para volver á la playa.

De cuando en cuando habia grupos de chozas todas abandonadas.

### III.

Para un hombre del carácter de Ojeda, la situacion en que se encontraba ofrecia un interés inmenso á sus ojos.

En efecto, estaba en un pais más rico más espléndido, más bello que los que tantas veces habian recreado su vista en la Bética bajo el dominio de los españoles.

Por un instante pensó que conquistar con sus cuarenta hombres aquella isla, someter á la esclavitud á los naturales del pais, llegar á ser dueño de aquel inmenso vérgel, era un triunfo envidiable, y ya estuvo á punto de comunicar su idea á los que le acompañaban.

Pero aquello era una desercion, y no sentaba bien á su hidalguía cometerla.

### IV.

Prosiguió, pues, su camino llevando la desola-

cion y el espanto á los moradores de la isla, que al oír los disparos, al escuchar el sonido de las trompetas huían despavoridos á refugiarse en los pliegues de las montañas, en las cuevas, creyendo que habia llegado su última hora.

Tenian motivos para suponerlo.

## V.

Algunos años antes entre sus prisioneros de guerra habian llevado á la isla los caribes un butio, al que habian destinado al sacrificio.

Antes de morir, el anciano les anunció que llegaría para ellos la hora del castigo.

—Un dia, — exclamó, — saldreis como acostumbrais, á asolar los paises próximos al vuestro; vuestras mujeres y vuestros hijos se quedarán guardando la casa, pero llegará el Dios de la venganza y cogiéndolos desprevenidos, y á vosotros ausentes, los degollará á todos, y cuando volvais encontrareis las paredes bañadas con su sangre y sus mutilados miembros esparcidos por la tierra.

Estas palabras estremecieron á los caribes y excitaron más su ira.

No volvian una sola vez de sus correrías sin el temor de ver convertida en realidad la profecía del butio.

## VI.

En aquellos momentos, como he indicado ya, los caribes estaban fuera.

Solo sus esposas, sus hijos y sus prisioneros habitaban la isla.

Al ver acercarse las embarcaciones de Colón recordaron la profecía del butio.

Al oír los disparos y el sonido de su trompeta no dudaron que había llegado para ellos el juicio final, y despavoridos dejaron en libertad á los prisioneros que corrieron á ocultarse en lo más intrincado de las selvas, en las concavidades de las montañas.

### VII.

Gracias á esto no solo Ojeda y sus cuarenta hombres, sino el mismo Diego Marquez con los suyos, pudieron vagar libremente por toda la isla sin encontrar obstáculo ni resistencia alguna.

Unicamente los esclavos y los niños prisioneros acudieron á ellos implorando auxilio, porque no dudaban que si era cierto que iba á cumplirse la profecía del butio les prestarían amparo; y confiados se acercaban á ellos dándoles á entender con sus demostraciones que sus enemigos huían amedrentados.

### VIII.

El aroma que exhalaban los árboles, hacia creer á los españoles que en ellos se criaban la especias más ricas y mas buscadas en Europa.

Por otra parte llamaban su atención y cautivaban su vista, los millares de pájaros de distintos y brillantes colores que sobre las ramas de los árboles produ-

eian sonidos desconocidos, ó cruzaban por el espacio en bandadas inmensas.

La isla era tan abundante en aguas que Ojeda en su camino tuvo que vadear veintiseis rios, ó por lo menos brazos de rios.

### IX.

Después de pasar todo el dia registrando las selvas, llegaron al pié de las montañas y haciendo resonar en ellas las señales convenidas, regresaron Ojeda y sus cuarenta hombres con algunos esclavos, pero sin esperanza ya de encontrar á sus compañeros.

Ya no habia duda; habian sido victimas de los caníbales.

### X.

Colón dispuso que al dia siguiente muy temprano estuviesen todos preparados para continuar la marcha.

El cañonazo de leva iba á dispararse, cuando vieron algunos marineros aparecer en la playa á Diego Marquez y á sus compañeros.

Su aparicion fué saludada con gritos de alegría.

Pero tuvieron necesidad de esperarles algun tiempo porque apenas podian andar.

### XI.

Sus rostros, macilentos y lividos, demostraban las penalidades que habian sufrido en aquellos dias de ausencia.

La vista de las embarcaciones les reanimó algun tanto y les dió fuerzas para llegar hasta la orilla, en donde les aguardaba un bote que les condujo á bordo de la *Marigalante*.

Estaban muertos de hambre y se les dieron algunos alimentos.

## XII.

Repuesto algun tanto Diego Marquez fué interrogado por Colon.

El almirante que habia sentido su desaparicion, que habia creido en lo más íntimo de su alma no volver á verle, comprendió, sin embargo, que Marquez y los suyos habian sido victimas de aquellas contrariedades por no haber acatado sus preceptos, y tenia que mostrarse severo con los desobedientes.

## XIII.

Diego Marquez le refirió que siguiendo á unos indios que á su llegada corrieron precipitadamente, con el afan de alcanzarlos olvidó el camino que habia seguido, y al volver se halló con sus compañeros en medio de una intrincada selva, cuya salida no encontraron por más que hicieron.

Allí les cogió la noche y aguardaron al nuevo dia para continuar su camino.

## XIV.

Después de andar mas de doce horas llegaron al pié

de una montaña que debía estar muy lejos del mar, y no teniendo que comer mataron con los arcabueses algunos pájaros y los asaron en una hoguera que hicieron, disponiéndose en seguida á desandar el camino andado para tomar otro rumbo.

Al final de aquel día se encontraron en la orilla de un río y pareciéndoles que aun estaban lejos del mar aguardaron á que amaneciera.

Vadearon el río, y por medio de espesos zarzales llegaron hasta una montaña.

### XV.

Algunos de los expertos marineros subieron á la cumbre para ver si desde allí descubrían el mar.

Las tentativas fueron infructuosas.

Se encontraron perdidos de nuevo en medio de las selvas, y aguardaron á la noche para subir á los árboles y ver si consultando las estrellas hallaban el rumbo que deseaban.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles.

### XVI.

El hambre, la sed, el cansancio, el temor de que hubieran partido las embarcaciones y de verse condenados á vivir entre caribes ó á morir en sus manos, les consternó de tal manera, que cayeron exánimes disponiéndose á morir sin buscar ya remedio á sus males.

Al día siguiente hallaron á dos esclavos de los

que estaban libres por efecto de haber huido sus amos, y dejándose guiar por ellos, cuando ménos lo esperaban se encontraron á la orilla del mar.

Pero no descubrieron las embarcaciones.

## XVII.

Los indios les animaban á seguir adelante.

Hiciéronlo así, y después de andar como una media hora, vieron con indecible satisfaccion que la escuadra estaba anclada todavía.

Colon comprendió que la novedad y la belleza de los paisajes, el deseo de lucro y otras circunstancias análogas serian causa de que desobedecieran sus órdenes los emisarios que habia enviado á explorar las islas, y para castigarles, no encontró el almirante mejor medio que arrestar al capitan que le habia desobedecido, y quitar parte de la racion á los marineros que le habian acompañado.

Este castigo no les pareció gran cosa después del peligro á que habian estado expuestos; pero fué, sin embargo, causa de que en lo sucesivo no ocurrieran desgracias como aquella.

## XVIII.

El dia 10 de Noviembre resonó el cañonazo de leva y Colon navegó por la costa de Guadalupe hácia el N. O. creyendo que de aquel modo no tardaria en llegar á la isla Española.

Las indias que llevaba á bordo le habian indicado

que hacía el Sur habia otras islas, dándole además á entender que el continente se extendia tambien por allí.

Pero era tal el deseo que tenia de llegar al puer-  
to de la Navidad, que renunció á nuevos descubri-  
mientos.

## XIX.

Estas islas del Archipiélago que visitaba, reci-  
bieron el nombre de Monserrate, Santa María de  
la Redonda, Santa María de la Antigua y San Martín.

Después de cuatro días de bonanza, se levantó el  
temporal, y la escuadra se refugió en una isla llama-  
da por los indios Ayay, á la que dió Colon el nombre  
de Santa Cruz.

## XX.

Por orden suya fué un bote á tierra con veinti-  
cinco hombres, y estos descubrieron cosas muy pa-  
recidas á las que habian dejado en la Guadalupe.

Tambien oyeron á sus moradores, que sólo se  
acercaron á ellos implorando su amparo.

Los cautivos que habia tambien en aquella isla  
eran victimas de los caribes.

Deseosos estaban algunos de hallarse frente á  
frente de aquellos hombres que tan amedrentados  
tenian á los prisioneros, y al fin y al cabo lograron  
su deseo.

## XXI.

Mientras estaban en tierra los veinticinco hom-

bres llegó una canoa con dos mujeres y varios indios que al parecer volvian de un largo viaje, sin esperar la sorpresa que iban á tener.

Pero de pronto se hallaron enfrente de la escuadra de Colón, y en vez de intimidarse ante aquellas embarcaciones formidables, se detuvieron y permanecieron algun tiempo contemplándolos con curiosidad.

Los veinticinco hombres, que volvian de tierra, tuvieron tiempo de acercarse á ellos sin ser vistos.

Pero al verlos tan cerca, comenzaron á remar para huir de los que iban en el bote.

Estos, de *motu proprio* y queriendo apresarlos, comenzaron á bogar con el propósito de colocar á los indios entre la escuadra y la orilla.

## XXII.

Viendo los indios que les cortaban la retirada, empuñaron sus arcos y sus flechas, y con mirada amenazadora, se volvieron hácia sus enemigos.

Las mujeres, que iban tambien armadas, permanecieron en la playa.

Una de ellas era tratada con el mayor respeto por los demás, y parecia su reina y su cacique.

Un historiador de la época, Pedro Martir, dice que aquella mujer iba en compañía de su hijo, jóven de horrible aspecto, de sombrío entrecejo y mirada de tigre.

La lucha comenzó instantáneamente.

## XXIII.

Los indios dispararon sus flechas y aunque los españoles se cubrieron con las rodelas para defenderse, quedaron dos heridos, y la flecha de una de las mujeres atravesó un escudo.

No tenían sus arcabuces á mano los españoles y temerosos de que las flechas estuviesen envenenadas, para decidir la contienda, resolvieron remar con fuerza y caer de improviso sobre la canoa á fin de sumergirla.

Al choque la volcaron.

## XXIV.

Pero los indios, grandes nadadores, continuaron peleando sobre el agua, otros se guarecieron en las rocas de la playa y no cesaron de luchar.

Aquellos hombres tenían largo y cerdoso cabello.

Sus ojos, iluminados por un resplandor siniestro, estaban en su contorno adornados con rayas de colores muy vivos.

Sus brazos y las piernas estaban medio cubiertos con bandas de algodón tejido, pero dejaban al aire libre las partes musculares para que adquiriesen turgencia, uno de los caracteres de la belleza que más apreciaban.

## XXV.

El hijo de la reina que iba con ella en la canoa fué traspasado por un bote de lanza.

Otros varios indios sucumbieron y entre los españoles hubo heridos, pero solo uno murió á consecuencia de un flechazo ponzoñoso.

Apresados algunos de ellos fueron conducidos al navio almirante.

## XII.

Después de aquella pérdida, que sintió en extremo Colón, continuó su viaje y descubrió muchas islas cubiertas de esplendorosas selvas algunas, pero las otras yermas y pobladas de escabrosas montañas.

Al ver que algunas de ellas tenían rocas de un azul muy brillante y otras de una blancura resplandeciente, el gran soñador, el gran hombre, supuso que encerraban en sus entrañas minas de ricos metales y de piedras preciosas.

De buena gana las hubiera visitado y explorado.

Pero como estaban tan cerca unas de otras y el mar se rompía en los estrechos canales que las separaban no podían pasar por aquellos sitios las grandes embarcaciones, y quedándose en alta mar envió una carabela para reconocerlas.

## XXVII.

Cuando volvieron los exploradores le dijeron que

habian encontrado más de cincuenta y que todas ellas estaban desiertas.

Colon puso á la mayor el nombre de Santa Ursula, y bautizó á las otras con el nombre de las Once mil vírgenes.

### XXVIII.

A la caída de la tarde se detuvo en una gran isla rodeada de abrigados y seguros puertos, y ostentando á los ojos de los navegantes florestas y paisajes riquísimos.

Los indios que llevaba á bordo le dijeron que aquella isla la llamaban Boriquen.

Colon la bautizó con el nombre de San Juan Bautista.

Hoy se llama Puerto-Rico.

## Capítulo XLII.

### Puerto Rico.

#### I.

Immensa fué la alegría de los cautivos que Colon y los suyos, habian arrebatado de las manos de los caribes.

Sobre cubierta, al distinguir aquellas fértiles campiñas, la alegría se pintaba en sus ojos.

Saltaban y brincaban en torno de sus salvadores y les incitaban á que fueran allí dándoles á entender que aquella era su pátria, que era fértil y populosa y que mandaba un solo cacique.

Añadieron que sus habitantes, pacíficos por naturaleza, habian tenido que armarse para defenderse de los canibales, sus implacables enemigos, usando clavos y flechas.

## II.

Colon que tenia vivos deseos de arribar cuanto antes á la Española, que á juzgar por el sitio donde se hallaban no debia estar léjos, dispuso que fueran conducidos en botes los cautivos con el objeto de que dieran noticia á sus hermanos de la buena acogida que les habian dispensado, despertando en su ánimo vivos deseos de obtener su proteccion, y prosiguió la marcha por la costa deteniéndose en una bahía que se hallaba al extremo occidental de la misma.

## III.

Desembarcaron algunos por órden suya para reconocer el terreno, y encontraron un lugar indio, construido como todos los demás, en medio de una plaza á la que conducia desde el mar un espacioso camino.

A los dos lados habia jardines con árboles frutales separados unos de otros por enrejados de caña.

Al final de la calle ó senda de que he hablado, habia una especie de atalaya desde la que se dominaba una estension de muchas leguas.

## IV.

Los habitantes de aquel lugar huyeron al ver la escuadra, y pudieron los españoles visitar con en-

tera libertad el lugar y las viviendas que en él habia.

Todo revelaba una civilizacion superior no solo á la de los caribes, sino á la que habian hallado en la isla de Haiti al fina del primer viaje.

V.

Después de dos dias de descanso, se dirigieron á la isla Española, terminando aquella expedicion á través de las islas caribes que nadie hasta entónces habia visto y que tan erizadas estaban de peligros.

Como tal vez en el curso de esta historia, ó de algunas otras que se refieran al descubrimiento del Nuevo Mundo, tendremos ocasion de ver mas de cerca y de conocer á fondo á los caribes, conviene á mi propósito para dar una idea exacta de los hombres de esta raza, reproducir la opinion que acerca de ellos emite uno de los historiadores mas autorizados de Colon. (F.)

VI.

«Es de todo punto probable, dice, que muchas de las pinturas que se nos han dado de esta singular raza de gente haya derivado su triste colorido del miedo de los indios y de las preocupaciones de los españoles.

»Las pruebas que se presentan de su canibalismo, deben juzgarse con mucha circunspeccion, por lo descuidado é inexacto de las observaciones de los marineros y la preconcebida creencia del hecho que existia en los ánimos de los españoles.

»Era usanza general entre los naturales de muchas de las islas y de otras partes del Nuevo-Mundo, conservar los restos de sus difuntos, parientes y amigos.

»A veces todo el cuerpo; otras la cabeza solo, ó algun miembro disecado; y otras, en fin, nada mas que los huesos.

»Estos, cuando se encontraron en las viviendas donde moraban los habitantes indígenas de la Española, contra quien no existia semejante preocupacion, se miraban regularmente como reliquias de los muertos conservadas por afecto ó reverencia; pero cualquiera de semejantes restos, hallados entre los caribes, se miraban con horror, como prueba de su canibalismo.

»El belicoso y altivo carácter de aquellos isleños, tan diferente del de las pusilánimes naciones que los rodeaban, y el ancho campo que daban á sus empresas y expediciones, como las tribus errantes del Antiguo Mundo, debian necesariamente distinguirlos.

»Se les educaba en las armas desde su infancia.

»Tan pronto como sabian andar les ponian sus intrépidas madres el arco y flechas en la mano y les preparaban á tomar temprana parte en las arriesgadas empresas de sus padres.

»Sus atrevidas expediciones marítimas los hacian observadores é inteligentes.

»Los naturales de otras islas no sabian dividir el tiempo mas que en dia y noche, en sol y luna, mientras estos poseian algun conocimiento de las estrellas, por el que calculaban el tiempo y las estaciones.

»Las tradiciones que restan de su origen, aunque de suyo inciertas y poco valederas, pueden hasta cierto punto comprobarse por hechos geográficos y abren una de las mas ricas venas de curiosas investigaciones de que abunda el Nuevo Mundo.

»Se dice que emigraron de los remotos valles formados por los montañas Apalaches.

»Las primeras noticias que de ellos tenemos, los representan con las armas en la mano, continuamente empeñados en guerras, conquistando su camino y cuidando su morada, hasta que con el tiempo se encontraron al extremo de la Florida.

»Abandonando luégo el continente del Norte, se pasaron á las Lucayas, y de allí gradualmente en el discurso de los años, de isla en isla, por aquella verde y dilatada cadena que eslabona los extremos de la Florida y de la costa de Paria, en el continente del Sur.

»El Archipiélago que se extiende de Puerto-Rico á Tobago, era su principal guarida, y la isla de Guadalupe su ciudadela.

»Desde aquel punto lanzábanse á atrevidas expediciones, llevando la guerra á todos los países circunvecinos, que amedrentaban con su presencia.

»Desembarcó multitud de ellos en el continente del Sur, y se apoderó de algunas partes de tierra firme.

»Se han descubierto tambien sus huellas muy en el interior del país, por donde fluye el Orinoco.

»Los holandeses hallaron colonias de ellos en las

márgenes de Jkonteka, que desemboca en el Surinam, por el Esquivi, el Maroni y otros ríos de Guayana; y en el país que riegan los caudales del Cayana, y aun parecía que avanzaron hasta las costas del Océano del Sur, donde, entre los indígenas del Brasil, había algunos que se llamaban caribes, distintos de los otros indios por su valor, constancia, sutileza y arriesgadas empresas.

«El trazar las huellas de estas tribus en sus emigraciones desde las montañas Apalaches, en el continente del Norte, por el grupo de islas que esmalta el golfo Mejicano y mar Caribe, hasta la costa de Paria, y lo mismo por en medio de las vastas regiones de Guayana y Amazonia, á las remotas playas brasileñas, sería una de las investigaciones más curiosas de la historia primitiva y derramaria torrentes de luz en puntos misteriosos que envuelven en tinieblas muchas cuestiones de alto interés para el Nuevo-Mundo.»

## VII.

El 22 de Noviembre llegó la escuadra al extremo oriental de Haití, ó la Española, como la llamaba Colón.

Los navegantes estaban ya fatigados y anhelaban el momento de llegar al término de su viaje.

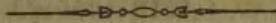
## VIII.

La idea de encontrar á los españoles que allí

habia dejado Colon les halagaba, y apenas supieron su proximidad, el desaliento cesó y el ánimo volvió á sus pechos.

Fué aquel el momento en que la escuadra se presentó á los atemorizados ojos de los vasallos de Guacanajari.

### Capítulo XLIII.



---

## Capítulo XLIII.

### Una revelacion dolorosa.

#### I.

Durante la travesía ocurrió á bordo de la *Mari-galante* una escena que conviene á mi propósito relatar, por tomar parte en ella dos personajes que sin duda alguna habrán despertado algun interés en el ánimo de mis lectores.

Oscurecido entre los tripulantes iba Américo Vespucio, más anheloso de hallar consuelo á los pesares de su alma, que de asistir á los descubrimientos y recrear la vista con aquellas fértiles y pintorescas islas que parecían salir á recibir á las embarcaciones y á ofrecerles gigantescos ramos de flores.

## II.

En el mismo navío iba el paje que con tanto interés procuró embarcarse al servicio de Colon.

Tambien se hallaban en su rostro las huellas de una profunda tristeza.

Avidos los navegantes de descubrir la tierra prometida, empleados otros en las faenas marítimas, apenas reparaban en ellos.

Pero esa especie de fluido magnético que el vulgo le define con el refran famoso de «Dios los cria y ellos se juntan,» les hizo reparar el uno en el otro y simpatizar, porque acaso en el fondo de su alma era uno mismo el pesar que sentian.

## III.

Una noche, reunidos los dos sobre cubierta estaban á muy corta distancia, apoyados sobre la galería del navío, bañando sus miradas en la melancólica luz de la luna.

Por primera vez oyó el page nombrar al jóven que tantas simpatías le habia inspirado.

Américo fué á cumplir una órden que le habian dado y regresó poco después al mismo sitio.

El page estaba allí.

## IV.

—Perdonad, caballero, pero he oido que os han

nombrado hace poco y segun recuerdo vuestro nombre es Américo Vespucio.

—Para lo que gustéis mandar.

—La Providencia nos ha reunido aquí.

—¿Qué decís?

—Que no en vano me habeis inspirado desde el primer momento grandes simpatias. Vos sufrís sin duda alguna, yo tambien sufro y esto nos ha hecho estimarnos sin conocernos.

—¿Vos, tan jóven sufrís?—dijo Américo reparando en el page.

—Sufro y os necesito.

—A mi?

—Sí; tengo la órden de haceros una revelacion importante. Acaso después que sepais todo lo que pienso deciros nazca en vuestra alma afecto para mí sintais vos deseos de ampararme.

—Hablad, hablad; vuestras palabras despiertan mi curiosidad.

—Casi todos duermen,—dijo el page;—veleme nosotros confiándonos vuestras penas. ¿Sois italiano?—añadió.

—Sí; florentino.

—Habeis permanecido en Sevilla algun tiempo empleado en la factoria del duque de Médicis?

—No os equivocais.

—¿Ha sido vuestro gefe D. Alfonso Orlini?

—Me conoceis entónces?

—No, á bordo os he visto la primera vez de mi vida, pero mucho ántes he oído hablar de vos.

—¿A quién?

—A Esperanza,—añadió el page bajando la voz.

## VI.

Aquel nombre resonó en el corazón de Américo como un remordimiento.

—Esperanza habeis dicho?

—Sí; conozco vuestro secreto.

—Pero, ¿cómo os lo ha revelado?

—Antes de pasar adelante, para que tengais plena confianza en mí os diré en breves palabras quién soy y qué circunstancias han impulsado á esa mujer á hacerme su confidente.

—Sí, sí, os lo ruego porque ese secreto no debia conocerle más que Dios y nosotros.

## VII.

—No soy lo que parezco,—añadió el page,—y al daros esta prueba de sinceridad, imploro desde luego vuestra proteccion porque la necesito lo mismo que el secreto.

—Os empeño mi palabra.

—Pues bien, yo soy una mujer desgraciada.

—Una mujer!

—Sí, una mujer á quien un hombre ha hecho la más infeliz del mundo, á quien ha engañado cobar-

demente, á quien ha dado su nombre y su mano para abandonarla y condenarla á un eterno martirio.

—¿Y cuál es el objeto de vuestro viaje?

—Buscar á ese hombre que partió con Colon hace un año prometiendo volver, y ni ha vuelto ni siquiera ha mostrado su gratitud á su generoso protector, porque al volver á España de regreso de su primera expedicion, quiso traerle y desertó para no volver porque quiere mi ruina. La sed de venganza me ha obligado á tomar este trage, á proporcionarme un puesto en la servidumbre de Colon y á arros-trar las inclemencias del tiempo y las veleidades del mar para buscar á ese hombre y demostrarle que quien á hierro mata á hierro muere.

Ahora que ya me conocéis, oid de qué manera he conocido á Doña Esperanza y sabed además algunas noticias que os sorprenderán de seguro, que aumentarán vuestra tristeza, pero que no tengo más remedio que daros, porque vuestra amada creyendo que habeis tomado la resolucion de buscar el olvido en paises lejanos:

—«Si le encuentras á bordo,—me dijo al despedirse de mí,—révelale cuál es mi estado.»

### VIII.

—Hablad, hablad por compasion exclamó Américo.

—En la mayor pobreza, después de haber agotado todos los medios para que me amparasen algunos

parientes resolví descender á desempeñar el oficio de camarera con el fin de ganar el sustento y aguardar á que el malvado que me ha impuesto tan doloroso sacrificio regresase á cumplir su promesa.

Doña Esperanza oyó mis ruegos y me admitió á su servicio.

No tardé en conocer su buen corazon y le confié mi historia logrando interesarla en mi favor y tratarme más como una amiga que como una criada.

Vos acababais de partir y no tardó en encomendarme la mision de averiguar vuestro paradero.

Yo conseguí saber que habiais partido á la córte, pero nadie pudo darme cuenta del objeto que á ella os llevaba.

Trascurrió el tiempo.

Doña Esperanza pasaba toda la noche en triste insomnio y durante el dia en la soledad.

Su esposo llegó á notar su estado, pero sin poder explicarse la causa.

Un dia me llamó Doña Esperanza.

—«Isabel, Isabel,—exclamó,—necesito vuestro amparo.

—«El mio, señora?

—«Sí; es preciso que averigüeis á toda costa el paradero de Américo Vespucio y empleeis todos los medios para hacerle venir de incógnito. Tengo que revelarle un secreto y pedirle su amparo, porque cuando mi esposo llegue á saber mi deslealtad, mi crimen, me matará y entónces, ¡ah! entónces cometerá un doble asesinato.

## IX.

Estas palabras horrorizaron á Américo Vespúcio.

—¿Estaba en cinta?

—Sí.

—¿Y vos me buscásteis?

—Hice cuanto me fué posible para averiguar vuestro paradero: todo el mundo lo ignoraba. Habiais salido de Barcelona, pero nadie sabía el rumbo que habiais tomado.

Doña Esperanza quería pedirnos que la sacarais del lado de su esposo, y la ocultaseis de las miradas de todo el mundo. Yo no cesé de dar pasos para buscaros, y una noche, noche fatal, estábamos las dos en su aposento pensando qué haríamos para salvarla del inminente riesgo que corría cuando de pronto se apareció á nuestra vista como un fantasma amenazador el indignado esposo, que con severo acento y sombría mirada:

—Salid al punto de mi casa,—me dijo.

—Y vos,—añadió dirigiéndose á Doña Esperanza,—teneis que darme cuenta de mi honor.

Yo partí atemorizada.

Si nos había escuchado tenía motivo para saberlo todo y entónces, ¡ah! entónces la muerte de mi ama era segura:

## X.

—¿No la defendísteis?

—No tuve más remedio que obedecer las órdenes de D. Alfonso, pero aunque salí de la habitación no abandoné la casa, y detrás de la puerta asistí á la terrible escena que allí tuvo lugar.

Doña Esperanza se arrojó á los piés de su esposo.

«—Matadme por piedad, —le dijo, —soy una miserable, he delinquido, he arrojado por el suelo vuestro honor, lo he pisoteado, soy indigna de lástima. ¡ Por Dios! matadme, matadme, si no quereis que el dolor me mate á vuestra vista.

—«No, —exclamó D. Alfonso, —no quiero matarte. El fruto de ese amor criminal que bulle en vuestras entrañas es inocente. Dios no me perdonaría su muerte. Vivid, vivid para que él nazca; pagad la deuda que le debeis dándole vuestro seno: después que ya no os necesite, sufrireis mi castigo. En este instante quedan rotos para siempre los lazos que nos han unido. Yo debí comprender que esto me sucedería; porque quien siembra beneficios en corazones ingratos, recibe en pago llanto y amargura. No os perdono, no puedo perdonaros; vuestro castigo será mayor queriendo, como quiero, que volvais al lado de vuestros padres, para que allí, en su presencia, sufrais su abominacion. Os dejaré á su lado, y partiré, partiré para ocultarme en la soledad, en el retiro, hasta que llegue el día de mi venganza, hasta que pueda clavar este puñal en vuestro seno y sepultarle después en el mio. Os condeno á vivir.»

D. Alfonso partió sin verme, y yo pude entrar á prestar socorro á doña Esperanza.

Me comunicó las órdenes que acababa de recibir de su esposo, y con lágrimas en los ojos, de rodillas: — «Buscad á Américo Vespucio, buscadle por Dios, referidle lo que me pasa, y decidle que si quiere salvar á su hijo, al ménos que me busque: voy á Florencia. En la casa de mis padres me hallará si Dios quiere.»

Yo partí á obedecer sus órdenes.

### XII.

Dos dias después debía salir la escuadra de Colón.

Pensé en mí ántes que en doña Esperanza, y tomando este disfraz procuré entrar al servicio del almirante.

Dios ha querido que pueda cumplir la voluntad de mi infeliz señora, á quien no olvidaré nunca!

En cambio, sólo os pido vuestra amistad, vuestra proteccion.

### XIII.

Américo quedó consternado al oír las noticias que acababan de darle.

Esperanza sufría, Esperanza era madre, y él, en vez de buscarla, se alejaba, iba á tierras desconoci-

das; ¡sólo Dios sabia el porvenir que le estaba reservado!

Todos sus esfuerzos para volver entónces, eran inútiles.

#### XIV.

Hubo un momento en que sólo pensó en la muerte como el único consuelo que le quedaba.

—No; tengo un hijo, —exclamó, —viviré para él, yo le buscaré, yo salvaré de la muerte á su madre, yo redimiré mi culpa.

Pero esta resolucion no amenguó en nada su pena.

Ni participaba de las alegrías ni de las zozobras de sus compañeros.

Lo único que deseaba era una ocasion propicia de regresar á las playas en donde por causa suya sufría la mujer á quien más amaba en el mundo.

#### XV.

Tal vez por esto su nombre, célebre después en los fastos de la historia de América, permaneció oscuro en aquella segunda expedicion, en la que no representó más papel que el de simple soldado.

Pero habia prometido á Isabel Monteagudo ampararla, como una prueba de la gratitud que le debia, y estos eran los dos únicos móviles que le animaban en los momentos en que la escuadra de Colon tocó en el confin oriental de la isla de Haiti.

## Capítulo XLIV.

### Tristes presagios.

Grande era la animación que reinaba entre los navegantes al saber por Colon y por aquellos de los marineros que le habían acompañado en el primer viaje, que estaban próximos á la isla Española, en dónde sus hermanos les aguardaban con impaciencia, tanto para estrecharlos contra su corazón, como para informarles de las costumbres y los usos de los indígenas, de la magnificencia y riqueza de sus minas y de las ricas especias y demás productos que ya habían descubierto al explorar el territorio de Guacanjari.

Colon mismo, que profesaba á aquellos hombres

que le habian acompañado en su primera expedicion un cariño verdaderamente fraternal, que no dejaba de pensar en ellos un sólo instante, anhelaba por momentos encontrarlos; y aunque algunos indios de aquella costa fueron hasta el navío almirante en nombre de sus caciques á pedir á Colon que desembarcase, ofreciéndole grandes cantidades de oro, que ya sabian que era lo que más agradaba á los europeos, no quiso detenerse y continuó costeano la isla.

## III.

En aquellos momentos, á bordo de una de las carabelas sucumbió uno de los soldados que habian peleado con los caribes, y que habia vuelto á la embarcacion con una herida ponzoñosa.

Se dispuso que fuera conducido en un bote á la playa para enterrarle allí.

Dos carabelas se acercaron todo lo más que pudieron á la orilla, para proteger á la tripulacion, en tanto que se llevaban á cabo las honras fúnebres de aquel infeliz.

Nuevas canoas condujeron indios hasta las embarcaciones, y todos suplicaban á Colon que se detuviese y saltase en tierra.

## IV.

El almirante les hizo varios regalos; pero no quiso detenerse hasta llegar al puerto de la Navidad.

Al fin llegó al golfo de las Flechas, donde había tenido lugar el primer encuentro con los indígenas, y una vez allí, dispuso que uno de los jóvenes indios que le habían acompañado á España, ricamente ataviado con traje á la europea, desembarcase y fuese noticiando á todos los habitantes del país lo que había visto, y los buenos deseos que llevaba Colón.

## V.

El indio prometió cumplir aquella orden.

Pero la historia dice que jamás volvió á parecer aquel hombre.

Tal vez al reconocer las florestas dónde había pasado la niñez, se despojó de sus ricos trajes para ser otra vez lo que había sido, y por lo tanto, no le pudieron reconocer los españoles. Tal vez víctima de la envidia de sus compatriotas, murió asesinado por alguno de ellos.

## VI.

No quedaba á las órdenes de Colón más que otro indio que había tomado el nombre de Diego, y que profesaba un respeto profundo y un amor entrañable á su protector.

Era un joven lucayo de los primeros que había recogido el almirante en la isla de Guanahani.

## VII.

El 25 ancló Colón en el puerto de Monte-Cristi,

porque quería visitarle de nuevo para ver si tenia buenas condiciones, y para establecer allí una colonia cerca del rio que en su primer viaje habia bautizado con el nombre de Rio del Oro.

Envió á explorar el terreno á un capitán con algunos soldados, y estos al volver le dijeron que habian hallado en la orilla el cadáver de un hombre con una cuerda de esparto atada al cuello, los brazos extendidos, y atada á la muñeca una cruz de tosca madera.

### VIII.

Por más que habian hecho no habian podido cerciorarse de si pertenecian aquellos restos á algun indigena ó á algun europeo.

La noticia alarmó sobremanera al almirante, y al otro dia dispuso nuevas exploraciones.

Nuevos cadáveres hallaron en la tierra sus emisarios, y entre ellos uno que aún tenia las barbas, lo que indicaba que era español.

Negras dudas oscurecieron el risueño horizonte que se habia presentado en la imaginacion del ilustre genovés.

### IX.

A partir de aquel momento, su anhelo de llegar al puerto de la Navidad fué mayor, y aun cuando en toda la costa salian indios á saludarle con alegría y á mostrarse muy confiados en su presencia, lo cual era indicio de que no habian cometido ninguna traicion,

porque de lo contrario hubieran manifestado temor al verle, aceleró la marcha para disipar las dudas que abrigaba ó convencerse de la triste realidad que presentía.

## X.

El 27 de Noviembre al anochecer se encontró al frente del puerto de la Navidad, y como conocia los muchos peligros del pasaje, por las muchas rocas que habia en el puerto, ancló á cosa de una legua de distancia de la orilla.

Las sombras de la noche le impedían divisar la fortaleza, y la isla se le aparecía como una masa informe y negra.

## XI.

Pero no podían aguardar hasta la nueva luz para satisfacer su ansiedad.

Nada más natural que dar á conocer su llegada á los españoles, por medio de un cañonazo.

Ellos contestarían desde el fuerte, y entónces sabría á qué atenerse.

La carabela capitana disparó dos cañonazos, y el eco repitió mil veces su estruendo pavoroso.

Un silencio sepulcral reinó en torno de las embarcaciones.

## XII.

Todos los tripulantes estaban sobre cubierta aguardando con ánsia un disparo que respondiese al

suyo, ó cuando menos alguna luz, algún indicio que les diese á conocer la presencia en el fuerte de sus hermanos.

Trascurrieron algunos minutos.

Pasó una hora. La carabela repitió los cañonazos.

Nada se oyó.

Ni una luz, ni un indicio apareció en el fuerte.

En torno de las embarcaciones reinaba un silencio sepulcral.

¿Qué podía suceder?

### XIII.

A media noche, vieron algunos una canoa que caminaba rápidamente con direccion al sitio que ocupaba la escuadra.

Los que la tripulaban, al acercarse á la primera carabela preguntaron por el almirante.

Los marineros indicaron á los indios el buque de Colon.

Se acercaron á él, é invitados por los marineros de la *Marigalanté* á que subieran á bordo, dijeron al intérprete que no subirian hasta convencerse de que Colon estaba allí.

### XIV.

El gran hombre corrió á la galería del buque, y al mismo tiempo que con una tea alumbraba un marinero su figura:

—Soy yo, subid, subid,—les dijo.

El intérprete tradujo aquellas palabras y los indios manifestando una inmensa alegría subieron á la carabela.

Lo primero que hicieron al hallarse en presencia de Colón, fué ofrecerle dos máscaras adornadas con oro y piedras preciosas.

Pero sin hacer caso entónces de aquellos ricos metales, el almirante que deseaba vivamente noticias de los españoles, preguntó por ellos.

#### XV.

El rostro de los indios al saber aquella pregunta por el intérprete Diego, pareció entristecerse.

Articularon algunas palabras y el indio de Guanahani dijo á Colón:

—Cuentan que muchos de ellos han muerto naturalmente; que otros han sucumbido á manos de sus mismos hermanos en una lucha que entre ellos han tenido, y añaden que los otros se han retirado de la fortaleza guareciéndose en un punto de la isla á donde cada cual ha llevado en su compañía muchas mujeres de los indios.

—¿Y cómo ha consentido Guacanajari eso?—preguntó indignado Colón.

—No ha podido evitarlo, le contestaron; atacado por Caonabo el audaz y valiente cacique de las montañas del Cibao, ha tenido lugar en la isla una encarnizada lucha. Los bosques han sido incendiados; en el

combate han perecido muchos y el mismo Guacana-jari cayó herido en medio de la pelea; por eso no ha venido á saludar á su amigo, á su protector, á dar la bienvenida al almirante.

## XVI.

La lucha era reciente.

Todavía humeaba la incendiada floresta, todavía regaba la sangre las llanuras de Haiti; todavía habia en el indómito corazón de Caonabo la sed de venganza.

En medio de aquellas tristes nuevas no se alarmó Colón porque la actitud de los indios demostraba que si los españoles habian sufrido la muerte no habia sido por efecto de odiosidades é intrigas de los naturales.

## XVII.

Aun conservaba buena amistad con Guacanajari; por otra parte segun le habian dicho vivian diseminados en la isla los españoles que habian quedado vivos y no dudaba que al saber su llegada correrian á su encuentro para explicarle lo que habia pasado y ponerse de nuevo á sus órdenes.

Estas creencias las transmitió á los tripulantes y todos recobraron la calma.

## XVIII.

Agasajaron á los indios que habian ido á llevarles

aquellas noticias, y aquella misma noche partieron de la costa prometiendo ir al siguiente día por la mañana para guiar á los hijos del cielo á la morada en dónde yacia herido Guacanajari.

¡ Con qué afan esperaron la aurora aquellos hombres!

### XIX.

Pero brilló la aurora, pasó el día, y cada vez aguardaban con más ánsia la llegada de los indios que habian de conducirlos á la presencia de Guacanajari.

Tendieron la vista por la isla, y su aspecto era aterrador.

Reinaba en toda ella un fúnebre silencio.

La sombra de la muerte parecia estenderse sobre aquel panorama tan risueño ántes, tan seductor, tan espléndido.

Cansado de esperar, envió Colon un bote hasta la orilla para que se informasen los que en él iban de lo que pasaba.

### III

## Capítulo LXV.

Donde Colon después de saber la catástrofe de la fortaleza de la Navidad duda de Guacanajari, y se convence de su amistad.

### I.

Entre los tripulantes del bote iba el paje de Colon, en quien ya hemos reconocido á Isabel Monteagudo.

Se desembarcó con los demás, y uno que habia estado ántes en Haiti se dirigió á la fortaleza.

Todos quedaron consternados en presencia del espectáculo que se apareció á sus ojos.

El fuerte era un monton de ruinas.

Todo indicaba que los habitantes de la fortaleza habian sido atacados, sitiados y destruidos.

### II.

Dirigieron la vista en torno suyo para ver si descubrian algunos indios, y no hallaron ninguno.

Dos de ellos, sin embargo, por orden de Guacanjari, los expiaban desde cierta distancia ocultos entre los árboles.

Descubiertos al fin, se encaminaron hácia ellos los españoles, pero los indios huyeron despavoridos.

### III.

Removiendo la tierra y los escombros, hallaron algunos cadáveres horriblemente mutilados.

Isabel vió en la crispada mano de uno de ellos un fragmento de papel, y á pesar de su debilidad femenil, impulsada por un secreto movimiento, lo arrebató de sus manos.

En él pudo leer:

*«Morimos víctimas de una negra traicion de Alon.....»*

### IV.

El pedazo de papel en dónde había sido escrito el resto de aquel nombre faltaba.

Isabel lo adivinó.

Pero lo guardó cuidadosamente sin dar cuenta á sus compañeros del hallazgo.

Otro de ellos encontró un pedazo de papel en dónde se leía:

*«...so Velez de Guzman.*

Era el resto del que Isabel había encontrado.

## V.

Con estas noticias, y con aquel fragmento de papel, volvieron los tripulantes á la carabela capitana á dar cuenta á Colon del triste resultado de sus exploraciones.

No atreviéndose á dar crédito á tantas desventuras, él mismo, seguido de su estado mayor, dejó la escuadra en el puerto, y en los botes se dirigió con los demás á la orilla.

Desgraciadamente era cierta la muerte de sus hermanos, de sus amigos.

Pero, ¿á manos de quién habian perecido?

¿Serian verídicas las noticias que acerca de su mala conducta le habian dado?

## VI.

## VI.

Mandó de nuevo disparar los arcabuces, para que si sobrevivian algunos, al oír los disparos acudiesen á darle cuenta de lo que sucedia.

El papel que le habian presentado le hizo pensar.

Allí se hablaba sin duda alguna de Alonso Velez, del navegante que habia desertado en los últimos momentos.

¿Era él la causa de todo?

¿Vivia aún?

¿Qué significaba aquello?

Todo eran dudas para Colon.

## VII.

—Estad seguro,—le dijeron algunos,—de que ese rey á quien creéis tan amigo, nos ha vendido.

—Si le conocierais como yo, no pensariais del mismo modo.

—Todo al ménos indica que sabe lo ocurrido y teme vuestra presencia.

—¿No habeis oido decir que tambien él ha sido victima y que está herido? Ved los bosques: el fuego los ha talado. ¿Por qué no creer que algun enemigo suyo, aprovechando nuestra ausencia, se ha rebelado contra él, y que nuestros hermanos han sufrido tan triste suerte por defenderle?

## VIII.

## IV

Colón queria conservar la esperanza que le inspiraba la amistad de Guacanajari.

Antes de partir, habia dado orden á Arana y á los demás que le acompañaban para que en caso de peligro enterrasen el oro que tuvieran, en un pozo que habian cavado dentro de la misma fortaleza.

Para ver si habian cumplido sus órdenes y tenia un nuevo indicio, mandó hacer escavaciones, dispuso que se desaguara el pozo, y mientras tanto envió algunos botes á explorar los alrededores, tanto con el objeto de que averiguaran si existia aún alguno de los que habian quedado en la fortaleza, como para

que buscasen un terreno á propósito para levantar otro fuerte.

## IX.

Los habitantes de las chozas habian huido, llevándose consigo cuantos objetos tenian; pero en algunas de ellas encontraron piezas de ropa de los europeos, armas y otros objetos de su uso.

Mandó á sus emisarios que si encontraban algunos indios les tratasen muy bien, les ofreciesen regalos y que les diesen á entender que volvian animados de los mejores deseos en su favor.

Dispuso además que uno de los capitanes, Melchor Maldonado, fuera en su carabela á recorrer la costa oriental, y miéntras tanto regresó Colon con los suyos á su navío, muy abatido y sin saber al pronto qué resolución tomaria en vista de aquellos sucesos.

## X.

A la caída de la tarde los que iban en los botes vieron algunos indios, y haciéndoles señales amistosas lograron que se acercaran, y les dieron algunas noticias que estaban contestes con las que les habian dado los que fueron en las canoas á buscar al almirante la misma noche en que llegaron á la vista del puerto de la Navidad.

Otra carabela tripulada por dos indios salió al encuentro de la tripulada por Maldonado.

Le dijeron que iban de parte de Guacañajari para

anunciarle que fuera á visitarle al paraje dónde estaba enfermo.

## XI.

Maldonado que era audaz y deseaba á toda costa complacer á Colon desembarcó con dos ó tres, en la misma canoa de los indios fué á tierra y ellos le condujeron hasta la estancia donde Guacanajari, se encontraba muellemente recostado en su hamaca.

## XII.

Maldonado recibió los mayores agasajos del rey, el cual pareció lamentarse profundamente de la desgracia de los españoles dándoles á entender que habia hecho lo posible para defenderlos.

Al mismo tiempo le mostró la herida que tenia en un pié lamentándose de aquella causa que le retenia en el lecho impidiéndole ir á visitar al almirante á quien deseaba ver.

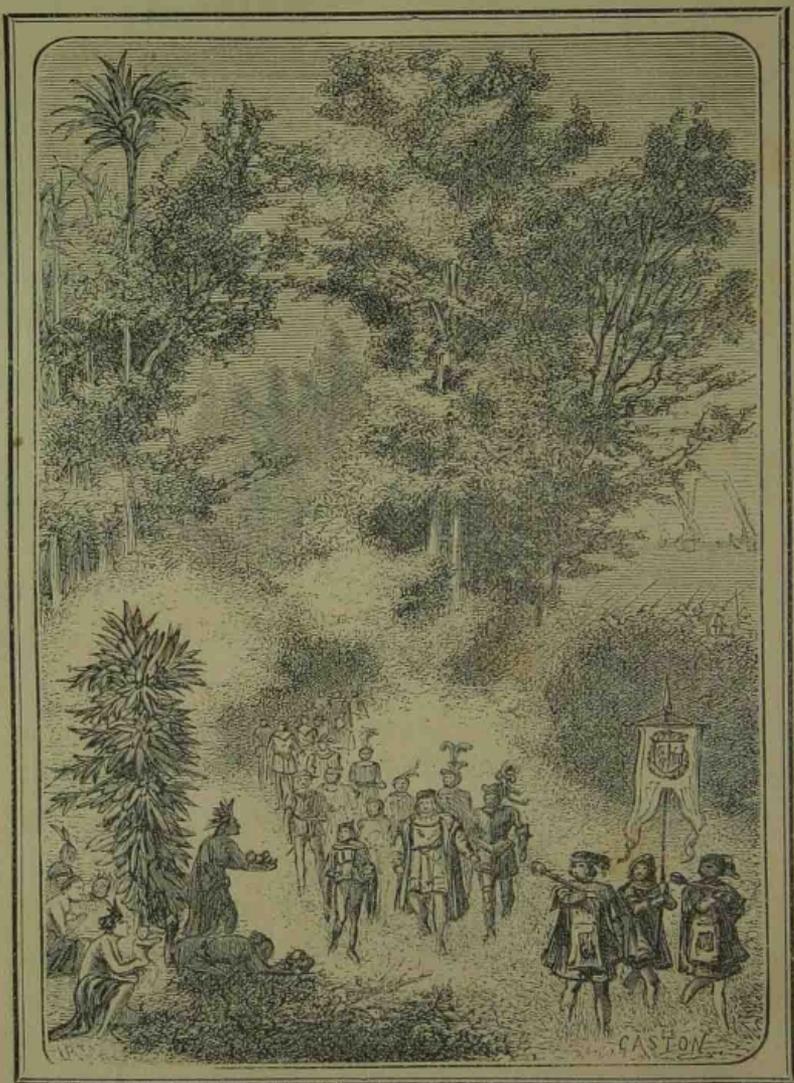
—Pedidle en nombre mio que venga, que venga pronto, deseo hablarle, deseo que conozca mi sinceridad.

## XIII.

Maldonado partió prometiendo que el almirante iria y Guacanajari dispuso que se diesen á los europeos que estaban allí varias piezas de oro.

El capitan regresó aquella misma noche con su carabela al punto que ocupaba la escuadra, manifes-





CRISTÓBAL COLON.—La comitiva encontro al paso gran número de indios.

tó á Colon el resultado de su entrevista con Guacanjari y coincidiendo las noticias que trajo con las que le habian dado antes los que habian salido en los botes á explorar la costa, resolvió el almirante ir al dia siguiente con el doctor Chauca, médico de la armada y con lo más brillante de su séquito á visitar al rey de Haiti.

## XIV.

Convenia á su propósito hacer ostentacion en su presencia de las numerosas fuerzas que entónces llevaba y al efecto dispuso que le siguieran todos los oficiales superiores vestidos con sus ricas armaduras, gran número de soldados y todos sus pajes y servidumbre con espléndidos atavíos.

## XV.

La comitiva encontró al paso gran número de indios.

Por lo visto habia cesado su incertidumbre, su temor; tal vez Guacanjari les habia dado á entender que Colon iba á verlos amistosamente, y el deseo de obtener su perdon en unos, en otros la curiosidad por ver el espectáculo que ofrecian á sus ojos aquellos guerreros, ver aquellas carabelas mucho más numerosas y de mayor porte, les hacia acudir á saludar á los europeos ofreciéndoles cada cual lo que tenian: loros, objetos de algodón y algunos, los más ricos, fragmentos de oro.

XVI.

Guacanajari, que al dolor que experimentaba por la derrota que habia sufrido en su lucha con Caonabo y los demás caciques del Cibao, unia el profundo temor que despertaba en él la idea de que Colon le exigiese cuenta por haber faltado al juramento que le habia hecho y lo que aun era más triste y angustioso para su corazon, la pérdida de aquel tesoro inestimable, la imagen de la Virgen, que una mano traidora le habia arrebatado.

## XVII.

Cuantos esfuerzos hizo para saber dónde habian ocultado su tesoro habian sido inútiles.

Su derrota, su desdicha, la atribuia á la desaparicion de aquella adorada imagen, que era su nimen tutelar.

## XVIII.

Peró al saber por Maldonado, que los europeos, habian creido las noticias que les habian dado los indios que habian llegado hasta las embarcaciones por orden suya, al saber que Colon lejos de desear vengarse de él se habia condolido de su suerte y se apresaba á visitarle, dió tregua á sus pesares y recibió con verdadera alegría al hijo de los cielos, á su protector, á su amigo.

## XIX.

Recostado sobre la imperial hamaca, rodeado de su servidumbre, hizo los mayores esfuerzos para levantarse al ver á Colon, magestuoso como siempre, avanzar al frente de los suyos hasta la régia choza que le cobijaba.

Colon, ántes de dirigirle la palabra, le miró atentamente y vió que resbalaron por sus mejillas algunas lágrimas.

## XX.

—No, no es traidor,—se dijo,—es víctima sin duda como mis desgraciados compañeros.

Y acercándose á él le tendió su mano que el rey de Haiti besó con veneracion y cariño.

Su llegada fué saludada por los indios con músicas de las que ellos empleaban en las grandes solemnidades.

## XXI.

Diego, el indio de Guanahani que le servia de intérprete y que tan adicto era á Colon, preguntó á Guacanajari en nombre de su amo la verdad acerca de la suerte que habian sufrido los españoles.

Guacanajari refirió todo lo que habia ocurrido, todo lo que en los capítulos anteriores han visto mis lectores.

## XXII.

—Rey Guacanajari,—dijo Colón después de oír su relato,—tu has sido bueno, tu has cumplido tus juramentos hasta el último instante, has derramado tu sangre y la de tus vasallos en defensa de mis hermanos, has cumplido como leal y como valiente, pero la fortuna te ha abandonado y has caído en los brazos de la desgracia; no es mi encono, sino mi protección lo que mereces. Yo te vengaré de tus enemigos. Caonabo y sus guerreros no volverán á sentar la planta sobre tu territorio; yo te defenderé de ellos, yo los venceré, yo les castigaré.

## XXIII.

Estas palabras traducidas literalmente por el intérprete, produjeron una inmensa alegría en todos los circunstantes.

Los butios avanzaban lentamente hácia el sitio donde estaba Colón, y le presentaron en nombre de su rey y señor, Guacanajari una corona de oro que durante su ausencia y por orden suya habian fabricado los indios más hábiles para ofrecérsela.

## XXIV.

Como si esto no fuera bastante le presentaron además gran número de barras del mismo metal, y

ochocientas piedras sagradas de las que llamaban *cibas*, y además tres calabazas pequeñas llenas de polvo de oro.

Colon por su parte hizo que sus pajes ofreciesen á Guacanajari cuentas de vidrio, cascabeles, agujas, alfileres, navajas, espejos pequeños, lentejuelas y otros adornos de cobre, metal que los indios preferían al oro.

## XXV.

A primera vista cualquiera pensaría que los indios eran los engañados.

Y, sin embargo, más dignos de envidia eran aquellos infelices que no conocían el valor del oro que los que atravesaban tantas leguas de mar y desafiaban las iras del Océano para buscar con tanta codicia lo que casi con desprecio les ofrecían los indios.

## XXVI.

Después de verificarse aquellos cambios:

—Ahora lo que más deseo, —dijo Colon, — es vuestra salud y para que la recupereis vá á examinar vuestra herida el médico de la armada.

La herida del soberano de Haiti había sido producida en el muslo izquierdo por una flecha.

Guacanajari consintió en que la examinase el doctor Chanca, y al quitarle los vendajes que llevaba no halló el doctor síntomas graves por más que al tocar-

le en ella se estremeciese dando á entender que sufría mucho.

## XXVII.

Al lado de Colon estaba el padre Boil, uno de los misioneros que le habian acompañado en la expedicion, hombre en extremo meticulouso que, sin saber por qué, habia formado mala idea de los indios.

Pensó que la enfermedad del rey era una farsa, tal vez un lazo que iba á tenderles, y formó una opinion que dió lugar á grandes disidencias entre los europeos.

## XXVIII.

El doctor se comprometió á curarle en breves dias, y Colon le anunció que en cuanto estuviese bueno iria á buscarle para que con aquellos de sus vasallos que designara, fuera á visitar las embarcaciones que estaban en el puerto.

Esta visita convenia muchísimo á sus planes.

## XXIX.

Guacanajari quiso que se hospedaran los españoles en la isla.

Pero Colon, á pesar de que no tenia recelo alguno, prefirió permanecer con los suyos en la carabela hasta cerciorarse por completo de todo lo que habia pasado y adoptar las medidas necesarias para castigar á los culpables y captarse de nuevo la voluntad y el afecto de los inocentes.

## XXX.

Aquella noche estalló á bordo si no una conjuración, por lo ménos un partido que se oponia por completo á la política conciliadora que Colon estaba resuelto á plantear en la isla de Haiti.

Vamos á ver lo que pasó.



## Capítulo XLVI.

### Disidencias.

#### I.

El padre Boil era un hombre á quien la historia atribuye un espíritu vengativo (G).

Tal vez haya pasion en este juicio.

Pero la verdad es, que ávido, como todos los que formaban parte de la expedicion, de hallar en aquellos paises, sino tesoros que por su condicion eclesiástica no los necesitaba para nada, al ménos sumision y obediencia de aquella población que iba á recibir la luz del Evangelio, sufrió un desengaño.

#### II.

Antes de embarcarse habia concebido la idea de que apenas llegase al Nuevo-Mundo encontraria

masas inmensas anhelosas de saber las verdades de la religion y de considerarle como un enviado del cielo.

La sed de dominio le habia hecho figurarse que no sólo los habitantes de aquel país desconocido, sino hasta los mismos capitanes, soldados y marineros de la escuadra, le considerarian como un prelado y le tributarían las mayores atenciones y respetos.

Su imaginacion le habia hecho creer que hasta el mismo Colon le consideraria, y á cada instante se decia:

—Si él es el jefe civil de la expedicion, yo soy el jefe religioso.

### III.

Nadie puede negar á Colon el sentimiento de la fé.

Habia sufrido mucho, como mis lectores saben, y en todas las ocasiones habia visto á la Providencia acudir en su auxilio.

No era la sed de riquezas ni de honores lo que principalmente le llevaba á acometer aquellas arriesgadas empresas.

En medio de su grandeza no olvidaba que Martin Carrasco, su antiguo amigo, convertido en religioso, habia ido á velar las sagradas reliquias del nacimiento del cristianismo, en Jerusalen, y su mayor deseo era arrebatarse de las manos de los musulmanes el sepulcro de Cristo, los Santos Lugares.

## IV.

Pero conocia perfectamente que para subyugar á aquella multitud de hombres que le acompañaban léjos de su metrópoli; no tenia más recurso que la energía de su carácter y la bondad de su trato; por otra parte no era uno de esos hombres que reciben impulso.

Pertenecia al número de los que lo dan, y natural era que aunque tratase con consideracion y respeto al padre Boil y á los demás eclesiásticos que le acompañaban, no les consultase sus resoluciones ni tomase en cuenta sus consejos en lo relativo al gobierno de la escuadra y á la política que con los naturales de los países que iba á conquistar empleaba.

## V.

Desde el principio habia disgustado mucho al padre Boil la preponderancia que á todas luces tenia sobre él Colon y en todas sus conversaciones cuando los capitanes de los buques elogiaban el arrojo de Colon, cuando aplaudian sus conocimientos náuticos procuraba con mónica rebajar su mérito y presentarle únicamente como un hombre afortunado.

## VI.

Sufria con paciencia, sin embargo, porque sabia

que no contaba con fuerza para oponer su prestigio al de Colon y allá en el fondo de su pensamiento se prometia adquirir gran prestigio sobre los indios para tenerlos á su favor, para que le obedeciesen en todo ciegameute, y tener ocasion de esta manera de probar á Colon que más que la fuerza de que disponia podia el sentimiento religioso arraigado por él en el alma de los indígenas.

## VII.

Pero la primera noticia que tuvo de aquella raza desconocida, echó por tierra en cierto modo sus propósitos.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos en la Guadalupe, aquellas chozas que acompañado de los soldados y los marineros visitaba, con sus fúnebres adornos, produjeron en él una impresion tristísima.

¿Qué podia esperarse de aquellos hombres que adornaban las paredes de sus casas con las piernas y los brazos de sus víctimas, que devoraban á sus compañeros, que no tenian más ocupacion que la de invadir las islas vecinas, talar los campos, robar las viviendas, cautivar á las mujeres de sus enemigos y hacer de estos su sabroso manjar?

## VIII.

Todas estas contrariedades le tenian de un humor negro, pero se callaba cuando el mismo Colon ó al-

gun otro de los que le habian acompañado en el primer viaje aseguraban que los indios de Haiti eran el reverso de la medalla.

Colon habia pintado la bondad, la mansedumbre, la generosidad de Guacanajari y de sus súbditos de una manera que hacia creer á todos, que llegar ellos y convertirlos en sus siervos seria todo uno.

## IX.

Pero las descripciones de Colon, contrastaban con el silencio que reinaba en el fuerte de la Navidad, cuando al estar á su vista dispararon las carabelas los cañonazos de aviso; contrastaban con las noticias que algunos indios les habian dado acerca del desastroso fin que por su culpa habian tenido los españoles; contrastaban por último con el espectáculo que se apareció á su vista al hallar la fortaleza convertida en un monton de escombros, al saber que no existia ninguno de los europeos que habian quedado allí.

## X.

El padre Boil acompañó á Colon en su visita á Guacanajari y la impresion que recibió de ella fué que los indios de la isla no eran feroces como los caribes, pero si astutos y engañadores.

Al volver reunió á los frailes que le acompañaban y les habló de esta manera.

## XI.

—No lo dudeis, la herida de ese rey es pura patraña. En mi concepto no ha habido tal combate.

Guacanajari es muy taimado; habrá comprendido que nuestro único deseo es apoderarnos de sus dominios, arrebatarnos el oro que guardan en sus entrañas las minas que poseen, y comprendiendo que su fuerza no es bastante para contrarestar la nuestra, la sustituyen con la falsedad.

El, solo él y los suyos han asesinado cobardemente á los españoles; solo él y los suyos han destruido la fortaleza; y si han incendiado los campos, y si algun herido nos han presentado, y si el mismo rey finge haber quedado fuera de combate, es porque después de haber realizado sus designios han temido nuestro enojo, y quieren por medio del fingimiento captarse otra vez nuestra voluntad para repetir la sangrienta escena, con que más que nuestra amistad, han excitado nuestro justo enojo.

Un deber de conciencia nos obliga á protestar enérgicamente, á demostrar á Colon—que sin duda cegado por la gloria de sus conquistas cree que son amigos los indios de esta isla,—el error que padece; á hacerle ver que nosotros más desimpresionados, más serenos, con el convencimiento que dá la observacion continua y el estudio profundo del corazon humano, hemos averiguado que son unos traidores, que estamos convencidos plenamente de que no es la

mansedumbre ni la caballerosidad la política que conviene emplear con ellos, sino el duro castigo para que sean obedientes y se sometan á nuestra voluntad para que podamos dominarlos por completo y hacer triunfar los santos principios que venimos á inculcarles nosotros, en tanto que los soldados cumplen la mision política que los reyes les han confiado al enviarles aquí.

## XII.

Los demás eclesiásticos participaban de la opinion de su gefe, y procuraron inculcarla en el ánimo de los oficiales y soldados que iban á bordo de los buques.

Su opinion halló ardientes sostenedores.

Sólo los que habían estado ántes con Colon aseguraban á los que dudaban de la lealtad de Guacanjari, que estaban completamente equivocados.

## XIII.

Sin embargo, los que más admiraban la pericia, el valor y las grandes cualidades de Colon, estuvieron á punto de dudar de él y de atribuir á debilidad de carácter lo que no era en su ánimo más que el deseo de obtener con la maña y el tacto, lo que difícilmente podia conseguir por la fuerza, porque quinientos hombres no bastan para poder arrebatár la independencia de una nacion entera.

## XIV.

Los capitanes más distinguidos por Colon, el mismo Alonso de Ojeda, que por su valor y su franqueza de carácter se habia captado las simpatías del almirante, se acercaron á él, le manifestaron sus temores y sus deseos; pero sin conseguir alterar en lo más mínimo la inquebrantable resolucion que habia tomado el ilustre marino.

## XV.

Viendo lo inútil de sus esfuerzos y haciendo aquel caso de conciencia, el padre Boil, con la mayor solemnidad, seguido de los eclesiásticos y acompañado de algunos capitanes, pidió una entrevista á Colon, y con el asentimiento de todos, le expuso sus temores, y aprovechando aquella ocasion para desahogar un tanto su amor propio herido:

## XVI.

—Permitidmo,—añadió,—en gracia del carácter que revisto, que me atreva á daros algunos consejos. Nadie mejor que yo comprende hasta qué punto es necesario ser generoso con los débiles. Pero cuando los débiles, para adquirir la fuerza que no tienen, recurren á la astucia y emplean malos medios, es necesario no darles pretesto para que califiquen de

debilidad la escesiva condescendencia; y como yo no dudo que Guacanajari es un traidor que ha derramado la sangre de nuestros hermanos, que trata de vendernos, que nos odia á muerte, creo que debo aconsejaros que reemplacéis la bondad con la severidad y el castigo.

Sois nuestro jefe, os debemos toda obediencia; pero cualquiera que sea la resolución que tomeis, si no es la que os aconsejo y la que conmigo os aconsejan todos, al ménos permitidnos que protestemos para no ser responsables de lo que ocurra.

## VII.

## XVII.

No se ocultó á Colón el verdadero móvil del padre Boil.

Pero comprendió que en presencia de los suyos no debía desprestigiarle.

—Sois un docto varon,—le dijo,—un prelado á quien respeto y á quien aprecio. Conozco las virtudes que atesora vuestra alma, y grande es el peligro en que creéis que nos hallamos, cuando un hombre tan santo como vos, me aconseja la ira en vez de aconsejarme la moderacion.

Pero respetando vuestras creencias, atribuyéndolas como las atribuyo á los mejores deseos, permitidme que no siga vuestros consejos.

Conozco demasiado á estas gentes.

Son generosos, son afables, son incapaces de cometer traicion alguna: no es con ellos con los que te-

nemos que luchar, al contrario; necesitamos su apoyo para poder atacar á los otros caciques más formidables, más traidores, más enemigos nuestros, y en todo caso lo que aconsejan los intereses y la política que venimos aquí á sustentar, es debilitarlos entre sí para aliarnos unas veces con unos, otras con otros, recibir su apoyo, y de este modo conquistar para nuestros reyes estos dominios, que es mi mision, y extender en ellos la religion cristiana, que es la vuestra.

Oidlo todos,—dijo á los que estaban presentes,— esta es mi resolucion, y sino quereis que considere vuestra actitud como una desobediencia, es necesario que acateis en todo mis intenciones.

Hoy somos amigos de Guacanajari; amistad le debemos: como amigo quiero que le trateis.

### XVIII.

La entereza con que habló Colon y las razones políticas que habia dado, convencieron á los soldados y obligaron á los eclesiásticos á conformarse con la resolucion del almirante.

## Capítulo XLVII.

### Visita de Guacanajari á la escuadra española.

#### I.

Las noticias que habia recibido Guacanajari acerca del gran número de buques que habia llevado Colon aquella vez, le hacia arder en deseos de cumplir cuanto ántes la palabra que habia dado al almirante de ir á visitarle.

Por otra parte, sabia que á bordo de los buques estaban encadenados algunos caribes, y como para ellos los habitantes de las islas que acababa de explorar Colon, eran los enemigos más temibles y formidables que podia haber en la tierra, contemplar los prisioneros era un goce que nunca habia disfrutado.

Mejorado de su herida, aunque todavía resintiéndose de ella, fué con su comitiva el día señalado á visitar la escuadra.

El almirante habia dispuesto que los buques se formaran en línea, así es que ocupaban un gran espacio en el mar, y ofrecían á primera vista un cuadro sorprendente.

### III.

Los indios que se habian asombrado al ver por la primera vez á Colon que llegaba á sus costas con dos carabelas, no podían ménos de contemplar con admiración aquel crecido número de buques, y aquella multitud de hombres armados que, pudiendo destruirlos con el rayo, se complacían en ser sus amigos y en tratarlos con la mayor bondad.

### IV.

Subió á la carabela del almirante, y allí ofreció Colon un banquete en su honor, á los indios.

Después, para satisfacer su curiosidad, les enseñó minuciosamente el buque; por medio del intérprete les esplicó las piezas de que constaba, y en un momento dado, hizo que todas las embarcaciones disparasen los cañones, cuya detonación no pudieron oír sin estremecimiento sus huéspedes.

Pero lo que más sorpresa, lo que más admiración causó á Guacanajari, fué la presencia de los indios caribes.

Aquellos hombres feroces tenian en los piés pesadas cadenas, y estaban amarrados al palo mayor de la *Marigalante*.

A pesar de saber que estaban prisioneros, y que los defendian de su ferocidad los españoles, el mismo Guacanajari y los que le acompañaban, retrocedieron al descubrirlos.

¡Tal era el miedo que la sola mirada de aquellos bárbaros les infundia!

El prestigio que adquirieron los españoles á sus ojos por haber dominado á los caribes, fué inmenso.

¿Cómo habian de dudar un solo instante de la superioridad de aquellos hombres, ni de la protección que pensaban dispensarles, cuando por de pronto habian subyugado á sus mayores enemigos?

Aun quedaba más que ver á Guacanajari.

Colón quiso proporcionarle el espectáculo de las plantas y frutos y de las diversas razas de animales que llevaba á bordo para aclimatarlas en la isla, y solo

puede darse una idea de la curiosidad, del interés que aquellos objetos despertaban en los indios figurándose la admiración que causan en el aldeano que llega por la primera vez á la corte, las tiendas, los paseos, los edificios, los objetos que en todas partes se aparecen á sus asombrados ojos.

## VIII.

Lo que más entusiasmó á Guacanajari, fué los caballos.

Nunca había visto cuadrúpedos de tan elevada talla, y no se cansaba de admirar el volúmen de aquellos nobles animales, su fuerza y su docilidad.

Colón le prometió llevar á la isla cuanto acababa de ver, y Guacanajari y los indios prorrumpiendo en gritos de alegría, se consideraron los habitantes más felices de la tierra.

## IX.

Era tal la sensación que aquel espectáculo había producido en el rey de Haiti, que se olvidó de sus penas, borró de su memoria la imagen que tanto había llorado, y ni se acordaba de la desastrosa derrota que había sufrido.

Dando tregua á sus padecimientos:

—Aun me protege Vagouiana,—exclamó,—aun no ha caído la maldición sobre mí; aun aguardan días de prosperidad y de engrandecimiento á mi reino.

Colon aprovechó las circunstancias para comunicar á Guacanajari sus propósitos.

—Si considerais nuestra venida como un buen augurio,—le dijo,—si creéis que pueden contribuir á vuestra prosperidad todos los objetos que habeis visto; si nuestra compañía os es grata, yo os aseguro en nombre de los reyes mis señores, que nunca nos apartaremos de vuestro lado, viviremos en vuestra compañía, edificaremos casas más sólidas que las vuestras, os inculcaremos los principios de nuestra religion; en una palabra, difundiremos entre vosotros la civilizacion de nuestra pátria, y os haremos felices defendiéndoos de vuestros enemigos.

## XI.

Guacanajari escuchó estas palabras con vivas muestras de satisfaccion.

Pero un butio que le acompañaba como su más fiel consejero, el venerable Ainibac, frunció el ceño al oír aquellas proposiciones, y pasando su mirada inquieta y recelosa por todos los españoles, concibió un temor que no tardó en comunicar á Guacanajari.

## XII.

Antes de despedirse del almirante para volver á

tierra, mandó Colón llamar á diez indias que habia librado de la esclavitud arrancándolas de las manos de los caribes en la Guadalupe, mujeres de peregrina belleza y naturales la mayor parte, de la isla de Boriquen ó Puerto-Rico.

## XIII.

Aquellas mujeres eran el término medio entre la raza india y la europea.

Participaban de la belleza de una y otra raza.

Su color no era cobrizo ó pálido, sino moreno, pero sonrosado.

Sus grandes ojos tenían la luz de los trópicos, y al mismo tiempo la suavidad y la dulzura de los de las mujeres del Norte.

Sus formas eran esbeltas y no teñían su rostro ni manchaban sus brazos con las pinturas que servían de adorno á los indios de Haïti.

Iban además cubiertas con cendales de algodón tejido, y en el cuello llevaban una especie de collares de cuentas encarnadas.

Su cabellera, suelta siempre, era negra y sedosa.

## XIV.

Casi todas ellas, para la recepción que tuvo el almirante á bordo, se adornaron con cintas y otros objetos que les habian regalado los españoles.

Una de ellas, más inteligente y más bella que las

otras, parecía dominarlas, y fué la que se presentó primero al llamamiento de Colón.

Su idioma no era el mismo que el de Guacanajá-ri; pero existía entre ellas y los indios mayor facilidad de comprensión, que entre los españoles y los habitantes de Haití.

## XV.

Los españoles habían dado á aquella mujer el nombre de Catalina, y algunos de los oficiales se habían recreado en su hermosura.

Pero Colón había dispuesto que no saliesen de la carabela capitana, y allí las custodiaba y las tenía bajo su protección, colmándolas de beneficios, porque se proponía volver con ellas á la isla de donde habían sido robadas, y quería que en ella pudiesen hacer de él los mayores elogios, captándose las simpatías de los naturales.

## XVI.

Catalina había inspirado una pasión vehemente al indio predilecto de Colón, al habitante de Guanahani que le había acompañado á España, que había sido bautizado con el nombre de Diego, y que volvía á su lado sirviéndole de intérprete.

## XVII.

Apenas fijó sus ojos Guacanajari en Catalina, sintió un estremecimiento en todo su sér.

Parecia que con sus miradas, aquella india habia encendido de pronto una hoguera en su pecho.

El amor latió de nuevo en el corazon del soberano de Haiti.

## XVIII.

—Tú serás reina de mi reino,—dijo á Catalina al despedirse de ella.

Diego escuchó estas palabras, y las guardó en su pecho.

Colon comprendió lo que habia pasado, y pensó que aquella inesperada pasion podia servirle de mucho.

## XIX.

Los indios volvieron á tierra y Colon, seguro ya de que contaba con su amistad, llamó á los capitanes para tratar con ellos de la colonizacion de la isla.

Aún debia sufrir mucho ántes de realizar sus designios.

Aún las circunstancias debian venir á dar la razon al padre Boil, y á presentar á Guacanajari á los ojos del almirante como un traidor.

El amor, como siempre, desempeñó en aquellas circunstancias el principal papel.

## Capítulo XLVIII.

### Historia de una india.

La india Catalina tenia una historia que conviene á mi propósito referir en breves líneas.

Habia visto la luz en Boriquen, y era hija de un guerrero que por su valor habia llegado á ser cacique de una de las tribus más poderosas de la isla.

Su nombre era Bayoan.

#### II.

Veinte años ántes habia salido de las islas Azores una carabela, á bordo de la cual iba un audaz marino.

Comerciaba con Inglaterra y Francia, y en una de sus expediciones le cogió un fuerte temporal en alta mar.

Aquel hombre amaba á una mujer que prendada de su valor y de sus nobles cualidades, habia arrojado la ira de su familia, la habia abandonado y no se separaba de él un solo instante.

## III.

En las más peligrosas expediciones le acompañaba, y aquella vez iba tambien en su compañía.

El temporal arreció, é impelidos por las olas, al cabo de algunos dias se hallaron en una costa desconocida para ellos.

Pero de todos modos bendijeron al cielo al encontrar en medio de las inmensidades del Océano aquel puerto de salvacion.

## IV.

Permanecieron algunos dias en la costa sin atreverse á internarse por ignorar si la habitaban personas ó fieras.

Un dia, cuando se disponian á partir en busca de mares conocidos, cayeron sobre ellos una porcion de indios capitaneados por un hombre de elevada estatura y aspecto formidable.

Era imposible resistir su fuerza.

## V.

Todos los europeos fueron aprisionados, y el jefe de los indios que era Bayoan se prendó de la hermo-

luz de Luz, que este era el nombre de la amada del piloto.

Separándola á viva fuerza de sus compañeros, la trató con la mayor bondad, la colmó de regalos y la significó el amor que le habia inspirado.

## VI.

Luz queria á toda costa salvar á su amante y fingió que correspondia al amor del cacique.

Pero Bayoan que siempre estaba en guerra con los caribes, y se figuraba que los europeos habian llegado á la isla de Boriquen en son de guerra, resolvió tomar represalia, y dispuso lo necesario para que fueran descuartizados y arrojados al mar.

## VII.

Los portugueses lucharon con sus verdugos, y solo cuatro pudieron escaparse hácia la playa, volver á su embarcacion y darse á la vela.

El piloto sucumbió á manos de los indios con los demás que no lograron escapar.

Esta noticia consternó á Luz y se negó á admitir en su presencia á Bayoan que habia dispuesto aquellos horribles asesinatos.

## VIII.

Pero pasó el tiempo, se vió enteramente sola,

comprendió que podía dominar á aquel hombre y vengarse un dia del inmenso dolor que habia producido en su alma, y accediendo á su pasion cayó en sus brazos.

De aquel amor nació la india á quien hemos conocido con el nombre de Catalina.

## IX.

Bayoan adoraba á Luz.

Por ella centuplicaba su valor al combatir con sus enemigos, y era afable y cariñoso con sus súditos.

Luz fué madre, y el sentimiento maternal borró de su alma el odio que sentia hácia aquel hombre.

Catalina, que recibió el nombre de Anaibelca, lo que queria decir en el idioma indio *Flor de Palma*, reunió al nacer las bellezas de la raza europea y de la raza americana.

## X.

Su hermosura fué la envidia de todas las indias y el encanto de los indios que la contemplaban embebecidos admirando su peregrina belleza.

Pero cuando su madre hubiera podido enseñarle su idioma, una cruel enfermedad le arrebató la vida, y á los cinco años se quedó Flor de Palma, que así la llamaremos, sin más cariño, ni más amparo que su padre, el esforzado caudillo á quien los caribes temian.

## XI.

Idolo de todos los habitantes de la isla, á la muerte de Bayoan la aclamaron por su reina y cacique, y Flor de Palma eligió para esposo al guerrero más predilecto de su padre.

Gobernó con él algun tiempo la isla, y los caribes que habian tenido ocasion de admirar su belleza y que anhelaban aprisionarla, intentaron mil veces apoderarse de ella y llevarla á sus islas.

## XII.

De pronto cayeron como un azote sobre Boriquen.

La lucha fué espantosa.

Flor de Palma cayó en las manos del gefe de los caribes, quien corrió con su presa á su canoa llevándosela á Guadalupe y teniéndola como prisionera en su choza.

Cuantos esfuerzos hizo para que le amase fueron inútiles.

Flor de Palma le aseguró mil veces que preferia morir á ser suya.

Pero el cacique confiaba en que tarde ó temprano se doblegaria su indómita fiereza.

## XIII.

Un año de cautivenio llevaba con algunas otras

mujeres de su corte, cuando llegó Colón y envió al indio Diego con otros varios, á que explicase á los naturales del país cuales eran sus intenciones.

El jóven indio dotado de una inteligencia superior y de un corazon sensible habia admirado en España la belleza de las mujeres que rodeaban el trono de la reina Isabel cuando por la primera vez se presentó á su vista.

Pero sabia que aquellas mujeres no le amarian nunca, por que él pertenecia á otra raza inferior.

#### XIV.

Al encontrar á Flor de Palma, india como él pero con facciones que se asemejaban más que las de las otras mujeres á las de las españolas, se prendó de su belleza y sintió un amor vehemente hácia aquella reina desgraciada que acudia á pedirle auxilio rogándole que la llevase á su isla.

Flor de Palma comprendió desde luego que habia despertado el amor en el corazon del jóven indio, y deseosa de volver á su pátria le hizo concebir esperanzas.

#### XV.

Tocaron en Boriquen.

Flor de Palma, á quien nombraremos ya Catalina, quiso quedarse en la isla, pero Colon so pretesto de que deseaba protegerla y ampararla, no la dió la

libertad que ambicionaba y la llevó con sus compañeras á la Española, en donde confiaba que la benevolencia con que pensaba tratarlas, seria un motivo más de gratitud hácia él.

Pero Catalina, aunque fingió conformarse de buen grado con aquella orden, abrigó desde el momento en que perdió las esperanzas de volver á su patria, la idea de aprovechar la primera ocasion que tuviera para separarse de él.

Sabia que el almirante profesaba un gran afecto al indio intérprete.

Dominándole podia llegar á conseguir en un momento dado que la ayudase á conquistar la libertad que ambicionaba.

Pero cuando se halló en presencia del soberano de Haiti, cuando leyó en su mirada el amor que le habia inspirado, el deseo de libertad y un sentimiento de ambicion le hicieron concebir un proyecto.

Haiti era un país más rico, más hermoso, más brillante á sus ojos, que Boriquen.

Llegar á ser la soberana de aquel pueblo, lograr por el amor que habia inspirado al rey, armar su brazo contra los españoles, libertarse de ellos para siempre y ser en Haiti lo que habia sido en Boriquen, el idolo de todos, fué su única aspiracion.

## XVIII.

Diego, que habia sorprendido en Guacanajari la amorosa mirada que habia dirigido á Catalina, sintió el torcedor de los celos en su alma.

—Soy esclavo,—se dijo,—debo mi vida á mi protector; he jurado servirle fielmente, y tengo que sacrificar mis sentimientos; pero la amo tanto...

Al pronunciar en el fondo de su alma estas palabras, lágrimas de dolor inundaron sus pupilas.

Catalina estaba ébria, de gozo, porque le sonreía la esperanza.

## XIX.

—El rey de Haití,—le dijo Diego, aprovechando un momento en que pudieron hablar,—te ha mirado con amor; esa mirada ha sido la muerte de mi felicidad.

—¿Y tú puedes creerlo?—exclamó la taimada Catalina.—Antes que á él te he inspirado á ti amor; tú me has salvado de las manos de mis enemigos, tú me has presentado á tu amo y has obtenido su proteccion para mí. La gratitud ha despertado en mi alma el amor. En las brisas que acarician mi rostro te envío mis suspiros; en mis miradas te doy á beber el fuego que consume mi sér; no hay música más grata para mí que tu voz.

## XX.

Diego creyó aquellas pérfidas palabras que no eran más que el canto de la sirena, y arrullado por ellas, vió renacer la esperanza en su corazón.

Pero aquel mismo día, casi al anochecer, cuando Flor de Palma y sus compañeras estuvieron solas:

## XXI.

—Hermanas mías,—les dijo,—ante todo la libertad. Aquí nos colman de agasajos; nos ofrecen joyas para adornar nuestros cabellos, nos brindan sabrosos manjares; pero ¿qué hay en el mundo que pueda compararse con la libertad? Nosotras éramos libres; vivíamos dichosas en nuestra tribu; yo era la reina; mi voluntad era acatada por todos; no había quien no buscara mi mirada para reforzar su valor ántes de ir al combate; mi amado esposo decía que no brotaban las flores en los campos si yo no los miraba. Léjos de nuestros amantes, de nuestros hermanos, de nuestros hijos, abandonadas nuestras casas, ¿qué podemos esperar de los que nos han sacado de una esclavitud para arrojarnos en otra? Si teneis valor, aún podemos luchar y ser libres.

—Habla, habla,—exclamaron con ansiedad sus compañeras.

—¿No habeis observado al rey de Haiti?

—Sí.

—¿No habeis leído en sus miradas, que he despertado un inmenso amor en su pecho?

—Sí, sí,—gritaron sin envidia aquellas mujeres, porque no eran europeas.

—Pues bien, oid mis palabras, y ¡ay! de vosotras si me descubris.

Todas la rodearon.

## XXII.

—Guacanajari volverá; me lo ha prometido en su mirada. Yo hablaré con él, nuestro protector me proporcionará esta ocasion.

Yo diré al rey de Haiti que le amo, que quiero ser su esposa; le pido para mí y para vosotras su proteccion, y una noche, cuando todos reposen, nos lanzamos al agua, corremos presurosas á la orilla, nos amparamos bajo la proteccion de Guacanajari, inculcamos en el pecho de todos sus guerreros odio eterno contra nuestros opresores, luchan con ellos, los vencen, y nosotras somos libres.

## XXIII.

Las indias acogieron con entusiasmo aquel proyecto.

Catalina no se habia equivocado.

Al dia siguiente volvió Guacanajari á bordo y preguntó á Colon por Catalina.

El almirante conoció desde luego que el rey se habia prendado de su hermosura.

¿Qué más podía desear?

Aquella india le estaba sumamente agradecida: así al menos lo demostraba.

Dominando su corazón, le aconsejaria siempre benevolencia para con ellos.

#### XXIV.

Catalina fué llamada por el almirante, y Guacanjari y Flor de Palma pudieron hablar á solas.

—Tú serás reina de mi reino,—repitió Guacanjari después de haber oido de sus labios que anhelaba su amor, porque su amor era la libertad.

#### XXV.

Para excitarle á que la ayudara en su empresa, contó Catalina horrores de los españoles.

Dijole, entre otras cosas, que el almirante mismo habia querido ser dueño de su hermosura, que el ánimo de aquellos hombres que llegaban en las embarcaciones, no era otro que el de apoderarse de Haiti para esclavizar á sus moradores.

#### XXVI.

Estas palabras produjeron una inmensa tristeza en el ánimo de Guacanjari.

No era la primera vez que las escuchaba.

El butio Ainaibac las habia pronunciado al volver de la visita que con él habia hecho á la escuadra española.

## Capítulo XLIX.

### La paz entre los indios.

—Rey de Haiti,—dijo Ainaibac á su soberano cuando después de regresar de la visita á la escuela de Colon se despidió de su séquito y quedó á solas con su butio,—rey de Haiti, voy á turbar la felicidad que hay en tu pecho, pero Vagoniana al darme la penetracion que tengo para leer en los ojos de los demás los sentimientos de su alma me ha impuesto el deber de ser leal con mi soberano.

Tú amas á los españoles porque crees que son enviados del cielo; has visto en los regalos que te han hecho, en los agasajos con que te han colmado pruebas de su amistad; has creído que el único objeto de su venida es defendernos de nuestros enemigos;

Aleja para siempre esas creencias; yo he leido

en las miradas de los extranjeros la ambición de someterlos y dominarlos.

Se presenta á ti como amigo leal para tenderte el lazo con más seguridad.

No, no es protegerte de nuestros enemigos, no es vengarte de Caonabo y de los caciques que se han rebelado contra tí; no es el deseo de apagar la tea de la discordia que arde en tu pátria el que les anima. Sedientos de oro, quieren por medio de un simulado afecto apoderarse de tí para poner en tu cuello la cadena del esclavo, para convertir á tus súbditos en siervos.

Tú no puedes consentir la esclavitud, tú no puedes arrojar á nuestros piés la corona.

—No, Ainaibac, —exclamó Guacanajari, — el celo te engaña. Los extranjeros son leales y además son fuertes, son además generosos porque me han perdonado, yo empeñé mi palabra de que velaría por sus hermanos; yo les aseguré que vivirían en paz bajo mi protección y, sin embargo, no he podido ofrecerles más que sus cadáveres y un montón de escombros.

Han podido fulminar el rayo contra mí; han podido difundir la desolación y el espanto en mi reino; han sido buenos, me han perdonado, me han tendido sus brazos, son nuestros amigos.

—La bondad de tu alma es mala consejera, —añadió Ainaibac, — consulta al Tzimes y él te inspirará; pasa toda la noche en oración, quema el aloe santo para aplacar su enojo, y piensa que no soy yo

solo, sino todos cuantos te hemos acompañado, los que estamos seguros de que tu condescendencia, tu lealtad para con los extranjeros fabrica poco á poco las cadenas de nuestra esclavitud.

## II.

Las palabras del butio produjeron una inmensa emocion en el ánimo de Guacanajari.

Nuevas dudas alteraron la tranquilidad de su alma.

Mezclaba con ellas la pasion que le habia inspirado Flor de Palma, y ansiaba por momentos, tanto para llevar á su lado aquella mujer como para saber por ella cuál eran los intentos de los extranjeros, volver á bordo de la *Marigalante* á conversar con ellos.

Fué, en efecto, como hemos visto, al dia siguiente, y Catalina, cuyo plan conocemos, confirmó las sospechas que habia despertado en su alma Ainai-bac, exageró la codicia de los extranjeros, y obtuvo de él la palabra formal de que la acojeria, como á sus compañeras, bajo su proteccion.

Aquel dia Guacanajari al acercarse á Colon, no estrechó su mano con tanto cariño como otras veces.

Dudaba de él, y la duda habia alejado de su corazon la sinceridad.

## III.

Aquella misma noche consultó al Tzimes.

Quemó en el ara el aloe perfumador, y permaneció en oracion largo tiempo aguardando la inspiracion que debia resolverle á declararse enemigo, ó á confirmar su amistad con los extranjeros.

## IV.

Era la media noche.

Una fresca brisa mecia las ramas de los árboles que poblaban la isla.

La luna, suspendida en el cielo, derramaba sus plateados rayos sobre las ondas del mar y penetraba á través de las hojas del árbol bajo cuyas ramas se cobijaba el ídolo.

De pronto resonó en el oido de Guacanajari una voz que habia escuchado pocos dias ántes:

## V.

Era Inima, la hermana de Ainaima.

—Guacanajari, —exclamó, —vengo á verte por la última vez. La fiebre me consume; la hora de mi muerte se acerca; el sepulcro que ha de guardar eternamente mis despojos se abre; pero ántes de morir quiere Vagoniana que yo lea en el porvenir, y que pueda darte un consejo y un aviso.

Has sido débil, y tu debilidad necesita castigo.

El castigo son esos extranjeros á quien amas.

Por amor á uno de sus ídolos has asesinado á tu esposa: yo fui quien le arrebató de tus manos, y he-

cho pedazos le arrojé á las arenas de la playa, para que el huracan le lleve en su carrera á hundirle en los abismos del mar.

—¡Tú, Inima!

—Yo, sí; y hoy vengo á descubrir ante tus ojos el porvenir que te aguarda. Los extranjeros que se han apoderado de tu espíritu, no tardarán en poner en tu cuello la argolla de la esclavitud, se apoderarán de tus dominios, saquearán tus tesoros, harán que tus vasallos sean sus siervos, profanarán sus hogares, convertirán en sus mancebas á las libres é independientes haitianas, y tú, bajo la maldicion de tus antepasados, morirás en el abandono, despreciado por tus amigos, escarnecido por tus súbditos, maldecido por Vagoniana.

—¡Oh! no, no, Inima, eso no puede ser!

—Y, sin embargo, sucederá. Contempla el Tzimes. ¿No ves cómo sus ojos se animan y brilla en ellos un resplandor siniestro?

## VI.

Guacanajari fijó sus ojos en el Tzimes, y los apartó de él inmediatamente con horror.

Inima avanzó algunos pasos hácia Guacanajari.

—Adios para siempre,—le dijo.

Y tendió su mano sobre la triste frente de Guacanajari.

Un frio glacial circuló por las venas del monarca de Haiti.

La mano de la india parecía de mármol.

## VII.

—Aún puedes salvarte,—añadió Inima,—aún puedes salvar á tu pueblo. Caonabo, arrepentido de haber roto las hostilidades contigo, desea de nuevo tu alianza.

Quiere volver á verte como en aquellos tiempos en que tu flecha atravesaba el espacio en rauda vuelo.

Sé su amigo; únete con él para luchar contra los extranjeros, y aún podrás dar días de gloria á tu desgraciada patria.

## VIII.

Inima no habló más.

Con incierto paso se apartó del lugar sagrado, y al día siguiente anunciaron á Guacanajari que la hermana de Ainaima había muerto.

No había duda, sus presentimientos eran ciertos. Había leído en el porvenir.

Todo gritaba en torno suyo guerra á los extranjeros.

Guarionex con algunos indios del Cibao, llegó al palacio de Guacanajari.

## IX.

—Vengo en nombre del cacique de Maguana, á ofrecerte paz y amistad. Ya has peleado como bueno

con nosotros, para cumplir un juramento que habias hecho; pero ya habrás tenido ocasion de convencerte de que tus amigos son nuestra perdicion, que no quieren más que nuestra ruina, y es necesario que nos unamos todos para contrarestarlos. Todos los caciques, tus enemigos, te brindan la paz.

— Yo la acepto, — exclamó Guacanajari, impresionado aún por las palabras de Inima, por la mirada siniestra del Tzimes, por los consejos de Ainai-bac, por las palabras de Catalina, — yo la acepto con todo mi corazon, y si ha llegado la hora de mi muerte, si he de sucumbir por el bien de mis vasallos, pronto estoy á derramar mi última gota de sangre.

Corred, volad, decid á Caonabo cuales son mis deseos; si me viera obligado á abandonar mi reino de Marien, iria á buscar refugio á vuestro lado, y al lado vuestro lucharia para vengarme de los que, presentándose á mi como buenos amigos, sólo aspiran á exterminarme.

## X.

El cambio que se habia operado en Guacanajari, debia aumentar las complicaciones que aguardaban á los españoles en aquellos apartados dominios.

Ocho veces salió el sol y otras tantas hundió su frente en el ocaso.

— En todo este tiempo no vió Colon á Guacanajari, y observó que los indios apenas aparecian en la playa.

El silencio sepulcral que reinaba en la costa, ponía en cuidado al almirante.

### XI.

Unos marineros que fueron á proveerse de agua en un manantial, presentaron á Colon los fragmentos de la imágen que Guacanajari habia robado de la fortaleza con el auxilio de Alonso Velez, que Inima le habia arrebatado á su vez, y habia convertido en pedazos.

Todos estos indicios, y por otra parte los incessantes consejos del padre Boil y la ansiedad de pelear que sentian los capitanes que acompañaban á Colon, le hacian vivir en una perplejidad inmensa.

### XII.

A su lado, sin que nadie se apercibiera, dos corazones sufrían horriblemente.

Américo Vespucio no olvidaba á Esperanza.

Isabel Monteagudo fijaba á todas horas la vista en aquel papel que habia encontrado, adivinaba la traicion de su esposo, confiaba en verle, y la sed de venganza devoraba su espíritu.

### XIII.

—Mañana,—dijo al fin Colon á los capitanes,— iremos á la isla, hablaremos con Guacanajari, ex-

ploraremos sus intenciones, y so pretesto de defenderle de sus enemigos, emprenderemos la conquista del Cibao por de pronto.

Esto animó un tanto el desaliento de los navegantes.

Pero aquella noche ocurrió un incidente que despejó para todos la situacion.

## Capítulo I.

Asociación y rescisión.



Antes de volver el acontecimiento que ha sido dicho en el capítulo anterior vamos á ver los motivos que habia habido para llevar á cabo con éxito un negocio de esta especie. En el hecho de que el comercio de las Indias se ha emprendido en un principio por necesidad de toda parte se ha producido un gran número de indios que se han servido de intérpretes. Catalina pasó de un lugar que le seria muy útil al separar al indio de un año, llevárselo consigo sin perjuicio de haberse antes ligado á la venta de las Indias.

---

## Capítulo L.

---

### Astucia y resolución.

#### I.

Antes de referir el acontecimiento á que he aludido en el capítulo anterior, vamos á ver los preparativos que habia hecho Catalina para llevar á cabo con éxito su empresa.

Haciendo suya la causa de Guacanajari, comprendió con su natural penetracion que necesitaba á toda costa separar al almirante del jóven indio que le servía de intérprete.

Catalina pensó desde luego que le seria muy fácil separar al indio de su amo, llevársele consigo, sin perjuicio de entregarle más tarde á la venganza de Guacanajari.

## II.

Pero Catalina con su sagacidad mas propia de una mujer civilizada que de una mujer salvaje, comprendió que para separar al indio Diego de su protector, necesitaba ántes impulsarle á cometer un crimen.

Ojeda habia fijado sus ojos más de una vez en Catalina durante la travesía, y ella habia comprendido que habia incendiado su pecho con una mirada.

## III.

Pero Ojeda se habia jurado no amar nunca, y aunque se engañaba á sí propio hacia todo lo posible por huir de Catalina, seguro como estaba de que aquella mujer tenia en sus ojos un poder irrisistible, una fascinacion capaz de arrastrarle á faltar á la promesa que se habia hecho.

Convenia al plan de Catalina aumentar la llama que habia encendido en el corazon del valiente capitán, y persiguiéndole con sus miradas incendiarias, colmándole de caricias que parecian hijas de la gratitud, le atraia á sí, é iba poco á poco volviéndole el juicio.

## IV.

—¿Ves ese hombre?—dijo Catalina al indio Diego

señalándole á Ojeda, —me ama, está loco por mí, es fuerte y querrá que sea su esclava.

—Pero tu no le amas, tu no puedes amarle, —dijo Diego á quien la pasion tenia siempre en un estado febril.

—No; yo solo te amo á tí; pero es valiente, es tu amo, tambien es mi señor, puede disponer de la esclava. Si me pide su amor, ¿cómo podré negársele?

—No, no, tu no le amarás, —dijo fuera de sí el indio.

—Amarle? No, le ódio. A tí si; por esa misma razon debes arrebatarle la vida.

—¿Qué dices?

—Si; desde aquí se ven á poca distancia de la playa algunos de esos árboles cuyos frutos dán la muerte. Una rama de ellos colocada al lado del que duerme, basta para matarle sin que pueda gritar, sin que pueda pedir auxilio. Aprovecha la primera ocasion, trae una rama del manzanillero y cuando duerma colócala á su lado. Morirá y seremos libres y podremos amarnos.

—No, no, eso nunca, —dijo Diego.

## V.

Catalina hizo todo lo posible para aumentar la pasion de Ojeda, y siempre que Diego podia verlo colmaba de caricias al valeroso capitan.

Diego se acercaba á ella y la india no pronunciaba más que estas palabras:

## VI.

—Mátale, Diego, mátale.

Quería impulsarle á cometer aquel crimen, segura de que se arrepentiría de su obra, y de que podría dominarle con la amenaza de comunicar á Colón que él había sido el asesino de Ojeda si no le secundaba en sus planes.

Pero Diego era incapaz de cometer acción tan villana, y aunque era grande el amor que le inspiraba Catalina, era mayor, mucho mayor el prestigio que sobre él ejercía Colón.

## VII.

Nada tiene de extraño que aquel hombre, lo mismo que los demás europeos, representasen para él poco menos que la divinidad.

Había asistido á las ovaciones entusiastas que España entera había tributado al gran descubridor del Nuevo-Mundo á su llegada á Palos, y al pasar por las ciudades de Castilla y Aragon; había presenciado la audiencia en que los reyes y lo más escogido de la corte, habían oído el relato de los descubrimientos, y aquello le parecía el Eden en que su religion le había hecho soñar.

## VII.

Los reyes dispusieron que fuera bautizado con sus compañeros y fué al templo.

Las elevadas bóvedas de la catedral, las esbeltas columnas que la sostenían, los altares cuajados de oro y formados con preciosos alabastros, las lámparas de plata y oro que pendían del techo é iluminaban los altares; las vestiduras de los ministros de Dios; el sonido del órgano que llenaba el espacio; las nubes de incienso que subían formando espirales en torno del Tabernáculo, todo aquello había impresionado vivamente su alma; no dudaba que Colón y sus compañeros eran hijos del Dios á quien temía y amaba, y desde aquel momento se prometió sacrificarle su vida, serle fiel y leal, derramar en su defensa hasta la última gota de sangre.

## IX.

El amor era en él una pasión vehemente.

Pero mayor vehemencia, mayor fuerza tenía en su alma el sentimiento del deber, de la gratitud.

Inútiles fueron por lo tanto las tentativas que hizo Catalina para impulsarle á arrebatár la vida á Ojeda y hacerle cómplice de sus planes.

## X.

Ojeda por su parte aunque estaba prendado de la

india luchaba á un mismo tiempo con la pasion sensual que despertaba en él aquella mujer, y con otra pasion que el espectáculo de aquellos hermosos pais- ses le habia inspirado.

## XI.

Ojeda, aunque pobre, era hijo de una noble familia.

Habia tenido que ser paje del duque de Medinace- li y por más que su amo le habia tratado siempre con la mayor deferencia, por más que le habia col- mado de honores y de consideracion al ver las prue- bas de su valor y de su audacia, en medio de las atenciones de que era objeto experimentaba un vago deseo de adquirir riquezas y poderío, honores y títu- los, para llegar un dia á ser igual al que en su ju- ventud habia sido su protector.

## XII.

Aquel deseo tomó cuerpo en su alma.

Por medio de la guerra podia apoderarse de aque- llos dominios y abrigaba el proyecto de pedir á Colon que le dejase con una carabela y algunos soldados continuar el viaje de exploracion seguro de que ha- llaria nuevas islas y que luchando con sus naturales les subyugaria, y de este modo veria realizados sus dorados ensueños.

Este deseo era superior al que le inspiraba Catali-

na, y por lo tanto la india vió frustrados sus propósitos.

—¿Qué había de hacer entónces? Tomar una resolución definitiva.

### XIII.

Sus compañeras estaban dispuestas á seguirla.

—Aunque prisioneras á bordo no estaban aherrojadas como los caribes.

Podían velar el sueño de los navegantes, podían aprovechar un momento en que el centinela estuviese dormido para arrojarse al agua y llegar á nado hasta la orilla á favor de las sombras de la noche.

Ghacanjari la esperaba.

Su llegada apresuraria el proyecto que había concebido el rey de Haiti.

### XIV.

Al octavo día después de su entrevista comenzó á encapotarse el cielo.

Una brisa caliente presagiaba la tempestad.

—Pero la brisa cesó, la atmósfera quedó en calma, y las negras nubes apiñadas sobre Haiti, impedían á la luna que vertiese sobre los bajeles sus argentados rayos.

### XV.

Catalina habló á sus compañeras.

—Ha llegado el momento, —les dijo:— á favor de

la oscuridad de la noche podremos arrojarnos al mar y llegar á la playa.

Los marineros no se apercibieron, el vijía de la carabela almirante dió la voz de alerta que repitieron los centinelas de las demás embarcaciones, y un momento después todo quedó en silencio.

## XVI.

Catalina procuró atar un cable á una de las argollas de la galería, y arrastrándose sobre cubierta con las demás indias, prestó el oído para ver si escuchaba algun rumor.

No percibió nada.

Instantáneamente trepó por la galería y se deslizó con la mayor suavidad por el cable, lanzándose al agua y comenzando á nadar hácia la playa.

Las demás hicieron otro tanto sin que se apercibiera el centinela del buque.

## XVII.

Avanzaban hácia la orilla, cuando el vijía de una de las carabelas las divisó, y para dar la voz de alarma disparó su arcabuz.

Instantáneamente se presentaron sobre cubierta los marineros, los soldados, los jefes, hasta el mismo Colon.

## XVIII.

La noche estaba muy oscura.

• Pero los de la carabela capitana no tardaron en ver que las indias se habian escapado, y comprendiendo desde luego que aquella fuga era el resultado de una conjuracion, dispararon sus armas los soldados de la carabela de Colon, y á un mismo tiempo los más audaces marineros se arrojaron al agua para perseguirlas mientras se aprestaba el bote que debía volverlas presas á la embarcacion.

## XIX.

Las indias hacian desesperados esfuerzos.

—Animo,—gritaba Catalina,—que ya falta poco, y allí nos aguardan nuestros amigos que nos defenderán.

Pero los marineros estaban á poca distancia de ellas.

Un momento más y eran perdidas.

## XX.

Catalina lanzó de pronto un grito de alegría.

Habia llegado á tierra y corria presurosa con direccion hácia una luz lejana que los españoles habian notado desde hacia algunas noches, y que era una señal convenida con Guacanajari para saber donde podrian encontrarle.

## XXI.

Cinco más pudieron seguir á su reina.

Pero las otras cuatro al poner el pié en la orilla, fueron aprisionadas por los marineros y conducidas á bordo en medio de la mayor desesperacion.

La luz desapareció instantáneamente.

Colon que observaba esto, pensó desde luego que habia sido víctima de una traicion, y aguardó con ánsia el nuevo día para correr á exigir cuenta de su conducta á Guacanajari.

## XXII.

—Ya véis,—exclamó el padre Boil,—como no nos hemos equivocado al aconsejaros que no fuerais piadoso con esos miserables. Han urdido una conspiracion; esas mujeres, al escaparse, han obedecido sus órdenes.

Cansados de contempORIZACIONES con nosotros, atribuyendo á debilidad lo que ha sido bondad en vuestro ánimo, aguardan sin duda alguna á que pidais la devolucion de las prisioneras, se negará á entregarlas, este será el pretesto de la guerra, lo que no habeis hecho, lo que tal vez se hubiera podido hacer sin derramar sangre vá á costarnos la vida de nuestros compañeros, y quién sabe si nuestra derrota.

—Callad, callad, padre Boil,—dijo Colon,—no atribuyais á mi bondad esos excesos. Guacanajari es

jeal. Los suyos han podido influir sobre su ánimo, pero si es así tengo fé en mis capitanes, en los soldados, en los marineros, en todos los que me acompañan, y yo al frente lucharé si es preciso con ellos si me han engañado cobardemente.

Estas palabras produjeron el mayor entusiasmo en los que rodeaban á Colon.

### XXIII.

—Si, si, almirante,—dijeron todos,—los que no profesan la religion cristiana son nuestros enemigos.

Los árabes han caido á millares bajo el filo de nuestra espada.

Los dominios que conquistemos pertenecen á nuestros reyes y por la gloria de nuestra pátria, por el triunfo de nuestra religion, por nuestra propia honra debemos luchar con esos salvajes y dominarlos, para que confiesen la fé y sean vasallos de los reyes de Castilla y Aragon.

### XXIV.

—Siempre ha sido mi ánimo,—dijo Colon aprovechando una ocasion para explicar á sus compañeros su pensamiento,—difundir la religion cristiana entre estos infelices que no pueden gozar de los consuelos que ofrece á los creyentes.

Pero por la misma razon de que la religion cristiana es toda caridad, mi mayor deseo ha sido ahor-

rar la sangre, evitar el combate, conseguir con la amistad, con el afecto, con la veneracion, lo que no se consigue fácilmente de un pueblo que ama su independencia, con el arrojo, con el valor, con la crueldad.

¡ Ah! si vosotros hubierais llegado como yo después de una navegacion incierta, á través de los mares y expuesto á las tormentas y á los huracanes; si después de tantos días de zozobra y de angustia, con la ansiedad de hallar tierra, hubierais llegado á esta isla y hubierais hallado en sus moradores la acogida afectuosa y sincera que me dispensaron; si hubierais visto á Guacanajari contemplarnos á todos como enviados del cielo, como los fuertes defensores de su independencia, como los que iban á librarles de las persecuciones de sus enemigos; si los hubierais visto correr presurosos á la playa á ofrecernos todo cuanto tenían; si los hubierais visto arrodillarse en presencia de la santa imágen de la Virgen y pronunciar con nosotros las oraciones que les enseñábamos; si hubierais recibido aquellas pruebas de cordialidad, de veneracion, de respeto que les merecíamos, no dudariais ahora de que si Guacanajari ha cometido una traicion, ha sido aconsejado por los otros caciques.

Yo bien sé que todos teneis valor para blandir la espada, que os importa poco la vida, que la perderéis gustosos peleando por la santa causa; pero no es mi deber, siendo vuestro jefe, economizar vuestras fatigas, procurar que no se derrame una sola gota de

vuestra sangre? y sobre todo, que para dominar á estas gentes, más conseguiremos por el afecto que por medio de la fuerza.

Vos, padre Boil, vos mismo que representais aquí esa sublime religion que todos tenemos en el alma, no creéis que aun en el mismo tribunal de la penitencia, la esperanza y la piedad divina pueden más que los castigos atroces de los que la interpretan humanamente?

## XXV.

—Es cierto,—contestó el padre Boil;—pero no ignorais que aunque con profundo pesar, con hondo dolor, la Inquisicion, que está llamada á purgar las heregias, enciende hogueras para aquellos protervos que desconocen las santas verdades, que cierran los ojos á la luz, y que atados á la duda por la cadena del exépticismo, no pueden servir para el bien y son un elemento constante para desarrollo del mal.

Vos mismo sabeis que los miembros podridos es preciso cortarlos para que no hagan daño á los buenos, y yo, que hubiera derramado amargas lágrimas al ver á nuestros soldados caer sobre los indios, yo mismo les hubiera aconsejado que hicieran eso, porque tal vez el castigo de algunos hubiera producido la sumision de los demás.

—¿Y acaso no es mejor que el castigo sea merecido? ¿Creéis por ventura que los sentimientos generosos del corazon cristiano pueden permitir á un hombre que anticipe el castigo al delito? ¿qué han

hecho contra nosotros los habitantes de este país?

Nos han buscado; con lágrimas en los ojos nos han referido el desastre de nuestros compañeros; han temido nuestra indignación y han abierto su corazón á la esperanza al ver el perdón en nuestros ojos.

El rey se ha apresurado á suplicarnos que fuéramos á verle.

Hemos llegado y nos ha recibido con los brazos abiertos.

La alegría se revelaba en su rostro.

Después ha venido, nos ha ofrecido cantidades inmensas de oro, ha mandado formar una corona, ha sabido con placer que íbamos á vivir á su lado...

¿Era justo que á unos seres que se acercaban de este modo á nosotros les recibiéramos á cañonazos?

¿Era justo que las espadas de nuestros soldados se tiñeran con la sangre de esos infelices que confiaban en nuestra fé, en nuestra lealtad?

—No, no,—gritaron todos los que acompañaban á Colon.

—Pues bien, yo que he podido aparecer á vuestros ojos como un sér débil, si nos han engañado, si Guacanajari ha cometido una traición, si ha faltado á su vez á lo que nos prometió, yo mismo ofrezco guiaros al combate y os aseguro el triunfo.

## XXVI.

Estas palabras fueron acogidas con entusiasmo, y todos aguardaron el nuevo día para dar á Guaca-

najari y á los suyos un ejemplar castigo, si lo que sospechaban era cierto.

La ansiedad que dominaba su corazón no les permitía cerrar los ojos ni entregarse al sueño.

## XXVII.

Poco á poco fueron disipándose las nubes.

La luna brilló en el firmamento.

Pasó el tiempo, y el negro crespon de la noche fué recogiénose para dejar paso al lucero matutino.

La primeras luces del alba jugaron sobre las verdes copas de los árboles, sobre las transparentes ondas del mar.

## XXVIII.

Los guerreros vistieron sus cotas, sus cascos y sus petos.

Todos ansiaban por momentos el instante de llegar á la orilla.

Los botes comenzaron á surcar los alrededores de las carabelas.

Colón, con su estado mayor, no tardó en llegar á la orilla.

## XXIX.

Precedidos del almirante, corrieron al paraje donde tenia su morada Guacanajari.

Al pasar entraron en las primeras chozas, y las hallaron desiertas.

Sus moradores no habían dejado en ellas ningún objeto.

Continuaron andando, y su soledad era mayor.

## XXX.

Llegaron al palacio de Marien, y un profundo silencio reinaba en la régia choza que servia de morada á Guacanajari.

Los árboles que cobijaban al Tzimes habían perdido su precioso tesoro.

El idolo había desaparecido.

Recorrieron todo el territorio de Guacanajari, y no hallaron un solo habitante, no encontraron un solo objeto.

## XXXI.

No había duda; habían cometido una infame traicion, temian el castigo y habían corrido á guarecerse bajo la proteccion de los otros caciques que á aquellas horas aflaban las flechas sobre las piedras y envenenaban sus puntas con la flor del manzanillero para aprestarse á una lucha encarnizada con los que hasta entónces eran sus amigos, y desde aquel momento debian ser sus más terribles adversarios.

## XXXII.

—Nos han vendido,—exclamaron todos los capitanes,—volemós en su busca.

—No,—dijo Colon,—aún no es tiempo, el entusiasmo os ciega. Vamos á luchar con fuerzas superiores á las nuestras, en un país que nos es desconocido: meditemos ántes lo que debemos hacer.

—¡Oh! no temais, señor,—dijo el intérprete que acompañaba al almirante, yo conozco todos los senderos, yo os guiaré por todas partes, y el triunfo será vuestro.

—¡Tú!—exclamó Colon,—tú vas á ser el verdugo de tus hermanos!

—Si, porque ellos han herido de muerte mi corazón.

### XXXIII.

Por orden de Colon volvieron todos á las embarcaciones, y se reunieron los capitanes en la *Marigalante*, para acordar las medidas que debian tomar en aquella situacion angustiosa.

### XXXII.

## Capítulo LI.

### La primera colonia.

#### I.

El tiempo es un gran consejero.

Al día siguiente, Colon, sus capitanes y hasta el mismo padre Boil, y los demás eclesiásticos que le acompañaban, opinaron de muy distinto modo que la víspera.

Ya no habia duda de que las huestes de Guacanjari y hasta el mismo rey, eran hostiles á los europeos.

#### II.

La soledad en que se hallaba su territorio, demostraba claramente que precedidos de su rey se habian refugiado los indios en las montañas, y en este caso, siéndoles enteramente desconocido el terreno, y no contando con fuerzas suficientes para lu-

char con millares de indios, aguerridos todos y defensores de su independencia, salir á su encuentro, buscarlos, era lo mismo que buscar la tumba sin que quedara nombre para su gloria, porque todos, absolutamente todos perecerian, y no podria saberse nunca la nueva de su desastre.

### III.

Ojeda y Gorbálan, otro de los capitanes más audaces que iban á las órdenes de Colón, deseaban salir al mando de pequeños destacamentos á explorar el terreno, á acercarse todo lo más posible á los parajes en dónde se habian refugiado los indios, para poder saber á qué atenerse y tomar un partido decisivo.

### IV.

—La reflexion,—exclamó el almirante,—aconseja que ántes de entrar en guerra con los indios, adoptemos medidas para evitar los peligros que nos amenazan.

Hemos venido resueltos á establecer una colonia: establezcámosla primero, busquemos el reposo que necesitamos para reparar las fuerzas que hemos perdido en tan largo viaje; construyamos casas que puedan servirnos en un momento dado de fortalezas, y cuando llegemos, por decirlo así, al centro de operaciones, al punto de refugio, podremos ir poco á poco extendiendo nuestra influencia y

poderio, contando, para que nos ayuden, con algunos indios á los que, á fuerza de agasajos y dádivas, podremos poner de nuestra parte.

## V.

El padre Boil, que con tanto calor habia aconsejado la guerra cuando tenia probabilidades de triunfo, en aquella ocasion temeroso de sufrir los azares de la lucha, fué uno de los más ardientas sostenedores de la opinion del almirante.

## VI.

—Hemos sufrido mucho,—decia,—después de las penalidades del viaje hemos hallado ruinas donde pensábamos encontrar una fortaleza, y sólo hemos visto los cadáveres de nuestros compañeros, de quienes esperábamos noticias importantes acerca de las condiciones de este territorio. No es aquí donde nos sonríe la fortuna. Tal vez en otras islas nos favorezca mejor.

## VII.

Este deseo estaba en el ánimo de todos los navegantes.

El silencio, la soledad, la tristeza que reinaba en los dominios de Guacanajari, habian infundido un profundo desaliento en todos ellos, y los más supersticiosos, los más fanáticos veian en todo lo que les

pasaba un aviso del cielo para que huyesen cuanto ántes de aquella isla maldita.

### VIII.

La idea de regresar á España se escapó de los labios de Américo Vespucio, y no faltó quien la acogiera con entusiasmo.

Pero ninguno se atrevia á formularla en alta voz.

Colon comprendió en vista del estado en que se hallaban sus compañeros que necesitaba á toda costa ponerse en movimiento y recrear su vista con nuevos paisajes proporcionando nuevas esperanzas á su abatido espíritu.

### IX.

Para que se alejasen de aquella costa habia tambien otros motivos muy poderosos.

La tierra era mal sana.

Habian buscado piedras para edificar y no las habian hallado.

Se exponian, pues, á padecer enfermedades y á carecer de abrigo.

La necesidad de establecer colonia era muy apremiante.

### X.

Todos estaban ya cansados de la vida de á bordo.

Los animales mismos que habian llevado, se me-

rian poco á poco, y los que vivian parecian haber perdido todas sus fuerzas.

Aquel mismo dia resolvió Colon que partiesen las carabelas en distintas direcciones encargando á sus capitanes que visitando todos los puertos próximos viniesen á decirle el resultado de sus exploraciones con el objeto de designar un paraje á propósito para la fundacion de la colonia.

### XI.

Como Colon creia más conveniente la paz que la guerra, les encargó tambien que averiguasen el paradero de Guacanajari, que tratasen con afabilidad á los indios, que les colmasen de agasajos porque solo en el último momento le convenia recurrir á la fuerza.

### XII.

Partieron las embarcaciones y al dia siguiente regresaron trasladándose á bordo de la carabela capitana sus jefes, para noticiar á Colon el resultado de su viaje.

Sus exploraciones habian sido infructuosas.

Habian hallado caudalosos rios, abrigados puertos, pero en todas partes la tierra era pantanosa y no se veian piedras, tan necesarias para la fabricacion de las casas que debian levantar.

## XIII.

El país estaba desierto.

Los indios rezagados huían hácia los montes al aproximarse á la costa los buques.

Todo indicaba en ellos un inmenso terror.

Melchor Maldonado se encaminó hácia el Oriente y fué el que más se alejó y llegó hasta el dominio de un cacique, que al ver la carabela corrió á la costa en actitud amenazadora al frente de sus guerreros, resuelto al parecer á acometerlos si tocaban en tierra.

## XIV.

Dispuso Maldonado, á pesar de las instrucciones pacíficas que llevaba, que los cañones de la carabela arrojasen sobre aquella masa de guerreros algunas balas de piedra.

Al oír el primer disparo corrieron todos precipitadamente á refugiarse en los bosques, y entónces algunos españoles se acercaron á la orilla en el bote de la carabela.

## XV.

Oculto en una choza vieron á un indio que estaba herido todavía de un lanzazo que había recibido en el combate contra los habitantes de la fortaleza de la Navidad.

Fué conducido á la carabela, y presentado des-

pués por Maldonado al almirante, el cuál le interrogó, informándose por él de las verdaderas causas de la lucha entre los indios y los europeos, y de que la actitud favorable á estos que habia tomado Guacanajari era otra prueba más de que el monarca haitiano habia sido leal á sus juramentos.

## XVI.

A bordo se le prodigaron toda clase de auxilios para curar su herida con el objeto de catequizarle y de que pudiera ser útil á los proyectos de Colon.

Pero aquellos viajes parciales de sus capitanes habian sido inútiles.

Por allí cerca no habia un terreno favorable para la fundacion de la colonia, y el dia 7 de Diciembre resolvió Colon darse á la vela con toda la escuadra para buscar más lejos el lugar que deseaba.

## XVII.

El temporal le obligó á refugiarse en un puerto hácia Levante, separado diez leguas de Monte-Cristi.

A primera vista agradó á todos el paisaje.

Era un puerto espacioso dominado por una lengua de tierra, á la que protegia un baluarte de rocas por un lado, y por el otro un bosque impenetrable.

Dos rios caudalosos se extendian por una verde y dilatada llanura, con cómodos remansos que podian facilitar el establecimiento de molinos.

## XVIII.

La fertilidad del suelo, las abundantes aguas que por allí corrían, los pescados sabrosos que cogieron en ellas, la suavidad del clima, la vegetación espléndida á pesar de hallarse en Diciembre; todo les indujo á creer que era un verdadero Paraíso que les ofrecía la naturaleza, con lo necesario para recrear su vista, para alimentar su cuerpo y para defenderse de las agresiones de sus enemigos.

## XIX.

Los indios que iban á bordo y especialmente el que habia sido curado, aseguraron que las montañas del Cibao, en dónde estaban las minas de oro, se extendían casi paralelas al puerto, y no á mucha distancia.

—Este es el mejor sitio que podemos elejir para establecer la colonia,—dijo Colon;—establezcamos aquí nuestros hogares, cuanto más trabajemos, mayores y más pronto serán los resultados que obtengamos.

## XX.

Los tripulantes recobraron sus abatidas fuerzas. Todos sentían vivos deseos de trabajar y contribuir á la fundación de la colonia, y en medio de gran animación, desembarcaron las tropas y la gen-

te que debía quedar en tierra con los trabajadores y artífices que habían de construir las casas.

## XXI.

Así mismo fueron trasportados á tierra los viveres, las municiones, los cañones, los animales y las aves, y una inmensa alegría se apoderó de todos al librarse de la prision en que habían vivido en los buques al cambiar aquella estrecha morada por las verdes y risueñas praderas que se extendían á su vista, por el aire purísimo y embalsamado que respiraban, y por todo el aspecto de aquel país sobre el que parecía haber caído la bendición de Dios.

Formaron una especie de campamento en la llanura al borde de un lago de cristalinas aguas, y poseídos todos de una fiebre incesante, comenzaron á echar los cimientos en el Nuevo-Mundo de la primera ciudad cristiana.